

30-25

TEÓFILO GODOY y LISTA

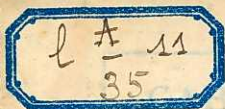
LECTURA LIBRE



CABAUT y CIA.-EDITORES

TEÓFILO GODOY y LISTA
LECTURA LIBRE

LL
1926
GODO



A. I. T. y Cía



Editores



00080660

ellana. Por EMILIO VERA
y GONZÁLEZ.

Un tomo tela

rapidez como los idiomas, pero en nada
u conservador como en las obras desti-
en tanto que los pueblos han ido modi-
tores de Gramáticas, salvo contadas
excepciones, no han hecho otra cosa que ir repitiendo las mismas
fórmulas que hallaron consagradas por los que les precedieron.
A este excesivo sentimiento de respeto a la tradición, se debe el hecho
de que en nuestras Gramáticas modernas encontremos reglas que
hoy no rigen y otras que pertenecen al latín, pero no al castellano,
y menos al actual. En esta obra se han evitado cuidadosamente tales
incongruencias, por lo que su carácter es mucho más razonado y
filosófico que el que se acostumbra dar a este género de producciones.

El señor Vera y González abre un nuevo surco en la marcha que
ha seguido siempre esta clase de libros, a lo cual se debe incuestio-
nablemente la franca acogida que profesores y público han dispen-
sado a su primera edición.

En la tercera, que ahora presentamos, el autor ha corregido y
aumentado considerablemente su obra, haciendo que sea hoy la más
conspicua entre las de nuestro país.

Elementos de Histo- ria de la Literatura.

Por
FLAVIO CALDERÓN
y RIVAS

Un tomo tela.

Compendia esta obra la historia de la producción literaria de los
principales pueblos del mundo, de tal modo que, sin recargar su
memoria los alumnos con detalles abrumadores, puedan contestar
cumplidamente a los cuestionarios oficiales, por minuciosos que sean.

Se trata con la extensión suficiente de las literaturas *helénica o
griega, latina, italiana, francesa, española y argentina*, citando
los autores más notables y dando una idea general de sus famosas
obras. También se hace una breve reseña de las antiguas literaturas
orientales, china, india, hebrea, árabe, persa y egipcia; se consagra
un capítulo a la literatura cristiana, y al final de la obra se trata
separadamente y en forma sumaria de las literaturas *alemana, in-
glesa, portuguesa, húngara, polaca, escandinava, rusa y norteamer-
icana*.

LECTURA LIBRE

30.623

1^{er}. Volumen.

LECTURA LIBRE

Trozos selectos en prosa y verso,

— de autores americanos —

COMPILADOS POR

TEÓFILO GODOY y LISTA

EDICIÓN DE 1926



BUENOS AIRES

CABAUT y Cía., EDITORES

“Librería del Colegio”. Alsina y Bolívar.

118X180

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Nacional de Maestros



DERECHOS RESERVADOS.

(Leyes 7092 y 9510.)

PRÓLOGO

LECTURA LIBRE es un título cómodo para un libro de cualquier género. En principio no implica límites; sin embargo nuestro propósito fundamental restringe la amplitud de este concepto; en primer lugar reduciéndolo a las proporciones de una antología americana, especializándola en lo que se refiere a la producción intelectual argentina, y en segundo término, por el estrecho criterio que forzosamente ha tenido que guiarnos para la selección de sus componentes, puesto que está dedicada a los alumnos de nuestras escuelas.

Por eso creemos oportuno advertir que la libertad de su lectura sólo se refiere a la multiplicidad de los temas que se encuentran en este libro.

Un trabajo de este género tiene forzosamente que adolecer, entre otros defectos de menor importancia, de uno capital que no está en manos del compilador el poderlo subsanar, a menos que no diera a su labor proporciones voluminosas, y es el obligarlo a presentar párrafos, capítulos o fragmentos de obras más o menos extensas y cuya transcripción no puede servir de base para formular ningún juicio sobre sus autores, por cuidado y esmero que se haya tenido en la selección. Nadie, como autor, ha prevenido este caso con

más franqueza que Montesquieu, poniéndose así a cubierto de críticas parciales :

« He de pedir una gracia que temo no se me conceda — dice en el Prefacio de El Espíritu de las Leyes — y es que no se juzgue, por la lectura de un momento, de un trabajo de veinte años, y que se apruebe o condene todo el libro y no algunas frases. El que quiera buscar el designio del autor, no lo descubrirá bien sino en el designio de toda la obra. »

Lógico es que dedicando este libro a las escuelas nacionales, la literatura argentina esté en él representada, no solamente por sus elementos más caracterizados, sino también que ella haya sido la fuente más solicitada en nuestras investigaciones. En este sentido, nos ha guiado, además, un motivo especial, el de incluir en sus páginas muchas firmas de autores jóvenes. Y decimos muchas, porque no están todas, pues reconocemos que la intelectualidad nacional tiene elementos nuevos de mérito positivo, que no figuran en este libro.

Nos sería muy grato saber que esta compilación literaria facilita la tarea de los dedicados a la difícil misión de la enseñanza.

EL AUTOR.



ÍNDICE

	Pág.
1. RUBEN DARÍO, <i>nicaragüense</i> . — Canto a la Argentina (<i>poesía</i>).....	1
2. BARTOLOMÉ MITRE, <i>argentino</i> . — Belgrano y Cabañas (<i>prosa</i>)... ..	4
3. MARCOS SASTRE, <i>uruguayo</i> . — El Paraná (<i>prosa</i>)....	6
4. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, <i>argentino</i> . — La oración (<i>poesía</i>)	8
5. RODOLFO SENET, <i>argentino</i> . — Vagabundaje (<i>prosa</i>)..	9
6. MANUEL UGARTE, <i>argentino</i> . — El gigante y la luna (<i>prosa</i>).....	11
7. MARTÍN CORONADO, <i>argentino</i> . — Claroscuro (<i>poesía</i>)	13
8. JOSÉ LUIS CANTILLO, <i>argentino</i> . — Don Juan de Garay (<i>prosa</i>).....	15
9. CARLOS GUIDO Y SPANO, <i>argentino</i> . — Vuelta a la Patria (<i>prosa</i>).....	21
10. DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO, <i>argentino</i> . — Cristo (<i>poesía</i>)	23
11. JOSÉ MÁRMOL, <i>argentino</i> . — En Montevideo (<i>prosa</i>)..	24
12. JOSÉ HERNÁNDEZ, <i>argentino</i> . — El gaucho Martín Fierro (<i>poesía</i>).....	27
13. JORGE ISAACS, <i>colombiano</i> . — Excursión campestre (<i>prosa</i>).....	30
14. DIEGO DUBLÉ URRUTIA, <i>chileno</i> . — En el fondo del lago (<i>poesía</i>).....	33
15. MIGUEL CANÉ, <i>argentino</i> . — New York (<i>prosa</i>).....	35
16. MATEO PAZ SOLDÁN, <i>peruano</i> . — Conocimientos de los Incas (<i>prosa</i>).....	37
17. FLORENCIO SÁNCHEZ, <i>uruguayo</i> . — M'hijo el Dotor (<i>prosa</i>).....	

	Pág.
18. DOMINGO F. SARMIENTO, <i>argentino</i> . — La Bandera Nacional (<i>prosa</i>).....	45
19. JOSÉ M. RODRÍGUEZ Y COS, <i>mejicano</i> . — Muerte de Abel (<i>poesía</i>).....	47
20. ROBERTO J. PAYRÓ, <i>argentino</i> . — Los niños (<i>prosa</i>)..	48
21. CARLOS OCTAVIO BUNGE, <i>argentino</i> . — El sugerimiento de ideales en la enseñanza del idioma patrio (<i>prosa</i>)	51
22. ALBERTO WILLIAMS, <i>argentino</i> . — Alberdi, músico (<i>prosa</i>).....	57
23. DIEGO VICENTE TEJERA, <i>cubano</i> . — La Madre no muere (<i>poesía</i>).....	59
24. CARLOS R. GALLARDO, <i>argentino</i> . — Por los bosques argentinos (<i>prosa</i>).....	60
25. PEDRO GOYENA, <i>argentino</i> . — El periodista (<i>prosa</i>)..	63
26. JOSÉ SANTOS CHOCANO, <i>peruano</i> . — La visión del cóndor (<i>poesía</i>).....	65
27. E. GÓMEZ CARRILLO, <i>guatemalteco</i> . — Fuenterrabía (<i>prosa</i>).....	66
28. OLEGARIO V. ANDRADE, <i>argentino</i> . — A Urquiza (<i>poesía</i>).....	69
29. BELISARIO ROLDÁN, <i>argentino</i> . — Caridad (<i>prosa</i>)...	71
30. BARTOLOMÉ MITRE, <i>argentino</i> . — Las tertulias de San Martín (<i>prosa</i>).....	76
31. JOSÉ MARÍA HEREDIA, <i>cubano</i> . — El filósofo y el buho (<i>poesía</i>).....	78
32. JUAN BAUTISTA ALBERDI, <i>argentino</i> . — Dirección política (<i>prosa</i>).....	79
33. JOSÉ ANTONIO WILDE, <i>argentino</i> . — El barbero de antaño (<i>prosa</i>).....	83
34. LUIS CORDERO, <i>ecuatoriano</i> . — Lecciones de la naturaleza (<i>poesía</i>).....	85
35. ISIDORO DE MARÍA, <i>uruguayo</i> . — El tesoro escondido (<i>prosa</i>).....	87
36. RICARDO PALMA, <i>peruano</i> . — Notas biográficas (<i>prosa</i>)	89
37. ANSELMO SUÁREZ Y ROMERO, <i>cubano</i> . — Palmares (<i>prosa</i>).....	91
38. ANDRÉS BELLO, <i>venezolano</i> . — El hombre, el caballo y el toro (<i>poesía</i>)	94

	Pág.
39. MANUEL BELGRANO, <i>argentino</i> . — Mis comienzos militares (<i>prosa</i>).....	96
40. FRAY MAMERTO ESQUIÚ, <i>argentino</i> . — La erección de un templo (<i>prosa</i>).....	98
41. CARLOS MARÍA OCANTOS, <i>argentino</i> . — El viaje (<i>prosa</i>)	101
42. JUAN PABLO ECHAGÜE, <i>argentino</i> . — La Pericana (<i>prosa</i>).....	102
43. ARISTÓBULO DEL VALLE, <i>argentino</i> . — Una consulta jurídica (<i>prosa</i>).....	109
44. DOMINGO D. MARTINTO, <i>argentino</i> . — Al poeta Olegario Andrade (<i>poesía</i>).....	111
45. VÍCTOR MERCANTE, <i>argentino</i> . — Costumbres de las aves (<i>prosa</i>).	113
46. JOSÉ F. GUIDO, <i>argentino</i> . — Fin de la tiranía (<i>prosa</i>)	117
47. EUSEBIO GÓMEZ, <i>argentino</i> . — Las bellas artes en las prisiones (<i>prosa</i>).....	119
48. DOMINGO F. SARMIENTO, <i>argentino</i> . — Calíbar (<i>prosa</i>)	123
49. JOSÉ M. DE HEREDIA, <i>cubano</i> . — Puesta del sol (<i>poesía</i>)	125
50. ENRIQUE HERRERO DUCLOUX, <i>argentino</i> . — El fin de la tierra (<i>prosa</i>).....	127
51. BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, <i>chileno</i> . — Costumbres de antaño (<i>prosa</i>).....	132
52. JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA, <i>colombiano</i> . — Jacinta (<i>prosa</i>).....	134
53. CARLOS ENCINA, <i>argentino</i> . — Canto al arte (<i>poesía</i>)..	136
54. JOSÉ MANUEL ESTRADA, <i>argentino</i> . — El patriotismo (<i>prosa</i>).....	138
55. EDUARDO CALCAÑO, <i>venezolano</i> . — El telescopio (<i>prosa</i>)	140
56. FRANCISCO BAUZÁ, <i>uruguayo</i> . — Principios de la independencia uruguaya (<i>prosa</i>).....	142
57. AMENODORO URDANETA, <i>venezolano</i> . — Don Quijote (<i>prosa</i>).....	144
58. LUIS N. PALMA, <i>argentino</i> . — Inocencia (<i>poesía</i>).....	147
59. JUAN SILVANO GODOY, <i>paraguayo</i> . — En vísperas de la guerra (<i>prosa</i>).....	148
60. LUIS BONAFoux, <i>portorriqueño</i> . — Los ojos tristes (<i>prosa</i>).....	149

	Pág.
61. LUCIO VICENTE LÓPEZ, <i>argentino</i> . — La muerte de mi padre (<i>prosa</i>).....	152
62. CECILIO ACOSTA, <i>venezolano</i> . — España (<i>prosa</i>).....	156
63. VICENTE FIDEL LÓPEZ, <i>argentino</i> . — El congreso de Tucumán (<i>prosa</i>).....	158
64. FERMÍN FERREIRA Y ARTIGAS, <i>uruguayo</i> . — Maria (<i>poesía</i>).....	161
65. SANTIAGO VACA GUZMÁN, <i>boliviano</i> . — El Gaucho (<i>prosa</i>).....	162
66. MARIANO MORENO, <i>argentino</i> . — La virtud del pueblo (<i>prosa</i>).....	164
67. TRINIDAD MARIANO PÉREZ, <i>peruano</i> . — Independencia (<i>prosa</i>).....	166
68. MARTÍN JOSÉ LIRA, <i>chileno</i> . — Primeras hojas (<i>poesía</i>).....	167
69. JOSÉ MARÍA SANTIVÁÑEZ, <i>boliviano</i> . — Civilización americana (<i>prosa</i>).....	169
70. ARÍSTIDES ROJAS, <i>venezolano</i> . — Una planta artillera (<i>prosa</i>).....	170
71. JUAN A. GARCÍA [hijo], <i>argentino</i> . — El misionero (<i>prosa</i>).....	174
72. RAMÓN SOTOMAYOR VALDÉS, <i>chileno</i> . — El apartado (<i>prosa</i>).....	176
73. ESTEBAN LUCA, <i>argentino</i> . — Al triunfo del Callao (<i>poesía</i>).....	178
74. ERNESTO QUESADA, <i>argentino</i> . — La literatura gauchesca (<i>prosa</i>).....	180
75. JOSÉ INGENIEROS, <i>argentino</i> . — La risa (<i>prosa</i>).....	185
76. MARTÍN GARCÍA MÉROU, <i>argentino</i> . — En el Magdalena (<i>prosa</i>).....	188
77. ESTEBAN ECHEVERRÍA, <i>argentino</i> . — El malón (<i>poesía</i>).....	190
78. LUCAS ALAMÁN, <i>mejicano</i> . — Tipos de la conquista (<i>prosa</i>).....	192
79. DAVID PEÑA, <i>argentino</i> . — Juventud de Quiroga (<i>prosa</i>).....	194
80. PEDRO GOYENA, <i>argentino</i> . — Caridad (<i>prosa</i>).....	197
81. EUGENIO CAMBACERES, <i>argentino</i> . — Silbidos de un vago (<i>prosa</i>).....	197
82. CARLOS R. TOBAR, <i>ecuatoriano</i> . — Historia antigua (<i>prosa</i>).....	202

	Pág.
83. ALBERTO GHIRALDO, <i>argentino</i> . — Otoñal. Noche de invierno (<i>poesías</i>).....	204
84. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, <i>argentino</i> . — La poesía (<i>prosa</i>).....	207
85. NICOLÁS AVELLANEDA, <i>argentino</i> . — Tucumán (<i>prosa</i>)	209
86. PEDRO CARBO, <i>ecuatoriano</i> . — América y España (<i>prosa</i>).....	211
87. WASHINGTON IRWING, <i>norteamericano</i> . — Descubrimiento del mar del Sur (<i>prosa</i>).....	213
88. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, <i>uruguayo</i> . — Los treinta y tres (<i>poesía</i>).....	215
89. JULIÁN MARTEL, <i>argentino</i> . — El viento (<i>prosa</i>).....	217
90. RAFAEL MONTORO, <i>cubano</i> . — La vida humana (<i>prosa</i>)	221
91. ULADISLAO CASTELLANO, <i>argentino</i> . — Don Jerónimo Luis de Cabrera (<i>prosa</i>).....	223
92. ALBERTO DEL SOLAR, <i>chileno</i> . — La Atlántida (<i>prosa</i>)	226
93. JULIO ARBOLEDA, <i>colombiano</i> . — Me voy (<i>poesía</i>).....	227
94. IGNACIO GUTIÉRREZ PONCE, <i>colombiano</i> . — El mejor fiador (<i>prosa</i>).....	228
95. VICENTE G. QUESADA, <i>argentino</i> . — Fundaciones españolas (<i>prosa</i>).....	231
96. FLORENTINO AMEGHINO, <i>argentino</i> . — Visión profética (<i>prosa</i>).....	233
97. CALIXTO OYUELA, <i>argentino</i> . — El arte (<i>prosa</i>).....	236
98. LUIS GUIMARAES JUNIOR, <i>brasileño</i> . — Juan Oldr (<i>prosa</i>).....	238
99. ERNESTINA LÓPEZ, <i>argentina</i> . — La literatura en la República Argentina. — El Himno Nacional (<i>prosa</i>).....	239
100. JOSÉ J. BIEDMA, <i>argentino</i> . — La última orden (Güemes y Vidt) (<i>prosa</i>).....	243
101. FRANCISCO SOTO Y CALVO, <i>argentino</i> . — La aurora (<i>poesía</i>).....	251
102. JOSÉ JOAQUÍN VALLEJO, <i>chileno</i> . — El provinciano en Santiago (<i>prosa</i>).....	255
103. CARLOS ORTIZ, <i>argentino</i> . — El arado (<i>poesía</i>).....	258
104. MARTINIANO LEGUIZAMÓN, <i>argentino</i> . — Montaraz (<i>prosa</i>).....	261

	Pág.
105. IGNACIO NÚÑEZ, <i>argentino</i> . — Entusiasmo militar (<i>prosa</i>)	265
106. MANUEL GÁLVEZ, <i>argentino</i> . — Mientras llega el silencio (<i>poesía</i>)	267
107. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, <i>argentino</i> . — Brown (<i>prosa</i>) . .	270
108. OTTO MIGUEL CIONE, <i>argentino</i> . — La domada (<i>prosa</i>)	271
109. ÁNGEL DE ESTRADA [hijo], <i>argentino</i> . — Página íntima (<i>prosa</i>)	277
110. ESTEBAN ECHEVERRÍA, <i>argentino</i> . — Los corrales (<i>prosa</i>)	280
111. CALIXTO OYUELA, <i>argentino</i> . — Patria (<i>poesía</i>)	283
112. MARIO SÁENZ, <i>argentino</i> . — Discurso universitario (<i>prosa</i>)	287
113. CARLOS F. MELO, <i>argentino</i> . — Pasando (<i>poesía</i>)	290
114. CÉSAR IGLESIAS PAZ, <i>argentino</i> . — El problema social (<i>prosa</i>)	291
115. CLEMENTE L. FREGEIRO, <i>uruguayo</i> . — Monteagudo (<i>prosa</i>)	294
116. CARLOS F. MELO, <i>argentino</i> . — En la Ribera (<i>poesía</i>) .	296
117. JOSÉ LEÓN PAGANO, <i>argentino</i> . — Jacinto Verdaguer (<i>prosa</i>)	297
118. A. MAGARIÑOS CERVANTES, <i>uruguayo</i> . — Hombre contra hombre (<i>prosa</i>)	300
119. JOSÉ MARÍA PAZ, <i>argentino</i> . — El moro de Quiroga (<i>prosa</i>)	304
120. EMMA DE LA BARRA, <i>argentina</i> . — La Perla (<i>prosa</i>) . .	306
121. RAFAEL OBLIGADO, <i>argentino</i> . — La tarde en la Pampa (<i>poesía</i>)	308
122. FRANCISCO A. SICARDI, <i>argentino</i> . — Los vascos (<i>prosa</i>)	310
123. JUAN DE DIOS PEZA, <i>mejicano</i> . — El culto del abuelo (<i>poesía</i>)	317
124. JOSÉ ENRIQUE RODÓ, <i>uruguayo</i> . — La copa de cristal (<i>prosa</i>)	316
125. RICARDO GUTIÉRREZ, <i>argentino</i> . — El fraile (<i>poesía</i>) .	308
126. PEDRO CÉSAR DOMINICI, <i>chileno</i> . — El Ágora (<i>prosa</i>) .	310
127. CORNELIO HISPANO, <i>colombiano</i> . — Campanas de la aldea (<i>poesía</i>)	325

	Pág.
128. RICARDO ROJAS, <i>argentino</i> . — El español (<i>prosa</i>)....	326
129. WALT WITMAN, <i>norteamericano</i> . — Yo vi en el campo, en un amanecer gris y obscuro (<i>poesía</i>).....	328
130. EMILIO BOBADILLA (FRAY CANDIL), <i>cubano</i> . — Biarritz (<i>prosa</i>).....	329
131. BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA, <i>uruguayo</i> . — Las cuchillas (<i>poesía</i>).....	331
132. AMADO NERVO, <i>mejicano</i> . — La prisión a la orilla del mar (<i>prosa</i>).....	322
133. M. LÓPEZ WEIGEL, <i>argentino</i> . — La vuelta de los héroes (<i>poesía</i>).....	325
134. ENRIQUE LARRETA, <i>argentino</i> . — Felipe II (<i>prosa</i>)...	327





WHISTLER (J. M. N.) : Retrato de la madre del autor.

(Fot. Bulloz.)

Canto a la Argentina.

RUBEN DARÍO.
Nicaraguense.

¡Argentina! ¡Argentina!
¡Argentina! El sonoro
Viento arrebató la gran voz de oro.
Ase la fuerte diestra la bocina
Y el pulmón fuerte, bajo los cristales
Del azul que han vibrado,
Lanza el grito. Oíd, mortales,
Oíd el grito sagrado.

Oíd el grito que va por la floresta
De mástiles que cubre el ancho estuario
E invade el mar; sobre la enorme fiesta
De las fábricas trémulas de vida;
Sobre las torres de la urbe henchida;
Sobre el extraordinario
Tumulto de metales y de lumbres
Activos; sobre el cósmico portento
De obra y de pensamiento
Que arde en las políglotas muchedumbres;
Sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar.
Sobre la blanca sierra,
Sobre la extensa tierra,
Sobre la vasta mar.

¡Argentina, región de la aurora!
¡Oh, tierra abierta al sediento

De libertad y de vida,
Dinámica y creadora!
¡Oh, barca augusta de prora
Triunfante, de doradas velas!
De allá, de la bruma infinita,
Alzando la palma que agita,
Te saluda el divo Cristóbal
Príncipe de las Carabelas.

Te abriste como una granada,
Como una ubre te henchiste,
Como una espiga te erguiste
A toda raza congojada,
A toda humanidad triste :
A los errabundos y parias
Que bajo nubes contrarias
Van en busca del buen trabajo,
Del buen comer, del buen dormir,
Del techo para descansar
Y ver a los niños reir,
Bajo el cual se sueña y bajo
El cual se piensa morir.

¡Éxodos! ¡Éxodos! Rebaños
De hombres, rebaños de gentes
Que teméis los días huraños,
Que tenéis sed sin hallar fuentes
Y hambre sin el pan deseado,
Y amáis la labor que germina;
Los éxodos os han salvado :

¡ Hay en la tierra una Argentina!
He aquí la región del Dorado,
He aquí el paraíso terrestre,
He aquí la ventura esperada,
He aquí el vellocino de Oro,
He aquí Canaán la preñada,
La Atlántida resucitada;
He aquí los campos del Toro
Y del Becerro simbólicos;
He aquí el existir que en sueños
Miraron los melancólicos;
Los clamorosos, los dolientes
Poetas y visionarios
Que en sus olimpos o calvarios
Amaron a todas las gentes.

He aquí el gran Dios desconocido
Que todos los dioses abarca.
Tiene su templo en el espacio;
Tiene su gazofilacio
En la negra carne del mundo.
Aquí está el mar que no amarga,
Aquí está el Sahara fecundo;
Aquí se confunde el tropel
De los que a lo infinito tienden,
Y se edifica la Babel
En donde todos se comprenden.

2.

Belgrano y Cabañas.

BARTOLOMÉ MITRE.

Argentino.

Mitre.

El general Belgrano marchaba a caballo al frente de la columna, y a la salida del bosque se veía al ejército paraguayo formado en línea en número de 2.500 hombres. Los patriotas llegaron hasta la altura de la línea paraguaya y empezaron a desfilarse en columna de honor a son de cajas y trompetas, a la vez que aquella presentaba las armas al representante de la Junta revolucionaria, tributando así un homenaje a su alta representación y a su coraje. El jefe paraguayo, rodeado de su Estado Mayor, salió a gran galope a recibir a Belgrano, y en medio de la línea echaron ambos pie a tierra luego que se avistaron, y marchando el uno hacia el otro se abrazaron fraternalmente en presencia de ambos ejércitos, permaneciendo por largo espacio estrechados en señal de reconciliación y de perpetua amistad.

La actitud de Belgrano en esta entrevista fué digna de su comportamiento en el día anterior. Manifestó a Cabañas lo doloroso que le había sido la sangre derramada entre hermanos, pertenecientes a la gran familia americana, a los cuales no había venido a hacer la guerra, sino a los nativos de España, por quienes los

creía oprimidos. Añadió que no pudiendo mirar con indiferencia la suerte de los paraguayos que habían muerto durante la lucha, pedía que de la caja militar de su ejército se aceptasen sesenta onzas de oro para que se distribuyeran entre las viudas y huérfanos que hubiesen quedado. Cabañas aceptó la oferta con muestras de enternecimiento, y entonces Belgrano, sacando de su bolsillo un magnífico reloj de repetición que había traído de España, le suplicó que lo aceptara también en memoria de aquel día y lo conservase como un recuerdo de su amistad.



3.

El Paraná.

MARCOS SASTRE.
Uruguayo.

¿A qué compararé el río espléndido? ¿A qué cosa podrá ser asimilado el sol para ponderar su majestad y brillo? — Vedlo. — Pues mirad también el Paraná. Su aspecto es majestuoso, dilatado su álveo, suave su corriente. Los altos buques despliegan su velamen y surcan libremente por su canal profundo y anchuroso. Extiéndese con sus afluentes caudalosos por miles de leguas, sin obstáculos, brindando a la industria y al comercio inmensas regiones, las más salubres y fértiles del globo, donde algunos pueblos nacientes abren hoy sus brazos fraternales a todos los pueblos de la tierra.

Aun el maravilloso Nilo, árbitro de la existencia del Egipto, al lado del Paraná quedaría oscurecido. Éste, como aquél, cada año se esparcía por extensas llanuras aunque la fecundidad que producen sus crecientes es un lujo de la naturaleza perdido para el hombre en medio de las vastas comarcas que atraviesa, y de las dilatadas y numerosas islas que riega. Sus dichosos habitantes, tan reducidos en número, no disfrutaban sino de una porción imperceptible de tantas y tan variadas producciones espontáneas.

Si se emplearan el arte y el trabajo, serían incalculables los beneficios del cultivo de más de cuatro mil

leguas cuadradas, abonadas periódicamente por sus aguas.

El Paraná, como el Nilo, se divide en muchos brazos al vaciar sus aguas, y ambos tienen su embocadura en iguales latitudes, aunque en opuestas direcciones.

Su inundación, como la del Nilo, se efectúa en la estación de las lluvias tropicales; no con la violencia de las crecientes de otros ríos, sino por una lenta gradación; de modo que aunque se eleva muchos pies sobre algunas tierras, los árboles asoman ilesos sus copas por encima de las aguas, cediendo blandamente su follaje a los halagos de la mansa corriente, y todas las plantas sumergidas reaparecen en la bajante con mayor belleza y lozanía.



4.

La Oración.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.
Argentino.

¡Silencio en torno! Las leves nubes
Que en dulce vuelo siguen al sol,
Como cortejo de albos querubes
Al alma invitan a orar a Dios.

¡Venid! El cielo cruzan regueros
Agonizantes de opaca luz :
Sobre los montes y los oteros
Tiende la tarde fúnebre tul.

Ríos de sombras, copos de nieve,
Azul, topacio, grana y carmín,
Bordan el cielo de gasa leve,
En pos del astro, con formas mil.

Y el sol despide su luz postrera
Para dormirse bajo dosel
De oro y celajes; la tierra entera
En ese instante fija está en él.

El cuadro entonces se desvanece
Tan lento como la muerte va;
El día muere, y se estremece
La tierra al eco del bronce ya.

El bronco acento por las montañas
Va resonando con triste voz,
Y desde el fondo de las cabañas
Tiernas plegarias se alzan a Dios.

5.

Vagabundaje.

RODOLFO SENET.
Argentino.

Los vagabundos lo son por atavismo.

Los pueblos primitivos eran nómadas. La falta de adelantos, el estado del progreso y la falta de densidad de población permitían estas peregrinaciones en busca de tierras más hospitalarias y de climas más bonancibles. Los medios de vida eran muy simples, rudimentarios, quedaban librados a la mayor o menor feracidad del suelo, a la benignidad del clima; esto era lo que buscaban las razas nómadas eminentemente pastoriles. La lucha por la existencia no era tan compleja, y el factor intelectual era rudimentario. El instinto de conservación no tenía necesidad de disponer de resortes tan complejos como los que tienen que entrar en juego actualmente para sostener la vida.

Más tarde, las tribus aumentaron y con ese aumento debió aumentar también la producción; las tierras fueron disputadas. Ellas debían pertenecer a los vencedores, pero, para vencer se necesitaba fuerza e inteligencia. Poco a poco la primera fué cediendo terreno a la última y hoy ésta es la que impera: La densidad de población trajo, como consecuencia, la desaparición de las tribus nómadas; las tierras se dividieron y tuvieron propietarios que las explotaban. La lucha por la existencia se hizo cada vez más compleja, despertando, por tanto, nuevos neurones a la actividad y

exigiendo, como consecuencia, una impulsión mayor del instinto de conservación.

El vagabundo de la actualidad está representando al sujeto que formaba parte de una tribu nómada primitiva; es, pues, un caso de atavismo.

El medio de lucha de que dispone el vagabundo es el mismo del cual disponían los hombres de las tribus nómadas y consiste, precisamente, en errar a la ventura, en busca del sustento y del abrigo, necesidades primordiales que tiene que satisfacer y con las cuales le basta para realizar su vida. Ése es su trabajo.

De ahí que le sea altamente repugnante toda otra ocupación diferente de la que le aconseja su instinto de conservación. Se dice que son haraganes, que huyen del trabajo. Es que el vagabundo no alcanza a darse cuenta exacta de la necesidad de esos medios para poder vivir; no se conforma en manera alguna y concluye por creer que se le explota. En general el vagabundo, no sólo no ama el trabajo; sino que no sabe trabajar; no tiene oficio, ni nunca lo ha tenido, y si puede manejar torpemente ciertas herramientas, es porque apremiado por el hambre se ha visto obligado a trabajar, pero él jamás trabajará de buena voluntad.

La regeneración de los vagabundos consiste en hacerlos trabajar a pesar suyo, puesto que si no lo hacen, no se les dará de comer; pero estos sujetos, en cuanto se les presente una ocasión propicia para zafarse del dogal que les ahorca, no dejan de hacerlo.

6.

El gigante y la luna.

MANUEL UGARTE.
Argentino.

El gigante que había robado la luna descendió de la montaña, y se detuvo junto al mar.

La noche hilaba la monotonía de sus nubes sobre la inmensidad yerta de las aguas tranquilas. El silencio prolongaba un silbido sutil haciendo la ronda y velando sobre el sueño del mundo... En la soledad solemne y penetrante el coloso sonrió y dejó caer la luna en el mar.

Las aguas se encendieron de pronto. El astro diluyó su claridad en las tinieblas submarinas, y del fondo del misterio brotaron mundos desconocidos... Primero apareció una gran claridad azul entremezclada de espuma por donde atravesaban peces brillantes. Después una vegetación maravillosa de algas frescas y corales diluídos. Después un escalonamiento de montañas, de un matiz rosa inseguro. Después un gran vacío verdoso y movable por donde navegaban estrellas...

La luna fué descendiendo y revelando zonas...

Pero, ¿dónde estaba el fondo del mar?

El gigante, que se había quedado con la mano extendida, como si el gesto insensato le hubiera petrificado en estatua, asistió atónito a la caída de la inmensa bola de nieve ante la cual se abría la sombra. Era una sucesión inagotable de colores inéditos, de plantas

ignoradas y de perfiles inverosímiles, que no dejaban suponer que el mar pudiera tener fondo...

La luna siguió cayendo serenamente, y estuvo al fin a tanta profundidad, llegó a tan hondos abismos que se tornó semivelada y confusa. A cada instante parecía que iba a tocar el límite, y a cada instante se abrían ante ella nuevas inmensidades. Hasta que los ojos, impotentes para seguirla en su fuga, la perdieron.

Entonces el rebelde dejó caer con desaliento la mano extendida, y como se alejaba, vencido, una claridad tenue y plateada la bañó... Era la luna que surgía de nuevo de entre las nubes, como si, después de describir una elipse monstruosa y de atravesar tinieblas insondables, reapareciera en la superficie de su mar azul para atestiguar la desproporción entre los misterios de la Naturaleza y la vanidad exasperada de los hombres...



7.

Claroscuro.

MARTÍN CORONADO.
Argentino.

Un rayo de sol, dorado,
deslizó en el cuarto obscuro,
al través de las rendijas,
sus claridades de triunfo.

Todas las sombras huyeron;
todas... menos la que puso
en cada rincón del cuarto
triste, desolado y mudo,
el sueño de amor de otrora
al desvanecerse en humo.

Al pie del lecho en desorden
había ropas de luto,
y a la cabecera, puesta
por consuelo y por escudo
una Virgen Dolorosa,
en la sol dad del muro.

La madre estaba dormida
como duerme el infortunio,
con lágrimas desbordadas
en los ojos, y en tumulto,
agolpados los suspiros
a los labios, por ser muchos.

Sobre su brazo enarcado
estaba un ser diminuto
con la cara envuelta en rizos
de crespos cabellos rubios.
Pero el niño no dormía;
sus ojos, de azul profundo,
espiaban, llenos de encanto,
sobre lo blanco del muro,
el rayo de sol, inquieto,
con ansias de hacerlo suyo.

En el afán de alcanzarlo,
con impacencias de júbilo,
batía brazos y piernas
sobre su nido seguro;
y ora extendía en el aire
bien apretados los puños,
ora golpeaban el lecho
sus taloncitos desnudos,
blancos, rosados, lucientes
como pelones maduros.



8.

Don Juan de Garay.

JOSÉ LUIS CANTILLO.

Argentino.

Noble, generoso, audaz, valiente y desinteresado : su figura se destaca vigorosamente y su nombre se impone a la inmortalidad, acentuado por méritos y virtudes que exaltarían su efígie en todos los tiempos y en las más transcendentales situaciones históricas de la humanidad.

Fué superior a su tiempo. Tuvo, como todos los conquistadores españoles, el temerario arrojo, la proverbial hidalguía, el desprecio de la vida y la sublime ambición de la gloria; pero tuvo, por sobre todo ello, la intachable hombría de bien, la honradez acrisolada, la modestia sincera y la dulzura, propias de otras épocas y otros teatros, un excelso amor por sus semejantes, inaudita energía en las horas de prueba y serenidad y firmeza en los días de bonanza.

Dotado de un perfecto equilibrio, su obra forma el mejor pedestal a su extraordinaria actuación. Como otros héroes, dominó a sangre y fuego, mas combatió para civilizar. Fué acción y pensamiento. No le guiaron pasiones malsanas, o intereses bastardos; no conoció la codicia, ni el doblez, ni la crueldad.

La estela de su vida, es progreso y aurora de futuras grandezas. No hay una mancha, una debilidad o un desfallecimiento que obliguen el silencio o atenuación del historiador.

Los documentos de la época, torpemente redactados, y los relatos de los historiadores primitivos, ingenuos o malevolentes, salvan, con rara unanimidad, las líneas de su persona.

Ningún guerrero más digno del elogio : ni aun aquellos que actuaron en comarcas más importantes, y sojuzgaron pueblos de cultura más avanzada. Está exento del cargoso corrido y frecuente de haber destruido monumentos preciosos y aniquilado civilizaciones superiores. Tuvo la fortuna de actuar en una zona donde todo era rudimentario.

Oriundo de las provincias vascas, en las cuales naciera en 1528, su juventud no ofrece particularidades dignas de mención; recibió la instrucción propia de los tiempos, y seguramente, desde edad temprana, oyó referencias maravillosas del nuevo continente descubierto por Cristóbal Colón.

España tenía puestos sus ojos en América : las tierras de aquende el Atlántico, tierras de promisión, atraían valiosas expediciones y las referencias deslumbradoras de los primeros conquistadores despertaban avidez y curiosidad en toda la península.

Las inclinaciones de Garay quedaron patentizadas a poco de cumplir doce años, y su intenso deseo fué, desde entonces, conocer las prodigiosas comarcas lejanas, pobladas de fantásticas visiones, y conquistar honores en la lucha desigual y heroica que tanta fama diera a otros intrépidos exploradores de lo desconocido.

Cedía a impulsos de su temperamento, a inspiraciones de su inteligencia y al ambiente de la época.

No se habían cumplido cincuenta años de la colosal empresa y la orientación del reino estaba netamente definida : la gloria, la riqueza, los honores, el bienestar, debían buscarse y se buscaban en el nuevo mundo, vasto mundo lejano, misterioso y pródigo, embellecido por la locura de la conquista.

Garay no podía escapar a la influencia del medio. Él, como otros jóvenes animosos, aguijoneados por el anhelo de alcanzar fama en la edad de las grandes esperanzas, había escuchado las narraciones seductoras de los guerreros que regresaban cargados de botín, enegrecidos por el brillo de la naturaleza estupenda, y maravillados por los tesoros de que exhibían palpables pruebas abundantes en los países remotos, conquistados a medias.

Todo el reino, dominado por la fiebre de la aventura, efectuaba una evolución lenta, pero profunda, hacia la conquista, y monarcas y vasallos coincidían en el propósito de subyugar el magno imperio de occidente, para asegurar su dominación y robustecer a la metrópoli con sus fabulosas riquezas.

Garay era joven, inteligente y fuerte. Su determinación no puede ni debe atribuirse, como en otros casos, al espíritu aventurero. Si las tendencias de la época imprimieron este carácter a su decisión, su obra demuestra que vino a América nutrido de sabios consejos, animado por altos ideales, apto para cumplir una misión gloriosa.

El futuro fundador de Buenos Aires, el más bello de sus títulos a la consideración de españoles y argen-

tinós, partió de España en 1543, pobre y desconocido. No era, como otros conquistadores, un navegante avezado, un guerrero famoso, un noble cargado de títulos y honores; no traía mando de expediciones imponentes, ni pidió anticipadamente compensaciones exorbitantes. Vino, casi niño, bajo la dirección y el amparo de su tío don Pedro Ortiz de Zárate.

Cumplió su destino con la modestia que caracterizó toda su vida. Ascendió lentamente, por el propio esfuerzo. Se impuso día por día, hora por hora, luchando heroicamente en el campo de batalla, realizando proezas pálidamente descriptas en estas páginas, cuando la saña del salvaje le obligó a ella; benigno, laborioso, reposado y previsor en la tarea obscura pero fecunda del gobierno, realizado sin contralor, en tierras desconocidas, con precarios elementos, venciendo dificultades que se antojan quiméricas, ¡tan extraordinarias son y tan insuperables parecen!

Cuando se examina la actuación de este hombre excepcional y se analizan las múltiples cualidades que lo destacaron entre los hombres de su tiempo, la más sincera admiración domina el espíritu y todo elogio parece mezquino.

Creemos que el gobernante supera al guerrero. Nos fundamos para formular este juicio en los ejemplos admirables que ofrecieron sin excepción los conquistadores enviados por la madre patria a este continente. El valor fué rasgo característico de todos ellos, y no se registran en la historia ni más grandes ni más gloriosas empresas que las llevadas a cabo en el inmenso

territorio comprendido entre el imperio de los aztecas y el Río de la Plata.

Garay fué héroe asombroso, al par de los más afamados y temerarios, pero no es únicamente bajo este aspecto que su nombre ha llegado a nuestro tiempo. Otros guerreros tuvieron una figuración más prominente, en razón de la escena; éste fué valeroso y audaz, como los más valerosos y los más audaces, pero con un objetivo elevado, con una purísima ambición, con un firme y hermoso propósito cumplido en los últimos años de su azarosa vida, tan grande y tan transcendental, que a pesar de su fin prematuro y de no constituir lo realizado sino parte de la obra que hubiera podido llevar a cabo, ¡la aureola de la inmortalidad corona su figura con inextinguible nimbo de luz!

Desde Buenos Aires, populosa metrópoli sudamericana, segunda ciudad latina del mundo, orgullo de una nación fuerte y rica, cerebro y corazón de la patria, indestructible pedestal de la gloria de Garay, evocamos la augusta efigie de su fundador y la ofrecemos a la admiración de los contemporáneos.

Él la soñó grande y altiva y emprendedora; él la concibió generosa y fuerte; él la imaginó invencible ¡y todo ello fué en tres siglos de incesante acción, durante los cuales irradió civilización y libertad!





VELÁZQUEZ : El príncipe D. Baltasar Carlos.

(Fot. Anderson.)

9.

Vuelta a la Patria.

CARLOS GUIDO Y SPANO.
Argentino.

En cuanto supe el derrumbamiento de la dictadura escribí a mi buen padre manifestándole mi deseo de volver a su lado. Pocos meses después, sin haber recibido aún una contestación terminante, llegaba yo al Río de la Plata.

Por fin tornaba a ver la patria después de largos años de ausencia. No bien, por entre los jirones de la niebla matinal, vi delinearse a Buenos Aires en el horizonte lejano, palpitóme el pecho fuertemente y se me agolparon las lágrimas : « Allí estás, madre ilustre de esclarecidos varones, tutela, un día, y escudo de la independencia de América, convaleciente, apenas, de tu fiero martirio. Tu hijo desconocido te saluda con amor y respeto. Demasiado joven para haberte servido con provecho, peregrino, ha quemado su incienso en altares incógnitos y en misteriosas aras. Oscuro, ignorado, sin fortuna, sólo te trae un corazón entero, una fe inquebrantable en la justicia, un deseo vehemente de consagrarse a tu servicio, de sacrificarse, si necesario fuera, por tu dicha. »

A medida que avanzaba hacia la playa, voy reconociendo los sitios, los templos, los edificios de la ciudad natal, tan caros a mis recuerdos de infancia. Aquélla es la cúpula de la Catedral, donde tantas

veces vi a mi madre en las misteriosas elevaciones del sagrario; en frente, la Alameda, en la cual extraño no ver los grandes ombúes, refugio a mis escapadas de la escuela; de la derecha, las torres del convento de las Catalinas, asilo de vírgenes cristianas que, como el de San Juan, cuya *campanilla* resuena en todas partes en los oídos de los hijos ausentes de Buenos Aires, deja escapar de sus claustros la oración, transmitiendo a las almas sencillas su santidad y su perfume. Aquél es nuestro viejo *Fuerte* con sus macizos murallones, dominados por los extremos por los cubos o atalayas ennegrecidos del tiempo; venerable monumento de la conquista y de la patria redimida, compendio histórico de nuestra vida, en piedra, desde Don Juan de Garay, su fundador, hasta la Revolución de Mayo, y desde entonces hasta el momento oprobioso en que la derribara la piqueta manejada por la mano sórdida de la especulación. Ya, se oyen las campanas; las reconozco en el tañido; parece me llamasen a orar. Si, aquí estoy dando gracias a Dios que conduce la nave al puerto y vuelve al redil la oveja descarriada.

Una ráfaga del *Pampero* ha disipado la neblina. La aurora, fresca y brillante, se refleja en las aguas, que se tiñen de púrpura. Ese cielo es mi cielo : esa tierra es mi tierra; allí nací, allí quiero morir.



10.

Cristo.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.
Argentino.

Su vida fué un relámpago. Su historia,
Grabada en el martirio de su suerte,
Se derramó en la sangre de su muerte
Para llenar el mundo de su gloria.

A través de los siglos su memoria
Guía a la humanidad, que osada y fuerte
Lucha como Él, que triunfador inerte
Sobre la cruz clavaba la victoria.

Apóstol de la fe noble y severo,
Más grande en su inmortal filosofía
Que Sócrates famoso y justiciero,

La libertad su genio iluminaba
Cuando al hombre del hombre redimía
Y la augusta verdad le revelaba.



11.

En Montevideo.

JOSÉ MÁRMOL.

Argentino.

Era una noche de los últimos días del mes de julio.

El cielo del Plata estaba argentado con toda su magnífica pedrería; y la luna, como una perla entre un círculo de diamantes, alumbraba con su luz de plata las olas alborotadas del gran río, sacudido pocas horas antes por las alas poderosas del pampero.

Doscientos bajeles se balanceaban dentro del ancho puerto de Montevideo, imitando a un vasto y espeso bosque de palmeras, sacudidas en una noche de otoño por vientos que las azotan y despojan.

El Cerro, ese ciclope que vigila la más joven de las hijas de América, parecía esa noche, a la claridad de la luna, levantar más alta que nunca su cabeza, jugando con los eclipses de su inmensa farola.

Como saliendo del pie de esa inmensa montaña, desde las siete de la noche se divisaba allá en el horizonte una cosa parecida a esas palomas del Mar del Sur que, arrebatadas por el viento de las costas de la Patagonia, vuelan sobre las ondas de esos mares, las mayores del mundo, rozando las aguas con sus alas, inclinándose ora sobre una ora sobre otra, mostrándose y perdiéndose a la vez entre las montañas flotantes, hasta encontrar el mástil de algún buque o las escarpadas rocas de Malvinas.

Como una blanca pluma del ala del pampero, el pe-

queño bajel, que tenía la audacia de surcar las ondas de ese río que desafía el mar en los días que da curso libre a sus enojos, se deslizaba rápidamente sobre ellas, y por instantes se aproximaba al puerto. Los buques de guerra distinguieron pronto que era una ballenera de Buenos Aires; embarcaciones que hacían diariamente el contrabando durante el bloqueo francés sobre aquel puerto.

Esta pequeña embarcación descubierta sólo traía cuatro hombres. Dos de ellos, sentados en el medio, prontos a cazar la gran vela tirriana que la hacía volar sobre las ondas; de los otros dos, el uno estaba al timón; cubierto con un capote de barragán y un gran sombrero de hule, el otro reclinado sobre la pequeña borda envuelto en una capa de goma, teniendo en su cabeza una gorra de paño con visera. El primero sólo movía sus ojos de la vela a la onda y de la onda a la vela; el segundo no los separaba de un solo punto; hacía media hora que estaba contemplando la ciudad plateada con los clarísimos rayos de la luna, y que se presentaba a sus ojos en forma de anfiteatro, descendiendo sus edificios de una leve colina, como se ven las piedras cristalizadas del hielo desde las orillas del mar Pacífico, sobre la Cordillera de los Andes.

Pero no era simplemente la bella perspectiva de la ciudad lo que absorbía la atención de ese hombre, sino los recuerdos que en 1840 despertaba en todo corazón argentino la presencia de la ciudad de Montevideo : contraste vivo y palpitante de la ciudad de Buenos Aires, en su libertad y en su progreso; y más que esto

todavía, Montevideo despertaba en todo corazón argentino que llegaba a sus playas el recuerdo de una emigración refugiada en él por el espacio de once años, y la perspectiva de todas las esperanzas sobre la libertad argentina, que de allí surgían, fomentadas por la acción incansable de los emigrados, y por los acontecimientos que fermentaban continuamente en ese laboratorio vasto y prolijo de oposición a Rozas, en ese Montevideo en donde sólo con *dejar hacer*, la población se había triplicado en pocos años, desenvuéltese un espíritu de comercio y de empresas sorprendente, y amontonándose cuanto elemento parecía suficiente para dar en tierra con la vécina dictadura.



12

El gaucho Martín Fierro.

(FRAGMENTO. — CANTO II.)

JOSÉ HERNÁNDEZ.
Argentino.

Ninguno me hable de penas,
porque yo penando vivo;
y naides se muestre altivo
aunque en el estribo esté;
que suele quedarse a pie
el gaucho más alvertido.

Junta esperencia en la vida,
hasta pa dar y prestar,
quien la tiene que pasar
entre sufrimiento y llanto;
porque nada enseña tanto
como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo,
cuartiándole la esperanza,
y, a poco andar, ya lo alcanzan
las desgracias a empujones.
¡Jué, pucha! ¡Que trae liciones
el tiempo con sus mudanzas!...

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer...
¡Era una delicia el ver
cómo pasaba los días!...

Entonces, cuando el lucero
brillaba en el cielo santo
y los gallos con su canto
la madrugada anunciaban,
a la cocina rumbiaba
el gaucho, que era un encanto.

Y sentao junto al fogón,
a esperar que venga el día,
al cimarrón le prendía
hasta ponerse rechonecho,
mientras su china dormía
tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar

.....

¡Ah, tiempos!... Era un orgullo
ver jinetiar a un paisano.

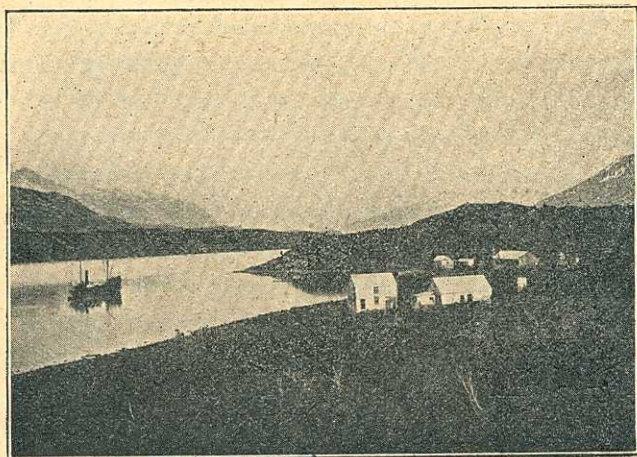
Cuando era gaucho baquiano
aunque el potro se voliasse,
no había uno que no parase
con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos
otros al campo salían,
y la hacienda recogían,
las manadas repuntaban
y así, sin sentir, pasaban
entretenidos el día.

Y verlos al caer la noche
en la cocina reunidos
con el juego bien prendido
y mil cosas que contar,
platicar muy divertidos
hasta después de cenar.

.....

.....



Paisaje Argentino.

13.

Excursión campestre.

JORGE ISAACS.

Colombiano.

Levantéme al día siguiente cuando amanecía. Los resplandores que delineaban hacia el Oriente las cúspides de la Cordillera Central, doraban en semicírculos sobre ella algunas nubes ligeras que se desataban las unas de las otras para alejarse y desaparecer. Las verdes pampas y selvas del valle se veían como al través de un vidrio azulado, y en medio de ellas, algunas cabañas blancas, humaredas de los montes recién quemados elevándose en espiral, y alguna vez las revueltas de un río. La Cordillera de Occidente, con sus pliegues y senos, semejaba mantos de terciopelo azul obscuro suspendidos de sus centros por manos de genios velados por las nieblas. Al frente de mi ventana, los rosales y los follajes de los árboles del huerto parecían temer las primeras brisas que vendrían a derramar el rocío que brillaba en sus hojas y flores. Todo me pareció triste. Tomé la escopeta : hice una señal al cariñoso *Mayo*, que sentado sobre las piernas traseras me miraba fijamente, arrugada la frente por la excesiva atención, aguardando la primera orden; y saltando el vallado de piedra, cogí el camino de la montaña. Al internarme, la hallé fresca y temblorosa bajo las caricias de las últimas auras de la noche. Las garzas abandonaban sus dormideros, formando en su vuelo líneas

ondulantes que plateaba el sol, como cintas abandonadas al capricho del viento. Bandadas numerosas de loros se levantaban de los guadales para dirigirse a los maizales vecinos; y el diostedé saludaba al día con su canto triste y monótono desde el corazón de la sierra.

Bajé a la vega montuosa del río por el mismo sendero por donde lo había hecho tantas veces seis años antes. El trueno de su raudal se iba aumentando, y poco después descubrí las corrientes, impetuosas al precipitarse en los saltos, convertidas en espumas hervidoras en ellos, cristalinas y tersas en los remansos, rodando siempre sobre un lecho de peñascos afelpados de musgos, orlados en la ribera por iracales, helechos y cañas de amarillos tallos, plumajes sedosos y semilleros de color púrpura.

Detúveme en la mitad del puente, formado por el huracán con un cedro corpulento, el mismo por donde había pasado en otro tiempo. Floridas parásitas colgaban de sus lamas, y campanillas azules y tornasoladas bajaban en festones desde mis pies a mecerse en las ondas. Una vegetación exuberante y altiva abovedaba a trechos el río, y al través de ella penetraban algunos rayos del sol naciente, como por la techumbre rota de un templo indiano abandonado. *Mayo* aulló cobarde en la ribera que yo acababa de dejar, y a instancias mías se resolvió a pasar por el puente fantástico, tomando en seguida, antes que yo, el sendero que conducía a la posesión del viejo José, quien esperaba de mí aquel día el pago de su visita de bienvenida.

Después de una pequeña cuesta pendiente y oscura,

y de atravesar a saltos por sobre el arbolado seco de los últimos derribos del montañés, me hallé en la placeta sembrada de legumbres, desde donde divisé humeando la casita situada en medio de las colinas verdes, que yo había dejado entre bosques al parecer indestructibles. Las vacas, hermosas por su tamaño y color, bramaban a la puerta del corral buscando sus becerros. Las aves domésticas alborotaban recibiendo la ración matutina; en las palmeras cercanas, que había respetado el hacha de los labradores, se mecían las oropéndolas bulliciosas en sus nidos colgantes, y en medio de tan grata algarabía, se oía a las veces el grito agudo del pajaro, que desde su barbacoa y armado de honda, espantaba las guacamayas hambrientas que revoloteaban sobre el maizal.

Los perros del antioqueño le dieron con sus ladridos parte de mi llegada. *Mayo*, temeroso de ellos, se me acercó mohino. José salió a recibirme, el hacha en una mano y el sombrero en la otra.



14.

En el fondo del lago.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA.
Chileno.

Soñé que era muy niño, que estaba en la cocina
Escuchando los cuentos de la vieja Paulina.
Nada había cambiado : el candil en el muro,
El brasero en el suelo y en un rincón obscuro
El gato, dormitando. La noche estaba fría
Y el tiempo tan revuelto, que la casa crujía...
Se escuchaba a lo lejos ese rumor de pena
Que sollozan las olas al morir en la arena,
Y a intervalos más largos esos vagos aullidos
Con que piden auxilio los vapores perdidos.
Nosotros, los chiquillos, oíamos el cuento
Sentados junto al fuego, y como entrara el viento
Por unos vidrios rotos, su frente medio cana
La vieja se cubría con su charlón de lana.

Era un cuento muy bello :

Tres príncipes hermanos
Que se fueron por mares y países lejanos
Tras la bella princesa que la mano de un hada
En un lago sin fondo mantenía encantada.
El mayor, que fué al norte, no regresó en su vida;
El otro, que era un loco, pereció en la partida;
Y el menor, que era un ángel por lo adorable y bello,
Llegó al fondo del lago sin perder un cabello...

Allá abajo, en el fondo, vió paisajes divinos,
Castillos encantados de muros cristalinos,
Y en un palacio inmenso, de infinita belleza,
Encerrada y llorando, vió a la pobre princesa.
Se encontraron sus ojos, se adoraron al punto
Y lo demás fué cosa de poquísimo asunto,
Pues al verlos tan bellos como el sol y la aurora,
El hada, que era buena, los casó sin demora.

.
— Así acabó la historia de aquella noche... El gato
Se despertó gruñendo, esperezóse un rato
Y se durmió de nuevo. Zumbó la ventolina
En el cañón, ya frío, de la vieja cocina...
Se levantó un chicuelo y sin hacer ruido
Enhollinó la cara de otro chico dormido...
Yo, me quedé soñando con el príncipe amado
Por la bella princesa, con el lago encantado
Y también con los tristes y apartados desiertos
Donde duermen los huesos de los príncipes muertos...



15.

Nueva York.

MIGUEL CANÉ.

Argentino.

Dr. Miguel Cané.

He ahí por fin el famoso puerto de Nueva York. Indudablemente, esa ensenada profunda, bordeada por colinas caprichosas, salpicadas de montes, chalets relucientes, aldeas y castillos modernos, presenta un aspecto encantador. Pero no, no es la bahía de Río Janeiro, ese orgullo de la zona tropical, con su cielo de un azul intenso como sus aguas, sus montañas, sus palmares y cocoteros, sus islas sonrientes. No es tampoco la calma poética y serena del golfo de Nápoles, reflejo del alma de Virgilio, que se impregnó de ese cuadro de celeste tranquilidad. Pero a la verdad, la bahía de Nueva York sorprende gratamente al que pisa el suelo de la gran nación americana con el espíritu dispuesto sólo a la contemplación del lado positivo de la vida humana, a los espectáculos estupendos de la industria y no a las bellezas naturales...

Todo es nuevo, todo fresco y rozagante. Los techos y las paredes de los elegantes chalets relucen como si los limpiaran cada mañana. En las construcciones de piedra, imitando lo antiguo, el tono gris oscuro de la

pintura, que pugna por ser vetusta, no consigue engañar la mirada, como las artistas jóvenes, que creen hacerse viejas en las tablas blanqueándose el cabello y conservando la lozanía del cutis, no alcanzan a producirnos la ilusión buscada...

A lo lejos, en el confuso dibujo de la ciudad, algo inmenso que se extiende entre dos pilares colosales, casi perdidos en la bruma; es el puente de Brooklin. Pero el ojo ávido no descubre una torre de forma arcaica, un monumento, una columna, algo que hable del pasado... Es que ese pueblo ha confundido en una las tres edades históricas; no busquemos el arte en esas costas, sino lo que en ellas hay...

Pero, lo repito, la bahía es realmente bella. Mil vapores la cruzan en todas direcciones, ostentando sus formas poco esbeltas de palacios flotantes, que traen a mi memoria el triste recuerdo del *América* y la catástrofe en que sucumbió.



16.

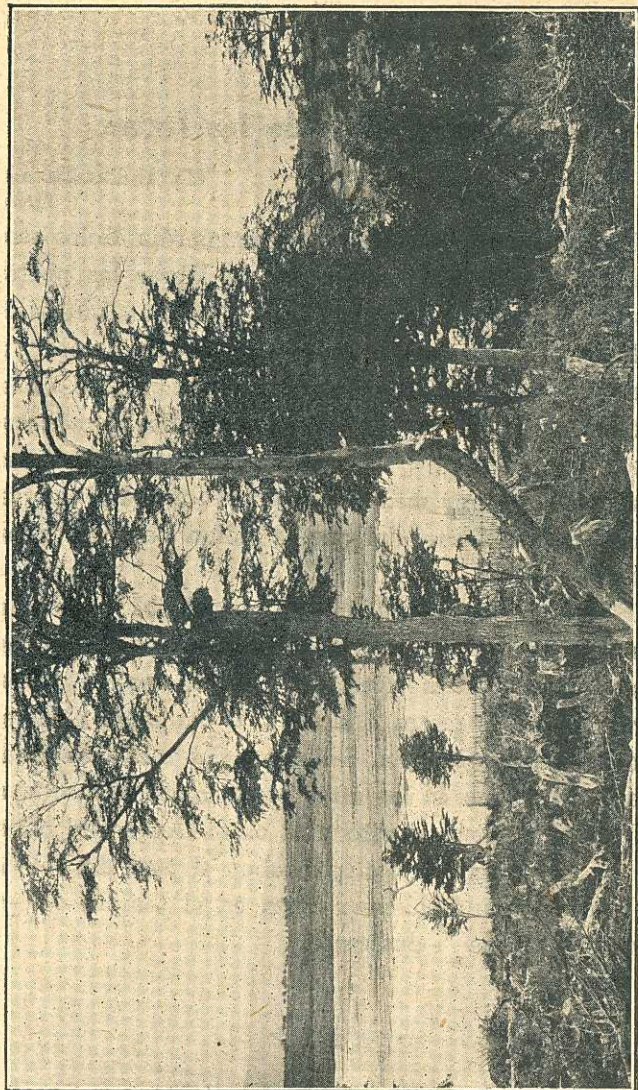
Conocimientos de los Incas.

MATEO PAZ SOLDÁN.
Peruano.

Hallábanse los peruanos a la vanguardia de los otros pueblos americanos, en el arte de labrar las piedras preciosas y en la minería. En los jardines imperiales del Cuzco había adornos, árboles y arbustos de oro y de plata, de una hechura exquisita. Hacían también de estos metales los vasos y otros utensilios domésticos, y sus espejos de piedra tenían un pulimento que asombra. Mediante una mezcla de metales obtenían uno tan duro como el fierro, del que se valían para sus herramientas.

Escribían por medio de hilos de varios colores, en los que echaban nudos para escribir alguna cosa o para practicar sus cálculos; estos hilos se llamaban *guipos*. Arreglaban sus meses a la luna, y llamaban a las semanas cuartos de luna. Señalaban los solsticios de invierno y verano en las altas torres que levantaron en el Cuzco, y hacia el este y al oeste. Asimismo observaron los equinoccios y celebraban el paso del sol por el cenit con una solemne fiesta en el templo de este luminar, al que la dedicaron.





Paisaje Argentino.

17.

M'hijo el Dotor.

FLORENCIO SÁNCHEZ.
Uruguayo.

ACTO I. — ESCENA XIII. — OLEGARIO Y JULIO

OLEGARIO

A Julio solemnemente.

— ¡Caballerito!... ¡Tome usted asiento!...

JULIO

— ¡Caramba! ¡Qué solemnidad!... ¿Qué le pasa, viejo?

OLEGARIO

— ¡Tome asiento, le he dicho!

JULIO

— ¡Bien! ¡Me sentaré!

Se acomoda en la silla con ademanes un tanto burlescos. Olegario se pasea sin mirarlo.

¿De qué se trata?... Supongo que va usted a decirme cosas muy graves.

OLEGARIO

Sin dejar de pasearse.

— ¡Muy graves!... ¿Y esa es la cara con que se presenta a dar cuenta de su conducta, insolente?...

JULIO

Con extrañeza.

— ¿Eh?...

OLEGARIO

— ¡Ah!... ¿Conque se hace el ignorante?... ¿Conque nada sabe?... ¿Se creía usted, caballero, que se puede pasar, así no más, la vida haciendo canalladas?...

JULIO

Irguiéndose.

— ¡Alto ahí, señor!... ¡Explíquese de una vez o seré yo quien haga de juez!...

OLEGARIO

— ¡Atrevido!... ¡Siéntese ahí!... ¡Ya!...

JULIO

Serenándose.

— ¡Vamos! No me acordaba que me toca a mí ser razonable... ¡Siéntese!... ¡Sentémonos y hablemos claro! ¡Haga el favor, siéntese! ¡Si con estar de pie no va a tener mayor razón!... Debo hacerle una pregunta previa. Ese grave asunto ¿ha sido la causa de que de un tiempo a esta parte me venga tratando con tanta sequedad?

OLEGARIO

— Lo habías notao ¿eh? Y la conciencia ¿no te acusaba de nada?... ¿Te parecía muy bien hecho, después de todas tus trapisondas, seguir teniendo de estropajo al pobre viejo que te ha dao el ser, faltándole a todos los respetos, sobándolo y manoseándolo como a un retobo de boleadoras?... ¡Decí!... ¿Hallabas muy bonito eso? ¡Tras de abusar de mi confianza

venirte aquí a mortificarme con tus insolencias, con tu desparpajo, con tu falta de respeto?... ¡Hablá!... hablá, pues!

JULIO

— ¡Adelante, viejo!... Siga diciendo simplezas.

OLEGARIO

— ¿Lo ves... lo ves?... ¡Ni pizca de vergüenza te queda! ¡Acabá de una vez! ¡Confesá que nada te importa de estos viejos que te han hecho gente!... ¡Andá, mal agradecido, perro! ¡Decí que no me debés nada, que no soy nada tuyo, que no sirvo más que pá trabajar como un burro pá mantenerte los vicios!...

JULIO

Impaciente.

— ¿Llegaré a saber eso de mis vicios?

OLEGARIO

— ¡Ah!... ¿Todavía te hacés el inocente?... ¡Tomá!... ¡Leé, leé lo que dice mi compadre!

Julio toma la carta y la lee sonriendo.

¡Te parece la cosa más natural del mundo! ¿No?... Esos son hechos de hombre honrao ¿no?... Muy digno..., muy digno del apellido que llevas ¿no?...

JULIO

— ¡Tranquilecese, tata, y no dé esos gritos; que no está tratando con un niño... ¡Oiga!...

OLEGARIO

— ¡Hablá, no más! ¡Sí; hablá, no más!... ¡Decí!... ¡Disculpate!!...

JULIO

— ¿Me dejará hablar?

OLEGARIO

— ¡Hum!... ¡Canalla!...

JULIO

— Diga... ¿Con qué derecho usted y su compadre se ponen a espulgar en mi vida privada?

OLEGARIO

— ¿Con qué derecho?

JULIO

— ¡Sí! ¿Con qué derecho? Soy hombre, soy mayor de edad, y, aunque no lo fuera, hace mucho que he entrado en el uso de la razón y no necesito andadores para marchar por la vida... ¡Soy libre, pues!... ¡Siéntese, tata!... Tenga paciencia...

Continúa con naturalidad.

Usted y yo vivimos dos vidas vinculadas por lazos afectivos, pero completamente distintas. Cada uno gobierna la suya; usted, sobre mí, no tiene más autoridad que la que mi cariño quiera concederle.

Gesto violento de Olegario.

¡Calma, calma!

Con tono afable.

¡Conste que lo quiero mucho!... ¡Todo evoluciona, viejo! y estos tiempos han mandado archivar la moral, los hábitos, los estilos de la época en que usted se educó... Son cosas rancias hoy. Usted llama manoseos a mis familiaridades más afectuosas. Pretende, como los rígidos padres de antaño, que todas las mañanas,

al levantarme, le bese la mano y le pida la bendición, en vez de preguntarle por la salud; que no hable, ni llore, ni ría sin su licencia; que oiga en sus palabras a un oráculo, no llamándole al pan, pan, y al vino, vino, si usted lo ha cristianado con otro nombre; que no sepa más de lo que usted sabe, y me libre Dios de decirle que macanea; que no fume en su presencia,

Saca un cigarillo y lo enciende.

en fin; que sus costumbres sean el molde de mis costumbres. Pero, ¿no comprende que riéndome de esas pamplinas me aproximo más a usted; que soy más su amigo, que lo quiero más espontáneamente?... Volviendo al asunto de mi conducta ¿cuál es mi delito?... Creo que no he malgastado el tiempo; me voy formando una reputación; estudio, sé... ¿Qué más quiere?... ¿Que he hecho algunas deudas? ¿Que gasto más de lo que usted quisiera que gastara?... Ciertamente. Pero usted pretendía que todo un hombre, con otras exigencias y otros compromisos, siguiera manteniéndome con una escasísima mensualidad. Por lo demás, lo único que tengo que lamentar, es que no haya sido de mis labios que conociera usted lo de mis deudas... Pensaba confiárselo antes de irme, y pedirle fondos para cubrirlas...

OLEGARIO

— ¡Ah!... ¡Aquí te quería!... ¡Te he escuchado con calma nada más que para ver hasta dónde llegaba tu desvergüenza!...

JULIO

— ¡No sea grosero, padre!

OLEGARIO

— ¿Conque sós libre? ¿Conque sós dueño de tu vida?... ¿Conque nada te vincula a tus padres? ¿Y a qué salís ahora con que tengo que pagar todas tus trampas?... Es decir, ¿que sólo soy tu padre pá mantenerte los vicios?... ¡Ingrato! ¡Ah!... ¡El pobre gaucho viejo!... Vení al mundo, clavá la pezuña contra el suelo y afirmate pá cinchar la vida. ¡Y cinchá, cinchá, cinchá!... Y después, cuando hayas repechao y estés arriba, sin tiempo pá secarte el sudor, ¡vuelta a cinchar de la vida de los otros!... Y todo ¿para qué?... ¡Pobre gaucho viejo!...

.....

.....



18.

La Bandera Nacional.

DOMINGO F. SARMIENTO.
Argentino.



Sarmiento.

La República Argentina ha sido trazada por la regla y el compás del creador del Universo. Ese anchuroso río que nos da nombre es el alma y el cerebro de todas las regiones que sus aguas bañan. Puerta de esta América que abre hacia el ancho mar que toca el umbral de todas las naciones, por ahí subirán ríos arriba, con la alta marea del desarrollo, las oleadas de hombres, de ideas, de civilización que acabarán por transformar el desierto en nación, en pueblo. Aquí en estas playas, han de cambiarse los productos de tan vasta hoy, de tantos climas, por los que hayan en todo el globo preparado siglos de cultura, y la lenta acumulación de la riqueza. Aquí ha de hacerse la transmutación de las ideas; aquí se amalgamarán todos los pueblos; aquí se hará una adaptación definitiva, para aplicarse a las nuevas condiciones de la existencia de pueblos nuevos sobre tierra nueva.

No hablo del porvenir. Es ya este sueño de nuestros padres, un hecho presente.

He ahí esos millares de naves, nuestros misioneros

hasta el seno de la América. Ved ahí en la masa de este pueblo el ejecutor de la grande obra, acudiendo de todas partes a alistarse en nuestras filas, y por el trabajo, la industria, el capital, las virtudes cívicas, hacerse miembros de la congregación humana que lleva por enseña en la procesión de los siglos hacia el engrandecimiento pacífico la bandera bi-celeste y blanca.

Esta bandera cumplió ya la promesa que el signo ideográfico de nuestras armas expresa. Las naciones, hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse a los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo ni hipógrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida; una oliva para los hombres de buena voluntad; un laurel para las nobles virtudes; he aquí cuanto ofrecieron nuestros padres y lo que hemos venido cumpliendo nosotros como república y harán extensivos a todas estas regiones como nación nuestros hijos.



19.

Muerte de Abel.

JOSÉ M. RODRÍGUEZ Y COS.
Mejicano.

¡Cuán hermoso es Abel! Su cabellera,
En mil bucles de oro derramada,
Presta al iris azul de su mirada
La majestad que en ésta reverbera.

Un cándido cordero condujera,
En cuya nivea frente coronada
Se columpia una rosa perfumada
Que en primicias le dió la primavera.

Sobre un peñasco luego deposita
La hermosa ofrenda que el Señor recibe
Del que en cumplir su voluntad se afana.

¡Ay! sobre Abel, Caín se precipita,
Le da la muerte y con su envidia escribe
El primer crimen de la historia humana.



20.

Los niños.

ROBERTO J. PAYRÓ.
Argentino.

Amo a los niños de ojos azules y cabellos rubios; en su mirada indecisa y soñadora veo algo dulce y vago que me encanta. Amo también a los de cabellera negra y ojos brillantes : los amo con todo mi corazón, porque el niño es siempre una promesa del porvenir lejano, y gozo al soñar en lo que no se ha relizado aún, en lo que sólo en la imaginación existe.

Algunos viven del pasado, muchos del presente; a mí me gusta vivir del futuro; por eso amo a los niños. ¡Quizás también sea porque, como entre nubes, se me presenta ahora la imagen de mi madre santa y noble haciéndome dormir con la cabeza, entonces blonda, reclinada en su regazo, mientras me miraba con sus grandes ojos que decían tantas cosas!...

Pero, a veces, cuando los contemplo, sentados sobre mis rodillas, siento llenárseme de lágrimas los ojos. ¡Pobres almas puras y candorosas! Ellas también perderán sus ilusiones al ponerse en contacto con el mundo, como pierde la mariposa el dorado polvillo de sus alas, al escapar de sus manos, sonrosada cárcel que suele ser a veces su sepulcro. Ellas también palparán la realidad, y verán al hombre pequeño, más pequeño que lo que él mismo se cree desde que ha ahogado su corazón dentro del pecho; ellas también

echarán alguna vez de menos los días en que no se daban cuenta de ellas mismas, cuando vagaban por los espacios siderales, envidiando el raudo vuelo del ave, que, embriagada en torrentes de luz, se levanta hasta las nubes; ellas se verán también pequeñas, cuando los plateados hilos de las canas les traigan un poco de experiencia, y un poco más de nieve para helar su corazón...

¿Por qué los niños no siguen siempre siendo niños? ¿Por qué sus ojos, resplandecientes hoy de alegría, irán perdiendo poco a poco su brillo, hasta convertirse en los ojos graves del hombre que lucha en la terrible batalla de la vida?

¡Ángeles adorados, yo soy vuestro amigo! ¡Ah! no creáis — porque os miro con los ojos tristes — que estoy descontento de vosotros. ¿Qué podréis haberme hecho que cause mi disgusto, si sois tan buenos como lo era yo en el tiempo en que mi madre besaba mi frente pura y tersa, en el tiempo en que ya respetaba a los hombres, con cierto respeto temeroso, calculando sus conocimientos por las hebras de su bigote? ¿Qué podréis haberme hecho, si sois mi alegría, si, al veros, olvido mis pesares, si, al rodearme, levantáis entre el dolor y yo una portentosa muralla?...

Sabiendo todo esto, no espero a que se reúnan conmigo; los busco porque los amo, porque me consuelan, porque vienen a probarme — cuando más dudo — que aun existe la pureza sobre la tierra, donde se cree perdida para siempre. Los busco, y al encontrarlos me olvido de mi edad, y quisiera correr con ellos a través

de los campos, trepar a los frondosos árboles, entregarme, en fin, a todos sus bulliciosos juegos; para tornar en seguida con la ropa desgarrada y el corazón contento, como vuelven ellos después de sus agitados paseos... Y se explica esto por el misterioso encanto que tienen esas horas de la infancia, en que se ve todo sin darse cuenta de nada; en que no se conocen el cansancio ni el hastío; en que se sueña con seres portentosos, con inexplicables fantasmas, con el gnomo que vela en el arruinado castillo, con la bruja que, a la noche, cruza cabalgando en un vestiglo la negra extensión del cielo cubierto de nubes, para ir a formar parte en algún aquelarre diabólico, en algún Sábato infernal...



24.

**El sugerimiento de ideales en la enseñanza
del idioma patrio.**

CARLOS OCTAVIO BUNGE.
Argentino.

Es el lenguaje la primer palanca de la humana cultura. Quitad al hombre el lenguaje y retrogradará más atrás de la barbarie y el salvajismo, a una época siniestra, a la vida puramente animal. Si la humanidad aprovecha la división del trabajo colectivo, es porque sabe hablar, y si utiliza la experiencia histórica, a modo de « un hombre que siempre aprende y nunca muere », es porque sabe escribir. Sin la palabra el pensamiento se pierde en el nebuloso estado de sensación, el pensamiento hablado es como la luz que ilumina dentro de nosotros mismos el interno teatro de nuestras sensaciones. Por eso hablar es saber pensar. Por eso hablar es, si no sentir, saber hacer sentir. La palabra hablada y escrita es, pues, un hecho tan positivo como las acciones materiales, ¡y hasta más positivo aún, si se tiene en cuenta el supino dinamismo de las ideas!

Los pueblos poseen su alma social, y la mejor expresión de esta alma es el patrio idioma. ¡Hay que decirlo bien alto! Los hombres « prácticos » no deben ya ignorar el valor práctico del idioma. Los patrioteros, que piden « hechos y no palabras », han de saber que el lenguaje es el primero y más grande de los hechos

humanos, ¡el Hecho por excelencia! Porque el vulgo, y al decir el vulgo quiero significar una inmensa mayoría, ha dado hoy en mirar con la olímpica indiferencia, cuando no con el desprecio de la ignorancia, todo lo que atañe al estudio del idioma y al culto de la lengua nacional. Conveniente es que ese vulgo no olvide que por idioma, gramática y retórica, no se entienden meras teorizaciones filosóficas, escolares pedanterías o purismos pueriles; ¡no! El problema del idioma es, en parte, el problema del carácter nacional; el culto del idioma patrio es el culto del patriotismo; el estudio es el del razonamiento, y, por ende, el desarrollo de la lógica del espíritu.

Sin perjuicio de los estudios científicos en su tiempo y oportunidad, el conocimiento de la lengua debe ser la base de toda cultura, vale decir de toda enseñanza. En Alemania, en Inglaterra, en Norteamérica, en todos los países progresistas del globo, lo es, puesto que forma el fondo de la instrucción primaria y una parte principal de la instrucción preparatoria. ¿Por qué no lo habrá de ser también entre nosotros, pueblos que poseemos, aunque poco cultivado, uno de los más hermosos, si no el más hermoso de los idiomas? ¿Negaremos al castellano su extraordinaria flexibilidad y poliforme riqueza? Me diréis que, en nuestro siglo, comparado al francés o al alemán, le falta fijeza y precisión, y que ello es un mal para formar la lógica del carácter nacional y difundir la ciencia... ¡Perfectamente! Pero, ¿no es remediable este mal con el conocimiento y el continuo floreo de la lengua? La lengua

castellana es todavía como una vasta y secular selva virgen. El escritor debe entonces considerarse un *pionnier*, penetrándola hacha en mano. — ¡Y no me citéis los clásicos, los magníficos clásicos! Si queremos estar a la altura de la civilización contemporánea, debemos conocerlos, estudiarlos, desmenuzarlos... ¡pero nunca imitar su grandiosa ampulosidad y su énfasis! Ya la gente no se admira como antes, ni tiene tiempo de declamar y oír declamaciones; quiere que la frase sea rápida, fina, precisa. Como cada hombre, cada siglo tiene su estilo; ¡y el estilo del siglo, como el estilo del grande hombre de letras, no es todo espontaneidad, que tiene también su estudio y labor, hachas y podaderas! En una palabra, estudiemos y aprovechemos los inapreciables factores y elementos de la literatura clásica, estudiemos los antiguos... para ser modernos.

Así, no sólo las ciencias contemporáneas nos pueden hacer el alma moderna. A la par y hasta antes de ellas está el estudio del idioma. ¿Necesítanse mayores argumentos para encarecer su importancia? ¿De cuál asignatura se diría, como de ésta, que ilustra, que educa, que dignifica, que forma el raciocinio, que eleva el alma, y que es tan indispensable al pensamiento como el aire a nuestro organismo, que es el medio y los extremos, el objeto y el sujeto, el principio y el fin? •

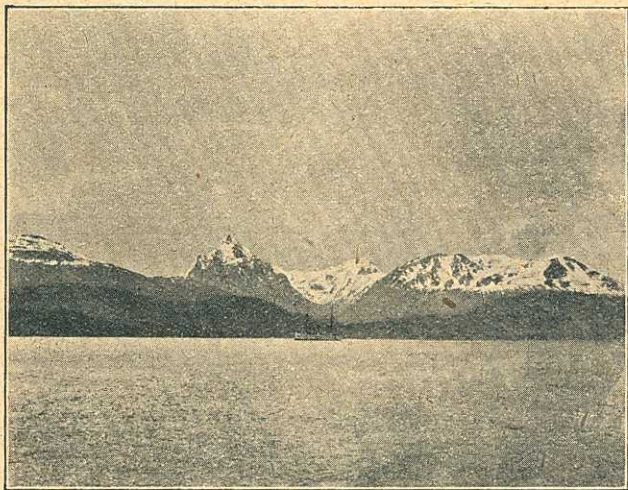
« La lengua, y sobre todo la sintaxis de la lengua, ha dicho Cánovas del Castillo, es la expresión más acabada de toda raza, de todo pueblo, en cualquier

tiempo; no hay que disputarla esta primacía, porque en la lengua van envueltos todos los sentimientos morales, va envuelto todo lo espiritual : la lengua es el alma exteriorizada. » Pero hay más aún : no sólo el cultivo de la lengua es el de la propia alma, no sólo es la mejor gimnasia de la inteligencia, sino también, ¿ cómo podrían desarrollarse mejor los ideales del alma que en el estudio consciente de las ricas joyas de la literatura nacional? Y, ¿ cómo realizar tal estudio, sino encauzándolo en el del propio idioma? « Ningún pueblo será grande si no cultiva su propio carácter. » Y su carácter es su idioma, su idioma es su literatura.

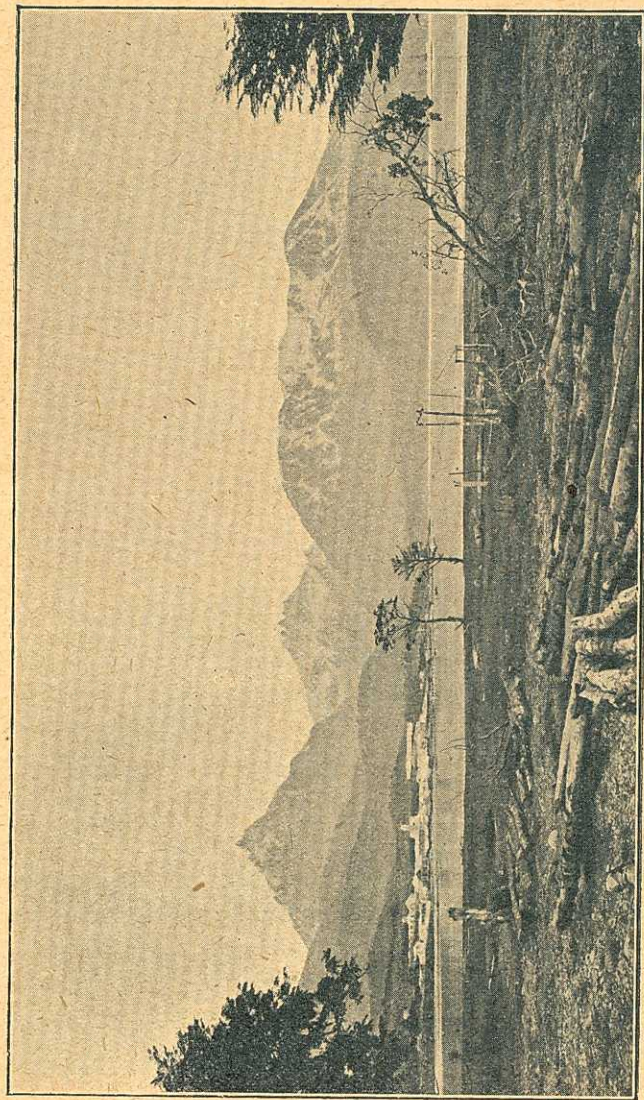
.

Desde el punto de vista de la educación del carácter, del sugerimiento de ideales, la clásica literatura española ofrece obras maestras que no podrían en ningún caso substituirse por las producciones hispano-americanas. Hispanoamérica no ha alcanzado todavía una edad de oro de pensamiento y literatura. Las agitaciones de su breve vida independiente no han madurado aún su genio; la mayor parte de sus escritores son hombres de lucha, de aquellos que Daudet llamara « literatores de pie »; sus libros se resienten de la rapidez consiguiente a la falta de consagración profesional de los autores. Pero no debemos desesperar. Día vendrá en que la cultura hispanoamericana sea un medio propicio a la verdadera gloria literaria, exclusivamente literaria. Entonces las nuevas repúblicas tendrán también sus propios clásicos, dignos de figurar en universales antologías. Para que ello ocurra cuanto antes, ya

está indicado el medio : la enseñanza objetiva y subjetiva del idioma. Estudiemos, pues, nuestro idioma, no para la corrección y la retórica en sí mismas, sino para que nos fecunde nuestro espíritu, a modo de un generoso caudal de agua que deposita sedimentos de humus en ancha superficie. Sobre nuestro suelo privilegiado, el sol de la historia hará germinar las ideas como granos de trigo.



Paisaje Argentino.



Paisaje Argentino.

22.

Alberdi, músico.

ALBERTO WILLIAMS.
Argentino.

Nació el 29 de agosto de 1810 en la ciudad de Tucumán, y murió en París el 18 de junio de 1884. La vida de Alberdi y sus numerosos escritos han sido minuciosamente estudiados por distinguidos escritores, que ensalzan su profundidad como pensador, la brillantez de su estilo, la argumentación vigorosa de sus escritos jurídicos, su temible pluma de polemista, su fecundidad. Nosotros nos ocuparemos aquí tan sólo de la faz menos conocida de su personalidad, de su talento musical.

Alberdi estudió la música con Cambeses, y cultivóla por vía de adorno y entretenimiento, como él mismo nos lo dice en sus *Cartas sobre la música*. Tenía gran facilidad para improvisar y componer y poseía privilegiada memoria musical, que más de una vez pudo asombrar a sus amigos, cuando, de vuelta del teatro, sentábase al piano reproduciendo con rara exactitud los temas principales de la ópera que juntos acababan de escuchar.

Las composiciones de Alberdi despiertan doblemente nuestro interés por ser debidas a la pluma de uno de los más preclaros ingenios de las letras argentinas, y por rebosar frescura e ingenuidad espontáneas. Sus páginas de piano, los *minués* y las *valzas* que tanto

prefería, se distinguen por su naturalidad y donaire de los giros, por la sencillez popular de la armonía, por el tinte de melancolía criolla y por lo delicado del sentimiento.

La costumbre que reinaba entonces entre los compositores argentinos de regalar los manuscritos de sus producciones a las personas a quienes eran dedicadas, sin conservar copia alguna ni cuidarse de la suerte que les esperaba de parte de las *polillas*, aficionadas a los papeles, ni de parte de los *aficionados*, polillas de los autógrafos, ha ocasionado la pérdida de la mayor parte de las obras musicales del autor que nos ocupa.



23.

La madre no muere.

DIEGO VICENTE TEJERA.

Cubano.

.
Contigo en todas partes, contigo noche y día

Me sentirás vivir;

Que en tanto que yo aliente, lo sabes, ¡madre mía!

No puedes tú morir.

Y aun vivirás conmigo cuando mi sien no lata :

Que iré a buscarte en Dios;

Y el rayo de su gloria, que ardiente te arrebatara,

Será para los dos.

No importa que hoy pregunte con afligido acento :

Mi madre ¿en dónde está?

No importa que mis lágrimas respondan al momento :

¡Mi madre ha muerto ya!

Para adorarla siempre, del pecho en lo profundo

Tu imagen llevo yo :

Las madres, madre mía, se mueren para el mundo...

¡Para sus hijos, no!



24.

Por los bosques argentinos.

CARLOS R. GALLARDO.

Argentino.

Pero llega a su apogeo nuestra admiración cuando internándonos en esas selvas misioneras apenas holladas por planta humana, nos encontramos en medio de bosquecillos de helechos arborescentes, de los que cultivamos en nuestras casas con cariño de madre, tal es su delicadeza y su hermosura. Entonces no podemos creer que esos troncos de ocho, diez y más metros de altura, rectos como las columnas de un templo, sujetando una bóveda de verdura que parece el caprichoso juego de un artista genial que hubiera filigranado las verdes esmeraldas, no podemos creer, repito, que esa espléndida representación del reino vegetal sólo sea obra del medio ambiente, y en ese momento en que la razón se ofusca dominada por la admiración de tanta belleza, creemos haber descubierto el verdadero templo en que las hadas del bosque rinden culto al Creador.

Muy hermoso es el bosque cuando todos los organismos de los árboles que lo componen han adquirido su completo desarrollo, cuando sus hojas, sus flores y sus frutos llaman a porfía, con sus bellezas, la atención del que siente latir dentro del pecho un corazón de artista; pero existe un período en la vegetación de las plantas en que más que en otros se siente latir con

fuerza el corazón humano, cuando uno presencia el desarrollo de su acción; es aquel en que la savia, acudiendo generosa al brote, lo entreabre haciendo asomar la naciente hoja o el pimpollo de la futura flor.

¡Cómo se ve entonces aparecer la vida en el corazón de ese brote, de esa exteriorización de las fuerzas expansivas de un ser ansioso de recompensar con flores y frutos las caricias del medio ambiente! ¡Cómo se ve allí palpitante una existencia que busca los halagos de la luz! ¡Cómo se percibe que allí actúan las insinuaciones de esa misma luz diciendo al color : despierta! Y ¡cómo se presiente que allí existen fuerzas que aseguran la prosecución de la vida en el mundo!

En presencia de ese conmovedor espectáculo en que se ve uno de los fenómenos más hermosos y se experimentan sensaciones agradables, el espíritu se conmueve y la materia vibra. Uno canta y la otra ríe.

Y si estos bosques deleitan el espíritu con sus bellezas, llenan de gozo el alma del patriota con las riquezas que encierran.

Al visitarlos uno palpa y valora esas riquezas, y al estudiarlos con el criterio del economista llega a la conclusión de que ya es tiempo de que incorporemos al gran concierto de la producción nacional, en una forma seria y eficiente, lo que la naturaleza nos ha donado como regio obsequio, después de haber necesitado siglos para crearlo.

Sí, ya es tiempo de que nos preocupemos de ello, pues dentro de esos bosques y bajo esa bóveda de verdura se encuentra la leña, que en su transformación

nos da luz y calor; las maderas que empleamos en la construcción de las herramientas para labrar el suelo, para hacer las casas, los muebles o construir el carro o el vagón como medio de transporte; el palo que soporta el alambre conductor del pensamiento que va de una a otra nación y el que aguanta la vela que el viento hincha para llevar nuestros productos al comercio del mundo y traernos en cambio el capital, el saber y el brazo que tanto necesitamos; la dura madera con que se construye la nave de guerra; la hoja o el fruto que sirve para dar color a los tejidos; la corteza que curte las pieles; las fibras con que se hacen los cordeles; la hoja con que se hace la canasta o el sombrero; las hierbas, en fin, que curan las enfermedades del cuerpo, así como las flores y las bellezas de conjunto y de detalle que curan las enfermedades del alma.



25.

El periodista.

PEDRO GOYENA.

Argentino.

Para hallar un periodista que se aproximase siquiera al periodista ideal, sería necesario que se reuniesen en un solo hombre cualidades que sólo muy raras veces se encuentran juntas en un mismo individuo. Por eso en los países adelantados, un diario tiene siempre diversos redactores : sólo así responde a los fines de su institución. Las cuestiones de transcendencia que exigen reposo, ilustración y amplias vistas no pueden ser tratadas satisfactoriamente por los espíritus que no viven cómodos sino en la atmósfera tempestuosa de las luchas del momento. Por otra parte, los graves pensadores no están dotados de la flexibilidad y rapidez que exigen las escaramuzas del combate de cada día, y raras veces poseen el don con que ha favorecido la naturaleza a M. Laboulaye, de poner las nociones abstractas o complicadas al alcance de la inteligencia común.

Además de la gran dificultad de mantener la pasión a raya para que no le ofusque, el diarista tiene que resolver otra cuestión práctica de suma importancia si no quiere esterilizar su propaganda, predicando. Esa cuestión consiste en conocer, no solamente el grado de cultura del pueblo para el cual escribe, sino también su gusto y sus tendencias. Aquel verso de Horacio : « *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci* », debe ser

siempre recordado por todos los escritores y especialmente por los periodistas. Éstos no han conseguido todo aún, cuando han logrado tratar las cuestiones inspirándose en la verdad y en la justicia, trasportando las ideas al tono y bajándolas al nivel en que son perceptibles para el mayor número. No basta que expongan con claridad ideas morales o útiles; es necesario que sepan hacerlas atractivas; es necesario, no solamente que convenzan, sino que persuadan. Y sobre todo, dirigiéndose a un público como el nuestro, tan movedizo, tan voluble, tan poco reflexivo, se hace indispensable que los periodistas se den trazas para comunicar a su estilo esas cualidades de rapidez, de brillo, de animación, sin las cuales bostezará siempre y dormirá pronto un lector bonaerense.



26.

La visión del cóndor.

J. SANTOS CHOCANO.
Peruano.

Una vez bajó el cóndor de su altura
a pugnar con el boa, que hecho un lazo,
dormía astutamente en el regazo
compasivo de trágica espesura.

El cóndor picoteó la escama dura;
y la sierpe, al sentir el picotazo,
fingió en el césped el nervioso trazo
con que la tempestad firma en la anchura.

El cóndor cogió el boa; y en un vuelo
sacudiólo con ímpetu bravío,
y lo dejó caer desde su cielo.

Inclinó la mirada al bosque umbrío;
y pudo ver que, en el lejano suelo,
en vez del boa, serpenteaba un río...



27.

Fuenterrabía.

E. GÓMEZ CARRILLO.
Guatemalteco.

Estoy en mi casa solariega, en plena frontera, en la Fuenterrabía de mis abuelos, que parece, vista de lejos, sobre la montaña azul, bajo el cielo púrpura de la tarde, un castillo de teatro.

¡Fuenterrabía! No creo que exista en el mundo un recuerdo gótico más bello; no creo que haya un ramillete de torreones en ruina más medioeval, más poético, más evocador de sombras graves y silenciosas, que esta ciudad casi muerta, casi derruida, con sus callejuelas negras y tortuosas que suben siempre hacia la iglesia como para recibir la extremaunción, que suben y se retuercen, ante la amenaza de las vetustas casas agrietadas y de las torres que desde la cima parecen prepararse a la suprema caída — que suben, desiertas, abandonadas, tristes de la tristeza de la agonía, entre ventanillas simétricas y herméticas a las cuales ningún rostro se asoma, que ninguna luz ilumina, que parecen cerradas por manos ya muertas, por manos de siglos muertos, cerradas para siempre...

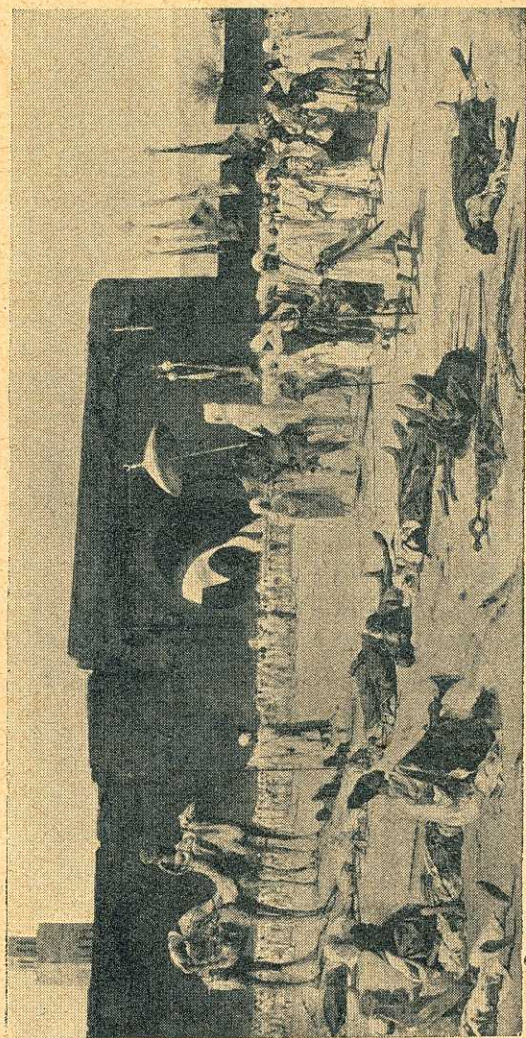
El cielo mismo que allá, del otro lado del río, es rojo con tonos de incendio en la apoteosis del sol poniente, toma, al cubrir aquí las torres negras y enmohecidas, un color indeciso, un matiz melancólico de tela muy antigua, de raso marchito y manchado.

¡Fuenterrabía la muerta! Bajo sus arcos esculpidos, en los callejones sin luz, frente a los escudos de piedra que coronan las fachadas, en la tranquilidad augusta del crepúsculo, todo el pasado del mundo y todo mi propio pasado surgen y me alucinan. Aquí un gran señor del siglo XIV vino a establecerse, ya muy viejo, para esconder detrás de los muros de la iglesia sus tristezas y sus desilusiones, para endulzar la monotonía cruel de la vida inútil con el espectáculo de los altos montes azules. Su fantasma acaba de aparecer ante mí, alto, flaco, con las manos exangües, la piel apergamizada, los ojos brillantes como brasas.

Y al no más encontrarme con él, le quise, porque le vi sufrir, porque sus párpados estaban llenos de lágrimas, porque en las noches de su vigilia eterna una sombra femenina le acompaña cual un remordimiento.

¡Pobre gran señor! Su sombra quejábase en la obscuridad y me decía, con palabras lamentables, con acento de gemido, el secreto de su melancolía. Era el alma doliente de la ciudad...





BENJAMIN CONSTANT : Los últimos rebeldes.

(Fot. Neurdein).

28.

A Urquiza.

OLEGARIO V. ANDRADE.
Argentino.

El monstruo de la guerra, que todo lo destroza,
Talaba nuestros campos con bárbaro furor,
Y al cielo de la patria la noche tenebrosa
Tendió su manto negro de fúnebre color.

Del trueno el estampido terrible resonaba
Mezclado con los gritos y estrépito marcial;
En tanto que la tierra teñida se miraba
Por lagos y raudales de sangre fraternal.

Mil ayes dolorosos de víctimas heridas
Del crimen en las aras, rendidas sin piedad,
Unidos al estruendo de luchas fraticidas
Sonaban cual rugido de fuerte tempestad.

¡Recuerdos dolorosos, querida patria mía!
Tu seno desgarraban tus hijos con baldón;
Y en torno de tu frente la luz resplandecía
Cual roja cabellera del bélico cañón.

Mas hoy en tu horizonte sin nubes aterrantes
Despliega solo el alba su túnica de rosa;
Y el cielo se colora con ráfagas radiantes
De luz, que desvanece la brisa nebulosa.

Hoy sólo mil acentos de gozo resonando
Saludan entusiastas, con plácido fervor,
Al héroe que aguerrido su espada levantando
Juró romper tus grillos, venciendo al opresor.

Hoy sólo, enardecida de gozo y patriotismo,
Saluda al gran Urquiza la tierna juventud;
Porque salvó la Patria del borde de un abismo
Y sus ilustres hechos merecen gratitud.

Por él van progresando los pueblos Argentinos
Felices al amparo de la Constitución,
Las leyes desplegando su pabellón divino
Conservan a su sombra del Plata la Nación.

¡Loor al gran guerrero que tanto combatiera
Por la gloriosa causa de paz y libertad!
Naciones extendidas del Plata en la ribera,
¡Al inmortal Urquiza venid y saludad!



29.

Caridad.

(FRAGMENTOS DE UN DISCURSO).

BELISARIO ROLDÁN.

Argentino.

Cuenta una leyenda inglesa, conmovedora y sobria como todas ellas son, que los empleados de una oficina de correos de Londres tropezaron cierta vez con una carta que tenía esta curiosa dirección :

« Para Dios, en el cielo. »

Abierto el sobre, ya que hubiera sido un tanto difícil dar curso a la singular epístola, pudieron leer, garabateado por unas manos a todas luces infantil, este tiernísimo poema de miseria y de candor :

« Señor Dios : es preciso que usted vea esto. Mi madre está enferma; mi padre no tiene trabajo; yo... soy muy chico. »

Luego un adorable diminutivo — Carlitos — rubricaba penosamente aquel formidable alegato que ponía de golpe ante el supremo juez la injusticia de un dolor sin culpa y sin consuelo... La carta fué publicada; y levantemos el corazón : la caridad llegó copiosamente a la buhardilla desolada, donde, en efecto, la madre no tenía salud, el padre no tenía jornal y los grandes ojos absortos de la criatura se habían clavado en su Dios, como esperando su respuesta... Nobles

damas, altos dignitarios y hasta flemáticos banqueros se conmovieron ante el pequeño drama y la felicidad brilló de pronto para los tres infelices. No añade el cuento si el niño se creyó obligado a un acuse de recibo, y si una nueva carta suya, dirigida al mismo celestial destinatario, cruzó de nuevo por los neumáticos de la City; pero bien pudo hacerlo sin mengua de la verdad, bien pudo hacerlo, porque la caridad es Dios... No el gesto seco con que echamos el mendrugo sobre la mano descarnada que lo implora, sino la alta caridad del espíritu, la que nos hace mirar con interés hacia la desgracia, con benevolencia hacia el error, con tolerancia hacia el ajeno extravío...

¡Y cómo no ha de brillar con sus mejores luces en estas comarcas de América, si hasta la tradición secular se inicia con un rasgo de caridad que ilumina todo el conjunto, como en el fondo de esos cuadros de Sorolla una pincelada de cielo matiza y decora todos los rincones de la tela magistral!...

Hubo, en efecto, un mendigo que imploró una limosna, radiante la pupila de visiones, y hubo una santa matrona que supo tender a tiempo la dádiva opulenta y abnegada. ¡Reina era la dama, navegante el mendigo; y de aquella peregrina conjunción de la caridad y el genio surgió como de una nupcia sideral este mundo nuevo, por cuyos llanos, montes, bosques, selvas, mares, ríos, lagos, pampas y cumbres, parece que debiera pasar, como un hálito bendito, el soplo de todos los vientos sanos de la tierra!

Son muchos — volviendo a los niños — los que

sufren en el seno de esta ciudad monstruo; es muy larga la caravana pequeña y pálida, y sólo dejando a la conciencia que exhale uno de sus repentes inexorables, es posible aventurarse a proclamarlo : ¡Un niño abandonado es un delito de todos nosotros !He aquí, señores, que el bosque acaba de estremecerse; acaba de estremecerse el bosque, porque un inmenso rugido, mitad imprecación, mitad lamento, va horadando la maraña como una clarinada salvaje que retumba en el silencio, repercute en los troncos, viborea entre los árboles, peina las gramíneas, abanica las hojas, amedrenta las aves y se difunde por toda la grave majestad de la selva. Es una fiera la que ruge; es una fiera que va jadeante, desolada, hundiendo en los matorrales la investigadora pupila cárdena, estoicamente cubierta de sangre porque ni a reparar se detiene que en las zarzas del camino van quedando jirones del propio cuero que flamearán después como estandartes de dolor... Aquella fiera ruge porque ha perdido al hijo y porque en su instintividad inexpresable adivina los peligros a que está expuesto el cachorro en la soledad del monte. ¡Cómo no conmoverse las fibras todas de la criatura humana ante el espectáculo de un niño abandonado en la vida, sin padre, sin madre, sin pan, sin abrigo, sin arrullo, sin reparo, sin rumbo, sin apoyo, sin consejo, sin orientación, sin nada! Y para qué traer estadísticas... Todos hemos visto, en la media noche de invierno, en una de esas medias noches en que el viento corta las caras como un navajazo, — mientras los lujosos equipajes volvían de la Ópera al

sonoro trote de sus troncos y entre un concierto de cascabeles y cadenas, — tirado en el umbral de una casa grande, solo y temblando de frío, casi desnudo, metida entre las rodillas la cabecita, un niño... ¡Y ahí estaba ese niño, como una sombra entre las sombras, sabe Dios si soñando con una caricia maternal nunca recibida, con un hogar tibio y amante jamás visto, o si dejando que desde aquella noche prendiera en su numen de diez años la semilla de un rebelde futuro! No en vano afirma Michelet que los niños cerebran más permanentemente que los hombres. Nadie sabe hasta qué grado de sutileza llega el pensamiento de las criaturas; nadie sabe qué miran y qué ven esas grandes pupilas, húmedas de perplejidad, que suelen clavarse silenciosamente en las nuestras. Ellos tienen también sus melancolías, sus tristezas, sus nostalgias, sus dolores hondos y secos. Un médico de niños, cuya muerte dejó por cierto un doble claro en la ciencia y en las letras, un médico nuestro y muy nuestro, pasaba todas las mañanas, camino del hospital, por un conventillo en cuya puerta jugaba cotidianamente un grupo de chicos. Un día su ojo experto echó de menos a uno; volvió a notar su ausencia al día siguiente y se detuvo a inquirir : « ¿Y el rubio? preguntó. — Está enfermo, señor. » Y en efecto; conventillo abajo, en la última pieza, tirado sobre unos trapos, pálido, enfermo, estaba el rubio. Al lado la madre, una obrera.

— ¿Quién cuida a este niño?

— Un curandero...

— Desde hoy lo cuido yo.

— ¿Y usted quién es?

— Ricardo Gutiérrez.

Horas más tarde el generoso médico — selecto espíritu que gustaba restañar en las almas el mismo dolor que curaba en las clínicas y cantaba en aquella sollozante lira monocorde — volvía trayendo él mismo los remedios; los remedios eran juguetes, y cuando se retiró, dejando a su rubio sano y bueno entre los muñecos y los pierrots, que parecían sonreírle fraternalmente como si también ellos sintieran la dicha inefable de transmitir un poco de felicidad, dió este diagnóstico, que sólo podía inspirar su doble alma de sabio y de filántropo :

— Su hijo no estaba enfermo, señora; ¡estaba triste!...



30.

Las tertulias de San Martín.

BARTOLOMÉ MITRE.
Argentino.

« Estas tertulias, dice un historiador chileno, tenían un carácter culto, patriótico y significativo. Era la fraternidad de dos pueblos en los afectos del corazón, en la adoración de la belleza, en los tiernos homenajes al heroísmo. Invariablemente, antes de romper el primer baile, todos los asistentes se agrupaban en gran círculo, cogidos de las manos los caballeros y las damas, y al son de la música de los cuerpos militares, se cantaba en coro la canción argentina como un homenaje a la patria y a la bandera bajo la cual Chile había sido redimido. En seguida, casi siempre presidido por San Martín, se rompía el primer minué de honor, y la tertulia se prolongaba grata y festiva hasta las altas horas de la noche. » Otro cronista, chileno también, completa el cuadro : « Franco, desenvuelto y elegante en sus maneras, San Martín, en la flor de su vida (39 años), reinaba en los salones y era la figura más visible y presente en todas partes, como lo era en los campamentos. » En esas reuniones de San Martín, se leían y comentaban los partes del ejército del sur, las noticias de Buenos Aires y de Europa, y se mantenía y alentaba el entusiasmo patriótico. El general, enemigo del lujo, siguiendo su tendencia a disciplinarlo todo,

suplicaba con frecuencia a las personas que honraban sus salones se presentasen con la mayor sencillez. Refiérese que en cierta ocasión, habiendo asistido una dama con un traje más lujoso del que prescribía la ordenanza suntuaria, San Martín, sin abandonar su cortesía y su tono familiar, trató de significárselo. La señora, sin dejarse correr por esta advertencia, replicó : « Vd. se admira del lujo con que me presento porque ya se había acostumbrado a la pobreza de las mendocinas. » ¡Y era la pobreza de las mendocinas la que principalmente había contribuido a la libertad y riqueza de Chile!



31.

El filósofo y el buho.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Cubano (1803-1829).

Por decir sin temor la verdad pura
Un filósofo echado de su asilo,
De ciudad en ciudad andaba errante
Detestado de todos y proscripto.
Un día que sus desgracias lamentaba
Un buho vió pasar, que perseguido
Iba de muchas aves que gritaban :
« Ése es un gran malvado, es un impío;
Su maldad es preciso castigarla,
Quitémosle las plumas, así, vivo. »
Esto decían, y todos le picaban.
En vano el pobre pájaro afligido
Con muy buenas razones procuraba
De su pésimo intento disuadirlos.
Entonces nuestro sabio, que ya estaba
Del infelice buho compacido,
A la tropa enemiga puso en fuga
Y al pájaro nocturno dijo : « Amigo,
¿ Por qué motivo destrozarte quiere
Esa bárbara tropa de enemigos ?
— Nada les hice, el ave le responde;
El ver claro de noche es mi delito. »



32

Dirección política.

JUAN BAUTISTA ALBERDI.

Argentino.

Alberdi.

Figuraos un buque que navega en los mares del cabo de Hornos, con la proa al polo de ese hemisferio; esa dirección lo lleva al naufragio. Un día cambia de rumbo y toma el que debe llevarlo a puerto. ¿Cesan por eso en el momento la lluvia, el granizo, la obscuridad y la tempestad de los sesenta grados de latitud? No, ciertamente; pero con sólo persistir en la nueva dirección, al cabo de algún tiempo cesan el granizo y las tempestades, y empiezan los hermosos climas de las regiones templadas. Pues bien : toda la actual política argentina, todo el sistema de su Constitución general moderna, es de nueva dirección y rumbo, no de resultados instantáneos. La nave de nuestra patria se ha internado demasiado en regiones sombrías y remotas para que baste un solo día a la salvación de sus destinos. Nuestra organización *escrita* es un cambio de rumbo, un nuevo derrotero. Nuestra Constitución es la proa al puerto de salvación. Sin embargo, como todavía navegamos en alta mar, a pesar de ella tendremos borrascas, malos tiempos, y todos los percances del que se

mueve en cualquier sentido, del que marcha en el mar proceloso de la vida libre. Sólo el que está quieto no corre riesgos, pero es verdad que tampoco avanza nada.

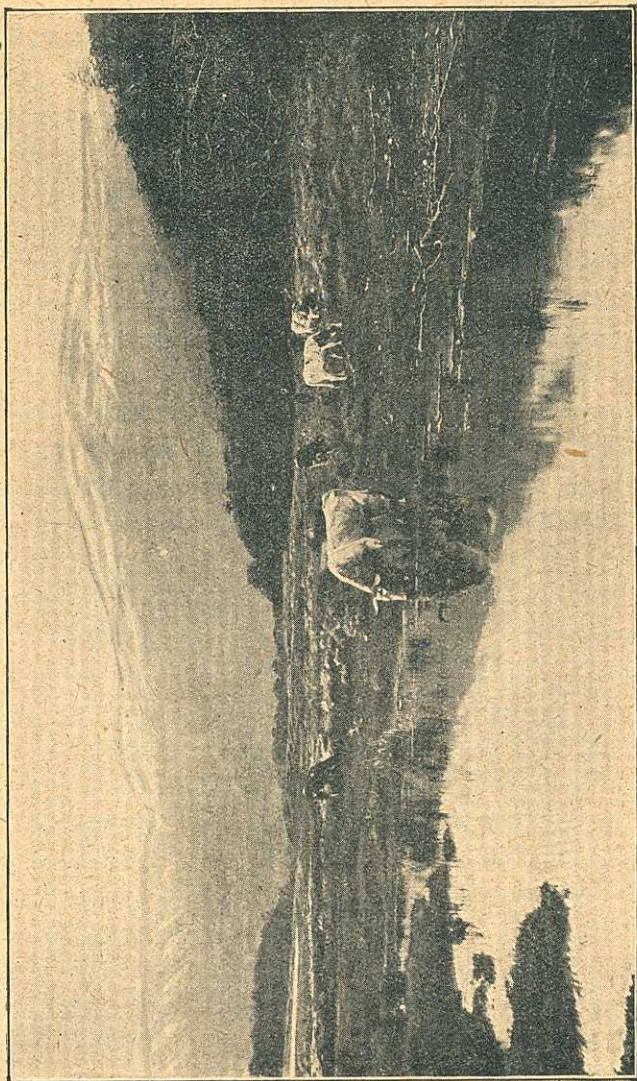
La libertad, viva en el texto escrito y moribunda en el hecho, será por largo tiempo la ley de nuestra condición política en la América antes española. Ni os admiréis de ello. ¿Acaso es otra la de nuestra condición religiosa en la mayoría del mundo de la cristianidad? Porque en el hecho violemos a cada instante los preceptos cristianos; porque las luchas de la vida real sean un desmentido de la religión, que nos declara hermanos, obligados a querernos como tales, ¿se dirá que no pertenecemos a la religión de Jesucristo? ¿Quién, en tal caso, tendría derecho a llamarse cristiano? Impresa en el alma la doctrina de nuestra fe, marchamos paso a paso hacia su realización en la conducta. En política, como en religión, obrar es más difícil que creer.

La libertad es el dogma, es la fe política de la América del Sur, aunque en los hechos de la vida práctica imperen con frecuencia el despotismo del gobierno (que es la tiranía) o el despotismo del pueblo (que es la revolución). Hace dos mil años que los hombres trabajan en obrar como creen en materia de moral. ¿Será extraño que necesiten largos años para obrar como creen en materia de política, que no es sino la moral externa aplicada al gobierno de los hombres?

Dejad que el pueblo sudamericano ame el *ideal* en el gobierno, aunque en el hecho soporte el *déspotismo*,

que es el resultado de su condición atrasada e indigente. Dejad que escriba y sancione la república en los textos; un día vendrá en que la palabra de libertad encarne en los hechos de la vida real, misterio de la religión política de los pueblos, comprobado por la historia de su civilización; y aunque ese día, como los límites del tiempo, nunca llegue, es indudable que los pueblos se aproximan a él en su marcha progresiva, y son más felices a medida que se acercan al prometido término, aunque jamás lo alcancen, como el de la felicidad del hombre en la tierra. Por fortuna no es de Sud América únicamente esta ley, sino del pueblo de todas partes; es ley del hombre así en política como en moral. Su espíritu está cien años adelante de sus actos.





Paisaje Argentino.

33.

El barbero de antaño.

JOSÉ ANTONIO WILDE.
Argentino.

En otros tiempos no se conocían las lujosas peluquerías que hoy abundan, no sólo en nuestra ciudad, sino también en algunas otras provincias; peluquerías en donde se encuentra toda comodidad, aseo y aun lujo que puedan desearse; mejora debida al genio francés.

Para que el lector aprecie el contraste, bueno será que nos acompañe y entremos en una barbería de aquellos años.

Constaba ésta de lo que llaman un cuarto *redondo*; es decir, de una sola pieza a la calle; las de más lujo ostentaban tal vez una puerta como vidriera. En esta puerta con o sin vidrios, flameaba, por regla general, una cortina de zaraza de color, con grandes florones (angaripolas); en las paredes, generalmente blanqueadas, casi siempre muy sucias y jamás empapeladas, veíanse unas estampas, a veces en marco, otras sin él. Un sillón de vaqueta, una bacía, toallas (no muy limpias), peines ídem, completaban el ajuar; tal vez un poco de aceite de limón, comprado en la botica inmediata, o en donde daban más; en un rincón una escoba, no olvidando el tradicional *brasero* que cerca de la puerta o en otro rincón, sobre unos cuantos pedazos de carbón, mantenía la pava de agua caliente para la

barba, y por supuesto, para el indispensable mate. Tal era el cuadro que presentaba la barbería en Buenos Aires hace cincuenta años.

El barbero era un tipo especial; casi todos eran pardos o negros. Charladores incansables, entretenían al parroquiano con sus cuentos y chistes, y a no dudarlo, sabían la vida y milagros de todo el mundo. Por añadidura, todos eran guitarreros.

Entonces no se usaba el cepillo o pincel de barba para jabonar la cara. El *maestro* movía con los dedos el jabón y el agua en la bacía (utensilio también indispensable), hasta hacer espuma, y luego con la mano la frotaba en la cara de su cliente. En aquellos tiempos, como se ve, se *manoseaba* mucho más el rostro del pobre candidato; metían los dedos entre los labios; y en la época en que no se usaba bigote, se prendía el barbero, sin compasión, de la nariz, elevándola cuanto podía e imprimiéndole movimientos laterales para afeitar el labio superior.



34.

Lecciones de la naturaleza.

LUIS CORDERO.
Ecuatoriano.

Siendo niño todavía,
Delio, al margen de un torrente,
Contemplaba la corriente
Que bulliciosa fluía;

Mas, cuando en ella fijar
Sus miradas procuraba,
Vió que ligera pasaba,
Pasaba sin descansar.

Apartó el niño sus ojos,
Suspirando, y unas flores,
Miró de lindos colores,
Blancos, dorados y rojos;

Mas sólo por un momento
Vió sus corolas pintadas;
Pues cayeron deshojadas
A un leve soplo del viento.

Volvió Delio a suspirar,
Y en un arbusto vecino
Vió un gorrión, que en dulce trino
Preludiaba su cantar;

Pero la brisa, al correr,
La débil rama movió
Y el pajarillo voló,
Voló para no volver.

Alzó los ojos el niño,
Y una nubecilla hermosa
Vió, matizada de rosa,
De oro, púrpura y armiño.

También se desvaneció
Cual de gasa tenue velo...
Pero el limpio azul del cielo
Fijo en el fondo quedó.

Entonces el inocente
Llegó, en fin, a comprender
Por qué el humano placer
Huye como la corriente;

Que el cielo le dijo así,
En un lenguaje profundo :
*¡ Todo es fugaz en el mundo,
La dicha sólo está aquí!*



35.

El tesoro escondido.

(CUENTO TRADICIONAL.)

ISIDORO DE MARÍA.

Uruguayo.

Fábula o no, la tradición más remota, que se remonta al siglo XVI, cuando la futura « Emperatriz del Plata » aun no había salido de la crisálida, daba como enterrado un gran tesoro en los médanos de la costa sur del Río de la Plata, por uno de los piratas de aquel tiempo, aportados a estos mares, no sabemos si por el incentivo del nombre con que lo bautizó Gaboto, en el interés de ponderar la riqueza de esta región, revelada al mundo por Díaz de Solís y complementada por el veneciano.

Cuento o no, la tradición lo trasmitió a los creyentes o no creyentes de aquellos tiempos, y tanto, que Lorient, el historiador del Perú, llegó a hacer mención de él, colgándoselo al terrible pirata Drake, que saqueó a Valparaíso por el año 1578, y cuenta que vino a enterrar el tesoro *manoteado* por allá, en unos médanos de la costa sur del Río de la Plata, enfrentados a unas islas, regresando de sus piraterías a Inglaterra en 1580, sin llevarlos.

Todo podía ser, sin ser milagro, decían los viejos de aquellos tiempos lejanos, echándose a adivinar el paraje del escondite del tesoro. Quién se lo imaginaría enterrado por las alturas de la Isla de Flores, y quién

frente a algunas otras islas a la entrada del Río de la Plata, que el pirata habría marcado con señas en su derrotero, para poder algún día dar con el entierro.

Lo indudable es que el tal Drake, pirata de fama, hizo roncha, y que ronchó en el Pacífico, apoderándose de muchos caudales, antes que asomasen las narices por los mares del Brasil y del Plata el Eduardo Fontán, y el Tómas Cauvendick, el incendiario de San Vicente, y que si en efecto vino a enterrarlo por estas costas, no conocemos crónicas que digan si en efecto volvió a desenterrarlo.

Cuentan, sí, que, contrariado en sus piraterías, enderezó a Europa y que, a su muerte, parece que, por casualidad, alguien encontró entre sus papeles indicios de algo así como tesoro enterrado entre médanos y peñas; pero vaya Vd. a dar con él, aunque escarbe y ahueque, cual *tucu-tucu*, a manera de los que andan buceando allá por Méjico el mentado de Moctezuma.

Mas por sí o por no, ojo a los médanos, que puede tropezar con algunas botijas llenas de oro, de la cría de las que metían bajo siete estados de tierra nuestros antepasados, o grandes lingotes de plata en barras, que ya quisieran muchos atrapar para divertirse.

Y salió por un callejoncito y entró por otro, para que Vds. me cuenten otro.



36

Notas biográficas.

RICARDO PALMA.
Peruano.

Una ligera noticia biográfica de los principales miembros de la junta de guerra, pareceme que viene aquí como anillo en dedo.

Antonio José de Sucre nació en Cumaná en 1793 y desde la edad de diez y seis años se enroló en las filas patrióticas. En 1813 mandaba ya un batallón. Desde la batalla de Pichincha empezó a figurar como general en jefe. Siendo en 1828 presidente de Bolivia, envió su poder a un amigo para contraer matrimonio en Quito con la marquesa de Solanda y ¡curiosa coincidencia! el mismo día 18 de abril, en que se celebraba la ceremonia nupcial, era Sucre herido en Chuquisaca, al sofocar un movimiento revolucionario. El Gran Mariscal de Ayacucho fué villanamente asesinado el 4 de Junio de 1830, en la montaña de Berruecos.

Don José de La-Mar nació en Guayaquil en 1777, y fué llevado por uno de sus deudos a un colegio de Madrid.

En 1794 entró en la carrera militar e hizo la campaña del Rosellón, al lado del limeño conde de la Unión, que mandaba en jefe el ejército español. En el sitio de Zaragoza era ya coronel y muy querido de Palafox. Defendiendo un fuerte cayó mortalmente herido, y su curación fué penosísima. En Valencia mandó después un cuerpo de cuatro mil hombres, y tomado prisionero, el mariscal Soult lo remitió al depósito de Dijon.

En 1814, Fernando VII lo ascendió a general, y lo envió al Perú con alto destino militar. En 1823, elevó su renuncia ante el virrey La Serna, y aceptada por éste y desligado de todo compromiso con España, tomó servicio en favor de la causa americana.

Presidente Constitucional del Perú, en 1828, fué derrocado por la más injustificable revolución, y murió desterrado en San José de Costa Rica, en 1830.

El granadino José María Córdoba nació en 1800, y en 1822 era general de brigada, en premio de su bravura en Boyacá y otros combates. En el mismo campo de Ayacucho fué ascendido a general de división, y cuando, acompañando a Bolívar en su paseo triunfal hasta Potosí, el vecindario del Cuzco obsequió al Libertador con una corona de oro y piedras preciosas, éste no la aceptó y la puso sobre la cabeza de Córdoba. La guerra civil se enseñoreó de Colombia, en 1829, y Córdoba fué asesinado después de una derrota.

Agustín Gamarra nació en el Cuzco en 1785 y, aunque sus padres pretendieron hacer de él un teólogo, abandonó el colegio y sentó plaza de cadete en el ejército español, alcanzando en él hasta comandante. Proclamada en 1821 la independencia, tomó servicio con los patriotas que lo reputaban, después de Sucre y La-Mar, como el militar más competente en materia de organización, disciplina y estrategia.

Entrado ya el Perú en el régimen constitucional, fué perenne perturbador del orden y vivió siendo siempre o presidente o conspirador. Tuvo gloriosa muerte en el campo de batalla de Ingavi, en 1840.

37.

Palmares.

ANSELMO SUÁREZ Y ROMERO.

Cubano.

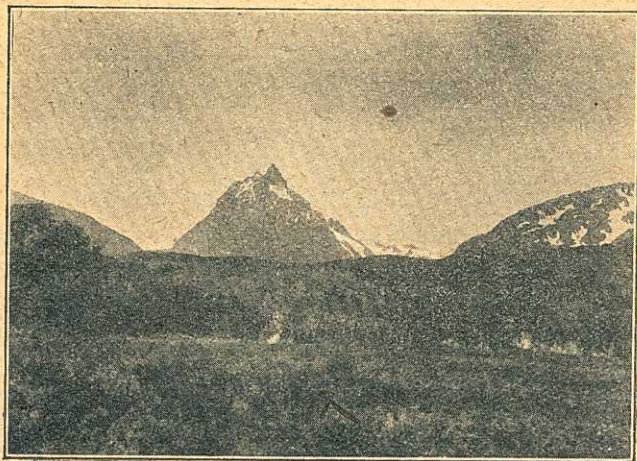
Hay una cosa, en mi patria, que nunca me canso de contemplar; no es la seiba de hojas infinitas que se levanta en la llanura, ni la caña brava que mece sus penachos con la brisa, ni los naranjos cargados de azahares, ni nuestro sol, ni nuestra luna, ni nuestro cielo tan azul y tan hermoso, ni el hirviente mar que ruge en nuestras playas; son los magníficos palmares que suspiran perennemente en sus llanos y en sus colinas. No hay árbol más bello que la palma; pero cuando la casualidad ha reunido un grupo de miles de ellas en la cresta de una loma o en un valle pintoresco y apartado, no hay pincel capaz de pintarlas, ni hay poeta que pueda cantarlas dignamente en su lira. Al rayar la aurora en el horizonte, en las ardientes horas del medio día, cuando el sol augusto y prepotente se acuesta sobre el océano, en los momentos en que la luna derrama su triste y amorosa claridad, he entrado muchas veces en los palmares, y allí, dando espacio a mis pensamientos y emociones, puedo decir que he sido completamente feliz. La naturaleza tiene mil sonidos santos y suaves que nos llenan de arrobamiento; el canto de los pájaros, el murmullo de las aguas de los ríos, el ruido de las cascadas; pero el que haya

escuchado la música de los palmares dirá si hay algo que se iguale a tantos suspiros, a tantos sollozos, a tantos lamentos, a tantas quejas, a tantas palabras acariciantes como se escuchan en las pencas agitadas por el soplo de la brisa perfumada con la fragancia eterna de los campos.

¡Oh palmares de mi patria! ¿Por qué Dios, que me concedió poder sentir vuestra belleza, no permitió también que me fuese dable, pulsando las áureas cuerdas de un laúd, cantarla con voz solemne y digna de vosotros? Palmares, palmares, yo sé que vosotros recibís un culto en el corazón de todas las criaturas sensibles; yo sé que os admiran y os aman hasta el extranjero que nació en lejanos climas, el africano mismo que riega con su sudor la tierra fértil de Cuba; pero ¡ay! los que vimos la luz a vuestro lado, los que niños hemos jugado entre vosotros, los que hemos crecido al mismo tiempo que crecían nuevos nudos en vuestros troncos, debemos miraros con más entusiasmo todavía.

Grandes escenas sin duda presentan la naturaleza y las obras de los hombres en otros países. Yo ansío ver una aurora boreal, la erupción de un volcán contemplada por la noche, un inmenso bosque desierto, un mar helado, una ciudad de mil y mil años; respirar, un día siquiera, donde han vivido los hombres grandes; contemplar los portentosos progresos de la raza humana; viajar por canales, cruzar campos desconocidos por interminables redes de caminos de hierro; atravesar puentes soberbios; ver catedrales y palacios admi-

rables; estudiar tantos usos, tantas leyes, tantas tendencias diversas, reconociendo siempre la huella de la mano sabia y buena que todo lo encamina a sus fines. ¡Ah! però me sería espantoso vivir los tristes años de la vejez lejos de mis palmares!



Paisaje Argentino.

38.

El hombre, el caballo y el toro.

ANDRÉS BELLO.

Venezolano.

A un caballo dió un toro tal cornada
que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido y fuerte,
quiere vengar su afrenta con la muerte
de su enemigo; pero como duda
si contra el asta fiera, puntiaguda,
arma serán sus cascos poderosa,
al hombre pide ayuda.

— ¡De mil amores! — dice el hombre — ¿Hay cosa
más noble y digna del valor humano
que defender al flaco y desvalido
y dar castigo a un ofensor villano?
Llévame a cuestras tú, que eres fornido;
yo le mato, y negocio concluído.

Apercibidos van a maravilla
los aliados; lleva el hombre lanza,
riendas el buen rocín, y freno y silla :
y en el bruto feroz toman venganza.

— Gracias por tu benévola asistencia;
— dice el corcel — me vuelvo a mi querencia.
Desátame la cincha, y ¡Dios te guarde!

— ¿Cómo es eso? Tamaño beneficio
¿pagas así?

— ¡Yo no pensé!.....

— Ya es tarde

para pensar. Estás a mi servicio;
y, quieras o no quieras,
en él has de vivir hasta que mueras.

Pueblos americanos :

*Si jamás olvidáis que sois hermanos
y a la Patria común, Madre querida,
ensangrentáis en duelo fratricida,
¡ah! ¡no invoquéis, por Dios, de gente extraña
el costoso favor, falaz, precario,
más de temer que la enemiga saña.*

*¿ Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
tributo eterno y dura servidumbre.*



39.

Mis comienzos militares.

MANUEL BELGRANO.
Argentino.

Todos mis paisanos, y muchos habitantes de la España, saben que mi carrera fué la de los estudios, y que, concluídos éstos, debí a Carlos IV que me nombrase secretario del consulado de Buenos Aires, en su creación; por consiguiente, mi aplicación, poca o mucha, nunca se dirigió a lo militar; y si, en el año 96, el virrey Melo me confirió el despacho de capitán de milicias urbanas de la misma capital, más bien lo recibí como para tener un vestido más que ponerme que para tomar conocimientos en semejante carrera.

Así es que, habiendo sido preciso hacer usos de las armas, y figurar como capitán, el año 1806, que invadieron los ingleses, no sólo ignoraba cómo se formaba una compañía en batalla o en columna, pero ni sabía mandar echar las armas al hombro, y tuve que ir a retaguardia de una de ellas, dependiente de la voz de un oficial subalterno, o tal vez, de un cabo de escuadra, de aquella clase.

Cuando Buenos Aires se libertó, en el mismo año de 1806, de los expresados enemigos, y regresé de la Banda Septentrional, a donde fui después que se creó el cuerpo de los Patricios, mis paisanos, haciéndome un favor que no merecía, me eligieron sargento mayor;

y a fin de desempeñar aquella confianza, me puse a aprender el manejo de las armas, y tomar sucesivamente lecciones de milicia.

He aquí el origen de mi carrera militar que continué hasta la repulsa del ejército de Whitelocke, en el año 1807, en la que hice el papel de ayudante de campo del Cuartel Maestre, y me retiré del servicio de mi empleo, sin pensar en que había de llegar el caso de figurar en la milicia; por consiguiente, para nada ocupaba mi imaginación lo que pertenecía a esta carrera, si no era ponerme alguna vez el uniforme, para hermanarme con mis paisanos.



40.

La erección de un templo.

FRAY MAMERTO ESQUIÚ.
Argentino.

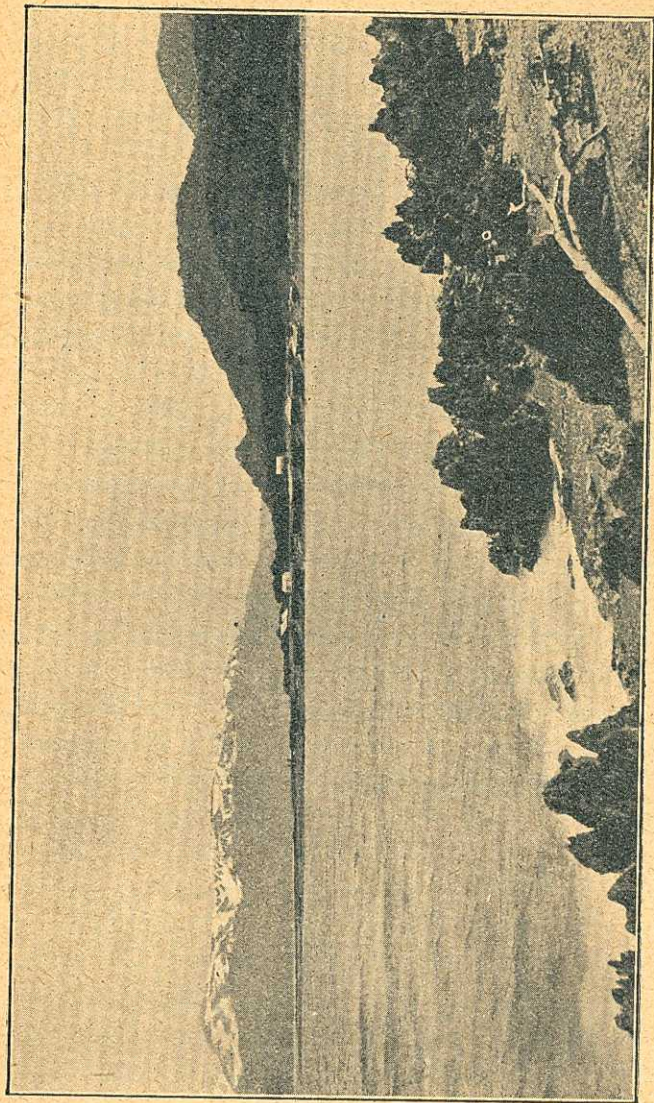
La erección de un templo es un hecho que reúne todo lo grande y misterioso que se obra en la tierra : es la confluencia universal de Dios y de las criaturas; allí ha traído la religión sus misterios de gracia y de verdad, y lleva también allí el hombre, con la riqueza de su entendimiento y de su corazón, la grandeza y dignidad del pueblo : el tiempo ofrece sus tradiciones augustas e insondables, las artes los primores del genio, la tierra ha dado sus canteras preciosas, entran los dones cuantiosos de la riqueza y los votos humildes, pero férvidos, de la indigencia : Dios y el hombre, el tiempo, el espacio, toda la naturaleza, los espíritus y los cuerpos concurren y se personifican en un templo.

Pero organizándose todo esto, no es para una vana ostentación de lo más granado de todas las cosas, sino para ser una nueva fuente de vida de aquello que lo compone : el hombre ha recibido de los templos, que su corazón abunde en sentimientos elevados, que su inteligencia vuele en las esferas de lo infinito; las artes tienen allí la puerta de unos horizontes en que se recorren bellezas de un orden celestial : de las bóvedas de un templo caen torrentes de inspiración para el genio; la tradición rejuvenece en esos ámbitos sa-

grados; y el pueblo y el orden social tienen allí el primer principio de su vida y conservación, el enemigo más poderoso del egoísmo, y el espíritu uno y simple de los hombres reunidos en sociedad.

Por esto, señores, la humanidad ha tenido constantemente en todos sus círculos de vida el centro vivificador de los templos : allí está Dios fecundando los pueblos, como da calor y movimiento a las plantas, y hace latir en ansias inefables nuestro corazón; la antigua casa de Dios ha dejado todo su rastro en todas las ruinas, y la historia enseña que la erección de los templos es la primera piedra de las ciudades, que es anterior a las leyes, a la civilización de los pueblos, y que a medida que éstos se sostienen creciendo en poderío y grandeza en el desarrollo de esa vida inmensa, es más fuerte y sublime el sentimiento que se destaca de sus templos. Respetar y amar la sociedad es aceptar y penetrarse de ese misterio que santifica un lugar, consagra aras, tiene sacrificios y sus hombres tradicionales que hablan en nombre de Dios y desempeñan el misterio de los sacramentos...





Paisaje Argentino.

41.

El viaje.

CARLOS MARÍA OCANTOS.

Argentino.

Quien arrimó la leña a la hoguera fué un tal que vino del Havre, tripulante de un barco mercante y antiguo vecino de la aldehuela normanda. ¡Jesús, y qué maravillas contó en la taberna, de aquellas tierras ultramarinas, de aquel encantado Buenos Aires, donde los perros se ataban con longaniza! ¡Ave Maria, y cómo se puso la cabeza de Max y de cuantos le oyeron! Nada, que aquella misma tarde decidió Max liar las petates y largarse en el barco mercante.

Madama Clemence recordaba la inutilidad de su desesperada protesta, el llanto de la *mère Celeste* y el azoramiento de Juanillo, la despedida conmovedora en el límite del pueblo; cerraba los ojos y veía a la pobre abuela sollozando abrazada al nietecito que la dejaba, y hasta sentía el rodar de la tartana en la carretera y el acompasado trotar del caballejo.

Se embarcaron ¡y hala! mar adentro, revuelto el estómago y el corazón hecho un nudo. ¡Ay! la *Belle France* no era un trasatlántico de estos gigantescos de ahora, donde se va tan ricamente y en quince días atraviesan el Océano, sino un endeble barco de vela, que el viento y las olas, durante setenta y cinco días, zarandearon a su gusto; cuando no se entretenían en no dejarlo avanzar, le desviaban de su derrotero y le obligaban a sestear bajo el sol de los trópicos. ¡Setenta y cinco días comiendo galleta y carne salada!...

42.

La Pericana.

(RECUERDOS INFANTILES.)

JUAN PABLO ECHAGÜE.
Argentino.

... ¡La siesta! Era el terror de nuestras familias. Nos encerraban y saltábamos por la ventana o forzábamos la puerta. Nos castigaban y reincidíamos. Nos reprendía la palabra cariñosa de la madre o la severa y breve amonestación del padre, nos vigilaban, nos suplicaban... ¡Inútil! Cuando el pueblo entero se adormecía postrado por el vaho quemante de la siesta; cuando de entre el ramaje de los árboles salía el ríspido cantar de las chicharras, único ruido que turbaba la calma desfallecida de la tarde; cuando las víboras y los lagartos abandonaban sus madrigueras para ir a regodearse sobre el reseco polvo de los caminos, nosotros, burlando prohibiciones y cárceles, ganábamos los viñedos reverberantes de sol.

Un cañaveral divisorio de las quintas adyacentes servíanos de punto de reunión. E íbamos llegando por turno : *La Tijereta*, chiquilla de doce años, hija del próximo chacarero, montaraz criatura crecida como animal silvestre entre los yuyos, capitana de la banda y baqueana incomparable de cuanto intrincado vericuetto escondían los carrizales y las marañas de las cercanías; Felipe, avisgado galopín, lector de *Robinsón* y *Las mil y una noches*, cuyos cuentos nos relataba; Enri-

que, Alberto, Eduardo... hasta media docena de forajidos de dos lustros más o menos de edad, que, durante nuestras vandálicas correrías, solíamos entretenernos en devastar los circunvecinos fundos.

La Tijereta nos dominaba. Era ella quien nos obligaba a ser puntuales a la diaria cita. Aquella selvática muchachuela ejercía sobre nosotros esa especie de fascinación que inspiran a sus tropas los grandes capitanes. La admirábamos y la temíamos. Nadie como ella trepaba a un árbol, escalaba una barranca o acertaba una pedrada a treinta metros de distancia. Nadie tampoco sabía castigarnos con más eficacia. Ni las súplicas de nuestras madres, ni las reprimendas de nuestros padres, ni los encierros, ni las amenazas, ni los pescozones, alcanzaban el terrible efecto punitivo de esta sola palabra con la cual *La Tijereta* fulminaba al desertor de un día cuando se incorporaba a la caterva :

¡Mariquita!

Desde que uno de nosotros había merecido el formidable calificativo, quedaba estigmatizado por una semana. No se le hablaba, no se le señalaba puesto en los asaltos a chacras y parrales, no se le participaba del botín. Si llegaba a clavarse alguna espina o a herirse entre las zarzas, *La Tijereta* lo abandonaba a su suerte, sin ir, como otras veces, a curarlo. Si se extraviaba, debía buscar por sí mismo el buen camino; si el cansancio lo rendía, nadie lo auxiliaba. — « ¡Mariquita! » ¡Palabra de honor! era espantoso... Sólo una acción heroica inmediata podía rehabilitar al penado. Para congraciarme con nuestra tirana implacable, tuve yo

cierta vez que abatir de un hondazo el pavo real de una vecina. ¡Y cómo rió *La Tijereta*! Premió mi hazaña con un puñado de ciruelas exquisitas que ella en persona se encaramó a tomar del árbol.

¡Oh nuestras infantiles excursiones a través de los vastos viñedos sanjuaninos!... Bajo un sol llameante que inflamaba la atmósfera y achicharraba la tierra, saltando tapias, transmontando cercos, *La Tijereta* guiaba por senderos misteriosos su escuadrón de pilluelos. Y eran aquéllos, largos vagabundajes entre cepas y pastizales a caza de pájaros y nidos; eran rudas tareas para construir con cañas y malezas, en cualquier perdido rincón de la ancha viña, un rancho liliputiense, donde descansaríamos por grupos, recomfortándonos con uvas de la cercana planta y sandías de la quinta próxima; eran horas de charlas y de ensueños, cuando Felipe nos contaba la historia de Robinsón o Alí Babá, que nosotros escuchábamos boquiabiertos, mientras *La Tijereta* atendía gravemente aquellos inauditos relatos, incomprensibles para su oscura inteligencia de pequeña salvaje.

Luego, al caer la tarde, destrozados los trajes, el rostro encendido, llenas de arañazos las manos, rendidos, temiendo la represión segura, regresábamos a las casas. *La Tijereta* marchaba al frente del pelotón, siempre la primera para vadear el arroyo y transponer las vallas, la primera siempre en despejar la ruta y orientar el rumbo. En el cañaveral de donde partimos, nuestra capitana nos despidió brevemente :

— Hasta mañana. ¡Ah! y no falten ¿eh?

¿Faltar? La tremenda palabra cruzaba por nuestra memoria : « ¡Mariquita! » No; con seguridad, no faltaríamos...

Escuchábamos a Felipe aquella siesta. A la sombra de fresca bóveda de pámpanos frondosos agobiados de racimos, recostados sobre el pasto húmedo y mullido, oíamos el cuento de Felipe. Era una historia aterradora... Figuraban en ella ogros y gigantes, genios y dragones. Por eso la atendíamos absortos mientras el sol rutilaba sobre la verdegueante viña. Allí cerca, un pajarillo piaba tenaz y chillón en una cepa.

... « Y entonces el monstruo — decía Felipe — penetró hasta el castillo donde estaban los dos princesitos, para devorárselos... » Alberto interrumpió. Él había oído a su mamá que un ser prodigioso, asesino y ladrón de niños, la Pericana, moraba en los viñedos y andaba ahora rondando la comarca. Hubo una pausa. Nos miramos sobresaltados... En la vecina cepa, el pajarillo seguía piando burlón y provocativo. Era aquel el ruido único que interrumpía la pesada calma circundante. Felipe prosiguió :

... « Los princesitos se hallaban solos cuando se les apareció el horrible monstruo con cuerpo de gigante, cara de león y largos dientes que relucían en su inmensa boca abierta. Echaba fuego por los ojos, empuñaba en la diestra un gran cuchillo... » El orador nos fascinaba. Latían con violencia nuestros corazones y comenzábamos a sentir miedo. De pronto ordenó *La Tijereta* :

— Alberto, andá, espantá ese pájaro...

El aludido avanzó hasta la puerta de la rústica glorieta. Pero no alcanzó a salir. Lívido, tembloroso, castañeteándole los dientes, se volvió, y señalando hacia afuera prorrumpió en angustiados alaridos :

— ¡La Pericana! ¡la Pericana!

Allá, como a cincuenta pasos de distancia, vimos, ¡sí, vimos! entre las verdes parras, una silueta negra, altísima, de rostro ensangrentado, roja barba y saltados ojazos amarillos. Avanzaba despacio, despacio, muequeando espantosamente...

Fué un desbande, una derrota, una fuga de pánico y demencia. Arrastrándonos para escapar de entre los enredados sarmientos, atropellándonos, arañándonos, enceguecidos, desesperados, nos lanzamos fuera y echamos a correr. No supe hasta después qué se hicieron mis compañeros. Yo corrí... corrí... Las ortigas desgarraban mis ropas, las espinas se clavaban en mis pies. Yo corría... corría... Me llevaba por delante bosques de matas bravas erizadas de púas, penetraba como una bala de cañón en los compactos cañaverales, saltaba de un solo impulso los arroyos, salvaba paredes, horadaba cercos... Y por último, jadeante, enloquecido, dando gritos de angustia y de socorro, fui a caer medio muerto entre los brazos cariñosos de mi madre...

Estuve enfermo en cama. Una intensa fiebre se apoderó de mí. Durante mis delirios veía docenas de enlutadas pericanas que danzaban furiosas rondas en torno de mi lecho — y oía sin cesar el pío pío irónico de un invisible pajarillo.

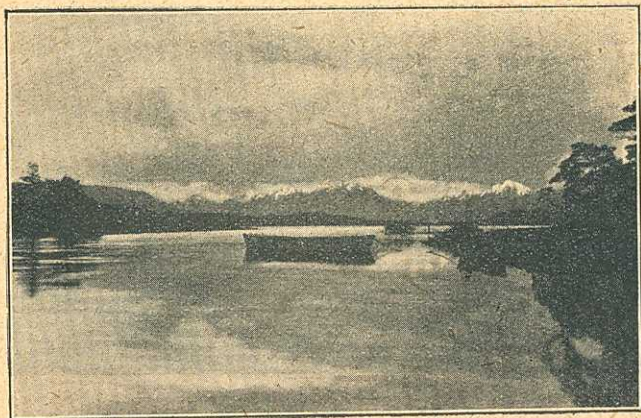
Cuando hube sanado, busqué a *La Tijereta* :

— ¿Sabés? — me dijo; — era un peón encargado de la viña... Caminaba con zancos, se había envuelto en una capa y llevaba puesta una careta de carnaval.

— ¡Cómo! pero ¿y la Pericana? — pregunté.

— ¡La Pericana...! Salí diái... ¡Mariquita...!

Casi volví a enfermarme... de vergüenza...



Paisaje Argentino.



GOYA : El pelele.

(Fot. Anderson.)

43.

Una consulta jurídica.

ARISTÓBULO DEL VALLE.
Argentino.



Del Valle.

Urquiza se pronunció el 1º de mayo. La agitación en Buenos Aires era inmensa. Compréndese, aun ahora, cuál debía ser el espíritu de este pueblo anheloso de libertad, pero desconfiando del éxito después de tantos esfuerzos malogrados : el temor de que el despotismo usara de medios más violentos para mantener su autoridad; la zozobra, por los hombres que se habían incorporado ya al movimiento revolucionario; todos los anhelos, todas las inquietudes que pueden agitar a un pueblo en el momento en que se van a jugar sus destinos, quizá de una manera definitiva. Pero la agitación, las pasiones, las torturas, no era solamente la agitación, las pasiones y las torturas del pueblo de Buenos Aires. Esas zozobras se sentían también en el hogar del Dictador, por otro motivo, en otra dirección. La familia de Rozas estaba profundamente afligida : se preocupaba, con razón, de los destinos de su jefe, de su responsabilidad ante la historia; y su hija, una noble dama a quien no cito sino con respeto, en su inquie-

tud filial llamó a un ilustre jurisconsulto cordobés para preguntarle qué pensaba de esa situación, para buscar en su sabiduría fuerza y aliento para esperar; buscando el asiento de su esperanza, no en la fuerza, sino en el derecho.

No llamó a un general : llamó a un jurisconsulto, o a un doctor en derecho, y le preguntó : « Señor, ¿ es que el general Urquiza puede levantarse contra tatita ? » Y el jurisconsulto, considerando quizás que hablaba a una dama, a una señorita, a una hija, tuvo este recurso de indulgencia jurídica : « Señorita, le contestó, no puede : el señor restaurador de las leyes hace veinte años que es gobernador, y por consiguiente el derecho dice que ha prescripto el derecho de gobernador.



44.

Al poeta Olegario Andrade.

(ANTE SU TUMBA.)

DOMINGO D. MARTINTO.
Argentino.

¡El poeta ha caído!
El viejo cóndor, desertando el Ande,
El viento hirió con funeral graznido,
Y la patria, llorando, ha recogido
La rota lira del cantor del *Grande!*

Ayer su rudo acento,
Sus vibrantes estrofas, como el rayo,
Al bajar de su altivo pensamiento,
El corazón herían;
Y en la tierra de Mayo,
Cual toques de clarín, repercutían.

¡Hoy calló para siempre!... Pues ¿qué mano
Osará arrebatarse de aquella lira
El himno soberano;
Aquel himno que ruge y que suspira
Como el pampero al azotar el llano?

¡El poeta ha caído! Silenciosa,
Al borde del sepulcro, está sentada
Su Musa generosa,
Como una amante esposa
De su joven esposo separada.

Todo dicé que ha muerto
El que su antiguo lustre mantenía,
El que arrancar sabía
A las auras salvajes del desierto
La inspiración viril de Echeverría.

¡Ha muerto, sí, pero su canto queda!
Mientras el hombre, nuevo Prometeo,
A los dioses no ceda,
Y con las ansias vivas del deseo
Lance el reto inmortal a lo infinito
O escudriñe su arcano,
Tú vivirás, poeta,
Como la fe, en el pensamiento humano.

¡Tú vivirás! Aunque tu cuerpo, herido
En la ruda jornada,
Haya, al fin, descendido
Al polvo de la nada,
Ningún instante te hallarás ausente
De los recuerdos de la patria mía,
Y será tu Occidente,
Como el del sol, interminable día.



45.

Costumbres de las aves.

VÍCTOR MERCANTE.

Argentino.

La residencia de las aves es variada; se las ve por todas partes donde no les falte el alimento; desde las orillas del mar, elévanse las especies acuáticas a las montañas, particularmente las zancudas; en tierra firme se ven aves hasta en el desierto, donde en medio de las arenas encuentran aún de qué alimentarse; pero en general su existencia está sujeta a la presencia de los vegetales; las que habitan los océanos se cuentan por millones.

La mayor variedad de especies no se halla en las selvas vírgenes, sino en los puntos donde alternan los bosques y las estepas, las montañas y los valles, los terrenos secos y los pantanos.

De la facilidad que encuentran en alimentarse depende la presencia de las aves, como la de todos los demás animales, en ciertas localidades.

Saben perfectamente despojar los granos de sus cubiertas; las gallinas desentierran los tubérculos y raíces. Las frugívoras recogen las bayas y los frutos con su pico, y algunas se apoderan de ellos al vuelo. Los pájaros insectívoros cogen su presa de todos modos : pican los insectos de las ramas y de las hojas donde se hallan; los atrapan al vuelo; los sacan del seno de las flores, de las aberturas y grutas donde se esconden, y

no los descubren a menudo sino después de un largo y penoso trabajo. En algunos está organizada la lengua de tal modo que pueden sacar los insectos de su escondite.

Algunas sólo son mendigos o parásitos; la misión de otras consiste en llevarse las inmundicias y restos putrefactos; hasta las hay que se contentan con los huesos. Las más dan caza a los seres vivos, sin despreciar, por esto, los muertos; muchas hacen la guerra a los grandes insectos, y sólo por excepción acometen a pequeños vertebrados; otras se alimentan sobre todo de estos últimos; las unas no se apoderan de su presa sino cuando descansa; otras lo hacen a la carrera o al vuelo; las demás cazan de cualquier manera.

Entre las aves acuáticas las hay que observan un régimen excepcionalmente animal, al paso que otras se alimentan a la vez de animales y vegetales. Estas últimas cogen la presa que ven flotante en la superficie de las aguas; las primeras la buscan y persiguen a grandes profundidades algunas veces. Entre éstas, unas cazan sobre el agua, las otras se dejan caer desde las alturas sobre la presa que codician.

Todas las aves se despiertan pronto del corto sueño nocturno : las más no duermen ya cuando los primeros albores de la aurora comienzan a teñir el horizonte. En las regiones polares no hacen diferencia mientras el sol alumbra entre lo que corresponde a día y noche.

El ave, que posee voz, saluda con su canto la llegada del día, al menos en la época del celo, en que el amor

agita su existencia, y acabado su himno, busca su alimento. Casi todas comen dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, y consagran el mediodía al reposo y ordenación de su plumaje.

En general el ave come lo que encuentra; sólo algunas, como el pico y otras trepadoras, hacen provisiones, guardándolas en ciertos sitios y previniéndose contra los rigores del invierno.

Después de tomar su alimento va el ave a beber y a bañarse : para esto le sirve a veces la arena, el polvo o la nieve. El cuidado de su plumaje lleva mucho tiempo. Cuando ha tenido la fortuna de hallar suficiente alimento, se dirige por la tarde a un sitio determinado donde se reúne con otros individuos de su especie. El pájaro cantor despliega entonces todos los tesoros de su voz.

Cada pareja, una vez constituida, es un modelo de fidelidad y muy excepcionalmente se da el caso de que uno de los sexos, poseído de una pasión violenta, quebrante las leyes conyugales. Por regla general las aves construyen los nidos con el exclusivo objeto de poner los huevos y para que sirvan de cuna y habitación a los hijuelos; pero algunas fabrican nidos para su recreo y para habitación durante el invierno. La fabricación de la vivienda requiere la mayor actividad y perseverancia; trabajo de inventiva y material. Las materias son arrancadas de los árboles con el pico y las patas o tomadas del suelo y las aguas; las transporta la hembra por el aire, y las talla, pliega e hila con el pico, para dejarlas en el sitio donde deben ser utilizadas.

Cuando los polluelos salen a luz, el padre y la madre, o al menos la última, los guía, los reúne, los abriga y los defiende de los muchos peligros que los amenazan.

Ninguna especie abandona a sus hijuelos por completo, aun cuando sean tan grandes que puedan buscarse por sí mismo el alimento; pues las aves los instruyen minuciosamente en todos los actos necesarios para la vida. Muchas aves emprenden un viaje más o menos largo, siendo, no obstante, preciso distinguir entre las que realmente emigran y aquéllas que sólo vagan de un punto a otro; se alejan de nosotros cada otoño las aves cantoras, que vuelven con la primavera.

Los ríos y cuencas de las comarcas que recorren les sirven de camino; los valles profundos, limitados por montañas, son los sitios de paso y puntos de reunión. Las unas viajan apareadas, las otras en bandadas más o menos numerosas; si se exceptúan las especies más débiles, que sólo viajan durante la noche, las demás emigran de día. Antes de marchar acostumbran reunirse en ciertos puntos, levantando el vuelo cuando su número es suficiente. Algunas se ejercitan antes de emprender su viaje : ensayan sus fuerzas con las de sus compañeras, y en ciertos casos hasta pelean entre sí.



46

Fin de la tiranía.

JOSÉ F. GUIDO.
Argentino.

Después de la ruptura entre la Confederación y el Imperio, llegó evidentemente la oportunidad de vincular los intereses contrarios a la existencia política del Dictador de Buenos Aires. La infatuación de este gobernante había llegado al punto de amenazar que abatiría con sus armas la corona imperial. El gabinete de Río Janeiro, que aceptó el afrentoso reto, aprovechó luego una ocasión feliz.

El gobernador de Entre Ríos, general Urquiza, que había despertado la tremenda desconfianza de Rozas, y era el jefe federal más conspicuo por sus victorias, hizo el 1º de mayo de 1851 un pronunciamiento solemne que hería como un rayo la base esencial del poder dominante en Buenos Aires.

El gobierno de Montevideo, agobiado de indecibles conflictos, y el gabinete del Brasil aplaudieron calurosamente esta intrépida declaración. Se negoció una alianza de las provincias de Entre Ríos y Corrientes, Montevideo y el Brasil. Este Imperio ofrecía, para la proyectada cruzada contra el gobierno argentino, oro, soldados y bajeles.

El general Urquiza fué designado para presidir tan alta empresa. Contando este jefe con su prestigio, con la fuerza efectiva de que disponía en la belicosa pro-

vincia de su mando, y con auxilios que de todas partes recibía, organizó rápidamente uno de los ejércitos más bizarros y numerosos que hayan sido levantados en América. Las columnas atravesaron el Uruguay, y llegando al campamento mismo del ejército confederado alcanzaron sin combate todos los resultados de esta atrevida operación. El ejército acampado en Cerrito fué disuelto, rindiéndose por una capitulación generosa. Montevideo respiró después de un asedio de nueve años, y amigos y enemigos tributaron justicia a una actividad digna de grandes capitanes.

Después de esta venturosa campaña, el ejército, robustecido por la incorporación de una división de orientales, volvió a Entre Ríos, y sin tomar descanso se preparó el pasaje del Paraná. La escuadra brasilera lo facilitó por la Punta de Diamante, nombre de un paso, o más bien de un pintoresco promontorio que estrecha las márgenes del río. El ejército penetró en la provincia de Buenos Aires, convertido por terror en vasto campamento.

Por fin, el día 3 de febrero de 1852, en que por primera vez el pabellón auriverde ondeó al lado de los colores argentinos y orientales, la más poderosa dictadura del nuevo mundo fué pulverizada en la batalla de Caseros.



47.

Las bellas artes en las prisiones.

EUSEBIO GÓMEZ.
Argentino.

Todos aquellos que se han ocupado del estudio de las cárceles han podido comprobar que en ellas domina, de una manera sorprendente, la *manía grafológica*, explicándose el hecho por la necesidad que los condenados sienten de exteriorizar sus pensamientos; pues, como su fuerza inhibitoria es mínima, dice Quirós, tan mínima que precisamente por esta nota han podido caracterizarlos Bonfigli, Oldi y otros, sucede que dan salida a cuantas ideas les rondan por la cabeza, y escriben y pintarrajean tanto que parecen verdaderos grafómanos.

A esto se agrega que todos sus dibujos llevan un sello de grosera obscenidad, motivado por la falta absoluta del sentimiento moral o por las grandes anormalidades de ese sentimiento, según afirma Souza Gómez, agregando, lo que es muy exacto, que el arte, en sus formas fundamentales, es más obra de sentimiento que de la inteligencia. Las cárceles que hemos visitado no ofrecen esas manifestaciones groseras del alma delincuente, lo que obedece, de seguro, al régimen observado y a la atención constante, que impide al recluso dar expansión a su estado mental en la forma enunciada.

En cambio, en la Penitenciaría Nacional, por ejem-

plo, hemos podido apreciar una galería de cuadros de dibujo y de pintura, que desmiente la teoría que niega todo sentimiento artístico al criminal, teoría que no puede ser admitida, por otra parte, sin grandes reservas.

Si aun en los seres más inferiores se encuentra la facultad de apreciar los efectos del color, primer elemento para la elaboración artística, es claro que a los criminales, como hombres que son, no puede negárseles la potencialidad, al menos para aquella elaboración, y no puede conceptuárseles destituidos en absoluto del sentimiento artístico. La literatura nos ofrece también curiosos ejemplares en la Penitenciaría Nacional.

Refiriéndose a Nerón, escribe un condenado a penitenciaría por tiempo indeterminado, como uxoricida :

« La pluma se resiste a describir con la calma que es menester los horribles e innumerales atentados criminales que, si alma tiene el que lee la historia romana, y con ella la biografía de este tirano, no la hará sin repugnancia e indignación hasta el punto de maldecir y condenar su existencia y su memoria...

« Una de las hazañas más atroces y las que más contribuyeron a inmortalizar su nombre... fueron, sin duda, las de haberse desembarazado de sus maestros Burro y Séneca, haciendo envenenar a Británico ¡y asesinar a su propia madre!... ¡Oh! ¡Casi estaría por no creer que el corazón humano, por cruel y empedernido que sea, pueda prescindir de ciertos sentimientos naturales que son propios de la humana familia! ¡A

una madre, repito; suprimir, aniquilar la existencia de la autora de sus días, a quien se debe un exquisito respeto, una obediencia ciega, una gratitud eterna! »

Otro penado, describiendo un paisaje de la Pampa, escribe :

« Ved la hermosa vida del campo sintetizada en tres palabras que hablan al alma su lenguaje de ternura infinita : amor, paz y trabajo.

« Ved el espectáculo encantador que ofrece el cuadro, rico en poesía, que al conmover nuestros seres invádenos con el inefable hábito de arrobadoras ternezas.

« Ved a Natura desplegando sus innúmeras galas sobre esa campiña inconmensurable, esa esmeralda dilatada cuya alfombra hállase cuajada con el arco iris de mil florecillas silvestres, inclinándose levemente al beso suavísimo de una etérea brisa... »

Se encuentran, en los cuadernos de la escuela, algunas máximas morales interesantes :

« En la escuela tengo el deber de oír las *buenas lecciones*, y hacer lo que se me mande *siempre que sea bueno*. »

« La dignidad del hombre consiste en cumplir con sus deberes para tener derechos. »

Estas dos sentencias demuestran la verdad de una observación referida por Ballvé, diciendo : « Por paradójal que parezca, puede afirmarse que no hay quien tenga tan desarrollado el sentimiento de la justicia como el delincuente. »

Una conclusión imponen las reproducciones hechas

y que podrían ser aumentadas : que siendo, los autores de los trabajos en cuestión, individuos que a su ingreso a la cárcel carecían de toda cultura intelectual, la que revelan sus composiciones es una demostración palmaria de que la facultad de discurrir, por lo menos, se ha desarrollado en ellos, lo que no puede ser por otra circunstancia que por efecto del sistema educacional a que se encuentran sometidos.

El aislamiento con el exterior, llevado con severa escrupulosidad hasta donde es humanamente posible; el cumplimiento estricto de todas las prescripciones del régimen penitenciario; un ambiente especial que no es el de las cárceles de otros países, a estar a las referencias que de ellas hacen los autores europeos, todo esto contribuye a que en la Penitenciaría Nacional no se exterioricen, en torpes manifestaciones, las anormalidades del alma criminal.



48.

Calibar.

DOMINGO F. SARMIENTO.
Argentino.

El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calibar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle, porque comprometido Calibar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo empeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas : cuadras enteras había marchado pisando con la punta del pie, trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio, y volvía para atrás. Calibar lo seguía sin perder la pista. Si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba : « ¡Donde te *mias* dir! » Al fin llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡Inútil! Calibar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice : « ¡¡Por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!! » Entra en una viña; Calibar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo : « Aden-

tro está. » La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. « No ha salido », fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1831, algunos presos políticos intentaban una evasión; todo estaba preparado, los auxiliares de fuera prevenidos. En el momento de efectuarla uno dijo : « ¡Y Calíbar! » — « ¡Cierto! » contestaron los otros anonadados, aterrados; « ¡Calíbar! » Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es el del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que hizo Dios a su imagen y semejanza!



49.

Puesta del sol.

JOSÉ MA. DE HEREDIA.
Cubano (1842-1905).

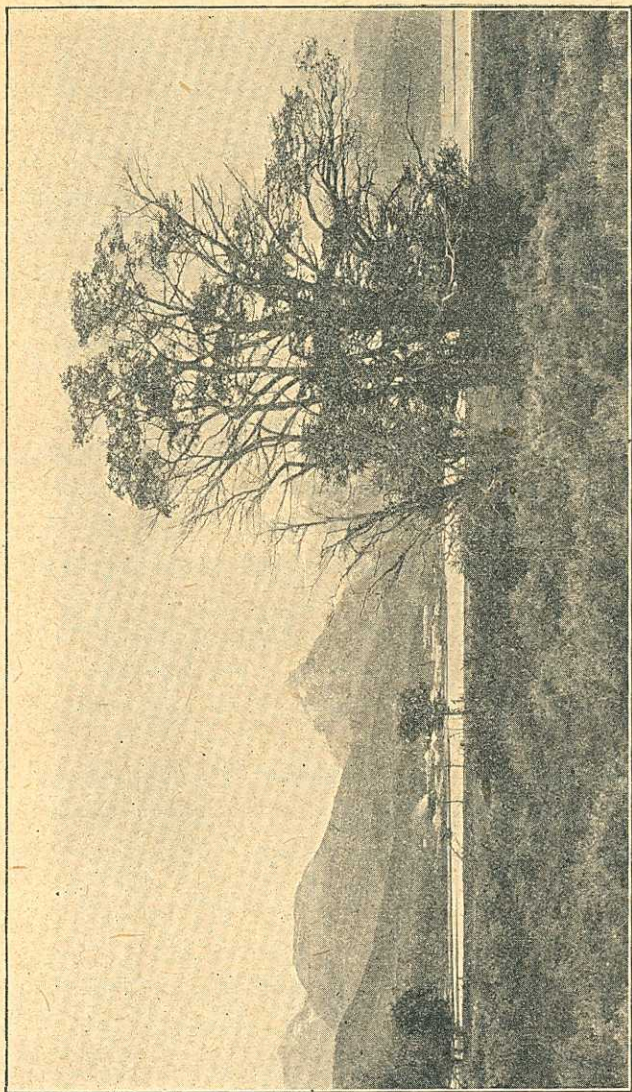
Las aulagas lucientes, adorno del granito,
Doran la áspera cumbre como una rica pluma;
A lo lejos, aun rútilo por su barra de espuma,
Inmenso el mar dilata su manto al infinito.

Está a mis pies la noche. No suena un solo grito.
El hombre entra en la choza humeante que se esfuma
En el azul y el Angelus deslíe entre la bruma
Sus lentos ecos, pésames de un corazón contrito.

Entonces, cuando expira el son de las campanas,
De landas y barrancos suben voces lejanas
Y se oye de un rebaño el tardo andar sonoro.

Se enluta el horizonte turbio y la muda tierra;
Y el sol, que muere sobre un cielo torvo, cierra
De su rojo abanico el varillaje de oro.





Paisaje Argentino.

50.

El fin de la tierra.

ENRIQUE HERRERO DUCLOUX.
Argentino.

La tierra envejece, evoluciona de continuo, marcha hacia su fin, declina en el tiempo, sin demora ni apresuramiento, cumpliendo la ley que presidió a su nacimiento, a su obscuro principio. Morirá como el sol, de donde surgió en aquellos siglos que no tienen número, como los planetas hermanos que giran en órbitas más y más abiertas, como el satélite que ilumina sus noches, mostrando su superficie desnuda, como las razas gigantescas de animales y plantas que conocieron la tierra del período carbonífero, como la flor y el insecto que no ven brillar sino un sol, como el átomo, cuyo sistema de corpúsculos constitutivos se desmorona, difundiendo en el espacio invisibles ondas etéreas.

El movimiento de la materia, el torbellino eterno del universo se realiza a nuestros ojos, a través de una engañosa inmovilidad aparente, con sus alternativas periódicas de apariciones y desapariciones, de progresiones y regresiones sin término. Los innumerables cuerpos celestes que flotan en el éter, desparramados como semillas de mundos de luz, no escapan a la ley universal : también ellos evolucionan sin cesar, anunciándonos, con sus luces de color variado, su edad probable : blancos y amarillos los que menos han brillado,

como Sirio, Fomalhaut y Arturo; verdes y azules los que, como Proción y Vega, han vibrado cuando nuestro sistema quizá no había abandonado la forma nebular; rojos como Aldebarán y Betelgeuse, soles cansados y envejecidos, que contemplan como ojos rojizos la marcha de los mundos, sintiendo el momento próximo en que rodarán oscuros en el espacio hacia un destino desconocido.

Evoluciones que duran incalculables períodos, series inacabables de transformaciones de la materia, que a veces parecen romper las trabas del tiempo, como si se hubiese enloquecido el reloj de la eternidad : es entonces cuando el astrónomo puede anotar, en sus tablas consteladas de apretadas cifras, una estrella variable o un sol efímero, como en el caso de la Peregrina de Ticho Brahe, en Algol de la constelación Lira, en las estrellas del Cisne, Corona y Ofiuco, o en esa maravillosa Nova de Perseo, enigma brillante, capaz por sí sola de destruir arraigadas teorías y raro ejemplo para nosotros, en nuestro campo de observación.

En general, la naturaleza no ama los cataclismos; Lyell, al atribuir a la acción lenta y perpetua el estado actual de nuestro planeta y su modificación constante, hizo entrar a la tierra en ese gran sistema de cuerpos que tienen un principio, partiendo del cual van de modo ineludible a su fin próximo o lejano. Mueren los mundos, puesto que nacen; se nace y se muere sin cesar, ha dicho en frases deliciosas el filósofo de la fina ironía. La vida amplía sus fronteras, y al mismo tiempo que abarca lo invisible, el bacterio, el cristal

microscópico y aun el átomo, envuelve con su soplo potente los mundos y los soles, el bólico perdido en el espacio que deja en nuestra atmósfera regueros de luz y el cometa que viaja durante millares de años lejos de nuestro sol, los sistemas bi y triestelares que oscilan bajo leyes eternas y las nebulosas, viveros de mundos, polvaredas de soles que Flammarion en prosa inimitable nos ha enseñado a admirar.

El origen de nuestro mundo es un enigma y carecen de base los cálculos propuestos para estimar su edad. Cuando salimos de ciertos límites en nuestro raciocinio, es cuando el espíritu siente la dolorosa impresión de su insignificancia : apreciando distancias, tenemos que emplear como unidades de medida los años de luz; midiendo temperaturas, los millares de grados dicen tanto a la inteligencia como los millones; valorando presiones, especulamos sobre millares de atmósferas sin un asidero de relación; y contando en el tiempo, cuando hacemos entrar en nuestros cálculos los millones de años, el espíritu se extravía perdido, porque tales palabras suenan vacías de sentido.

Ante la obscuridad del origen, ante la magnitud del misterio en el principio que han contemplado, sin embargo, muchas de las estrellas que en el cielo centellean, la ciencia ha callado. Se reduce a proponer para la geología orgánica *cifras relativas*, que hablan a la inteligencia, y que colocan a la humanidad ante la esfinge de la naturaleza, como esas razas de salvajes tan despreciadas, que valoran la vida de sus tribus en soles y en lunas.

Se dice que desde la aparición de la vida sobre la tierra han pasado 5 millones de años, otros nos hablan de 25 millones y hay quien se inclina a creer que esta cifra se eleva a 1.400 millones de años. Tomando la cifra de 100 millones, sin aceptar ni rechazar las demás, desde las primeras formas de vida hasta la aparición del hombre, habrían pasado más de 99 millones de años durante los cuales la tierra esperaba al *rey de la creación*, cuya historia por nosotros conocida apenas si alcanza, en el pasado, más allá de 6.000 años.

Y en el porvenir, las sombras son aun más espesas: nuestro planeta envejece, pero su fin dista del presente tanto quizás como su principio. La época fija y determinada no nos preocupa, ni interesa de modo alguno a las generaciones que han de sucedernos; en edades pasadas la humanidad creyó próximo su fin, suponiendo a la nave que nos lleva a través del éter en inminente naufragio o amenazada de ardiente colisión: hoy el espectro temido de los antiguos se desvanece ante los conocimientos astronómicos y el estudio de la constitución de los cometas.

Dejando de lado la idea de una influencia exterior a nuestro sistema, pensando sólo en la evolución solar, la hipótesis más aceptable es la del enfriamiento: aunque la humanidad cuente entonces para la lucha con elementos que no alcanzamos a soñar, perecerá la primera, sin poder adherirse a la tierra endurecida, ante la inmovilidad de las aguas cristalizadas, en una atmósfera sin vientos y sin brisas; y después que los

últimos humanos hayan caído en el sueño dulce que no acaba... se reproducirán sin duda las fases de decadencia que otros mundos recorrieron, ante la mirada impasible de esos soles, a quienes atribuyó el orgullo del hombre la miseria de su destino.

Y cuando el pensamiento se concentra en estas meditaciones, siéntese la vaciedad de nuestras luchas, de la ambición sin fruto y de esos sedimentos de barbarie que emponzoñan la vida, alejando a los hombres de la escuela del bien, del amplio templo cuyas bóvedas, sin cruzados ni pilastras, abarcan el espacio infinito, donde la moral pura nos muestra sus principios escritos en brillantes constelaciones.



51.

Costumbres de antaño.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.
Chileno.

Donde las señoras de la colonia tenían costumbre de encontrarse con más frecuencia, era en lo que se llamaba y se llama todavía las *visitas*, simples vistas de ojos que las matronas suelen dar al menaje, a los trajes y en especial a los espejos de sus vecinas, porque muchas solían ir más para ser vistas que para ver. En los primeros siglos de la colonia visitábanse las damas, cuando D. Juan de Henríquez no había construido todavía veredas, ni D. Ambrosio O'Higgins introducido los modernos *enlosados*, en lujosos caballos o montadas a la grupa de sus maridos, que para esto se estilaban las ricas gualdrapas o tapa-ancas de paño y terciopelo. Las menos acomodadas usaban de preferencia pequeños zancos para atravesar los espesos barriales, como se practica todavía en algunas remotas y gredosas ciudades de España. En ciertos meses, a la verdad, hacían aquéllos de tal modo intransitables las calles de la vasta ciudad, que las amigas y parientes que vivían a alguna distancia, Cañada o Mapocho de por medio, por ejemplo, despedíanse en el otoño después del primer aguacero, para no volver a visitarse sino en septiembre. Casos de éstos se recuerdan hasta mediados del último siglo.

Pero en los postreros años de aquél, el vehículo indispensable de las familias era la clásica calesa, con su mula del valle de Choapa o de Coquimbo, su calesero bruñado como un arnés de charol y sus enormes ruedas puestas en la parte posterior de una caja que se cimbraba como un columpio al más leve movimiento. Sus dos postigos, por los que solía desdoblarse una ingeniosa escalera de cinco a seis tramos, reposaban en toscos goznes, cuyo estampido, al cerrarse, solía alborotar la pacífica bestia encargada de conducirla. Sentíase, pues, su llegada a cada puerta sin dar lugar a conjeturas, porque por el rodado, en el silencio profundo de la ciudad, conocíase precisamente la casa cuyo era el carruaje, y como en estos años no se conocía el uso de las tarjetas, y habría sido mortal agravio una negativa, todo era llegar y apearse en la vereda.



52.

Jacinta.

JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA.
Colombiano.

La naturaleza les dió bienestar; la virtud sencilla les hizo encontrar la dicha en su apacible afecto y en su retirado valle.

Empero, tuvieron algunas pruebas que sobrellevaron con cristiana paciencia.

— Dios nos la dió y Dios nos la quitó — dijo Aleja cuando murió su primera hija; y su esposo contestó santiguándose :

— ¡Hágase su santísima voluntad!

Les quedaba un hijo : éste se casó y tuvo a Jacinta. Mas la muerte vino a dejar huérfana de padre y de madre a la pobre niña, que no tenía sino seis años de nacida. La abuela Aleja dividió desde entonces su existencia entre los rezos sobre las tumbas de su marido y de sus hijos y el cuidado de su nieta.

Tenía catorce años cuando la conocí. ¡Qué figura tan linda! Su estatura era elevada y su talle flexible y delgado; sus labios parecían tintos en nopal y sus dientes como granos de arroz; el color de su rostro, moreno como las manzanas que el sol madura, resaltaba con sus mejillas que tenían el color de las flores del granado.

Cuando volvía de la quebrada de lavar la ropa de su

abuela y la suya, con la batea puesta en la cabeza, con el pelo suelto y mal peinado, saliendo bajo el ala de un sombrerito viejo, era cosa de pararse uno a mirarla y bendecir a Dios.

Pero cuando se ponía a tender la ropa en las sogas del patio, y al alzar sus brazos se veía los hoyuelos de sus hombros que la camisa no cubría... ¡vaya, lector! era cosa de volverse uno loco.

Aleja estaba fascinada por su traviesa y locuaz nieta.

¡Era de verse cuando la regañaba por alguna travesura, y cuando saltaba como un pájaro la linda joven sobre la anciana y la abrazaba y la hacía reír! Todo regaño terminaba por una sonrisa, y toda sonrisa por una bendición. En mi vida he visto un *toche* más inquieto que Jacinta; saltaba todo el día, cantaba sin cesar y con todos tenía algo qué hacer. Pero en cambio ¡qué corazón tan puro! ¡qué bondad de alma! ¡qué caridad con los viejos y los pobres!



53.

Canto al Arte.

CARLOS ENCINA.
Argentino.

¿Qué es el Arte? Un destello de Dios vivo
Que hasta el alma del hombre se desprende.
Allí sus formas el artista encuentra;
Allí el poeta su palabra enciende;
Y el músico, al buscar sus armonías,
Las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino,
La ciencia calla, y la razón, postrada,
Se siente por el vértigo atraída
Hacia el abismo de su propia nada.
¡Allí principia el Arte! ¡Allí se eleva,
Por la fe revestido
De indecible poder, de virtud nueva,
Y, siguiendo el impulso
Que el sentimiento creador le imprime,
Se lanza a la región de lo sublime!
Es rápido cometa que en su vuelo
Atraviesa las órbitas del cielo,
Y que, eterno girando
En torno al ideal, el infinito,
De esferas en esferas, va buscando.

Como dos cuerdas vibran y responden
Cuando están al unísono ajustadas,
El artista se temple
En las notas sagradas.
Y es la obra del genio que se admira,
Reflejo de lo eterno que le inspira.
Así bajo el ardiente colorido,
El lienzo mudo vive y se sublima;
Y de suaves formas revestido,
Al duro mármol la pasión anima;
Así el poeta revelarse siente
El mundo de la luz allá en su mente;
Y los vagos acordes
Que al imperio del ritmo se conciertan,
¡Sed de infinito al corazón despiertan!

.



54.

El patriotismo.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

Argentino.

He dicho que el patriotismo es una virtud moral; es además, señores, si ha de ser fértil, una virtud colectiva...

Hay en la humanidad fuerzas que no llegan a su expansión total, ni revisten todos sus caracteres, ni son condiciones eficientes de los fines y transcendencia, cuya causa y principio determinante entrañan, sino en cuanto, por virtud de la humana solidaridad, brillan como atributos de las entidades nacionales y expresan una potencia social. Contaré en ese número el crédito, en el orden económico; la fe y el culto, en el orden moral; como son universales, y no individuales, en la categoría de las cosas físicas, la permanencia y las armonías de la vida. Es el patriotismo también una virtud solidaria y común. Los antiguos lo apellidaban, por antonomasia, *la virtud*. ¡Lejos de mi espíritu de cristiano y hombre libre la superstición cívica de griegos y romanos! ¿Os atreveríais a negar, sin embargo, que las naciones crecen, se desorientan o decaen, a medida que se fortifica, se adultera, o desaparece ese principio dominante de disciplina política que vincula las muchedumbres patricias por un sentimiento universal de confianza y abnegación, y penetra en las instituciones y las familias, y exime a los hombres del egoísmo co-

ruptor de los pueblos estremecidos por la discordia y la anarquía? Roma ejecutó la hegemonía del mundo mientras sus águilas llevaban tras su paso el corazón unánime del pueblo y sus colonias alojaban en remotas comarcas su espíritu y sus lares. Roma se hundió, antes avergonzada que vencida, cuando las funciones públicas eran repelidas, cual carga insoportable, por una generación afeminada en la molicie y olvidada del cívico vigor de sus mayores. Francia cayó en la inestabilidad y la dolencia el día en que los comuneros de París trocaron por sus colores la gloriosa bandera de su patria; porque en ese día infausto, la Francia, absorbida por su turbulenta metrópoli, substituyó el patriotismo nacional y genuino con un bastardo patriotismo regional y faccioso, declamatorio y teatral, generador de terroristas y tiranos. El amor puro de la patria vivirá todavía, aun en el grado de virtud moral, en corazones limpios, condenados a estéril melancolía; pero ya no será una fuerza, dejando de ser universal resorte de la voluntad nacional.



55.

El telescopio.

EDUARDO CALCAÑO.
Venezolano.

El Alma iba peregrina por los caminos de la vida. Abrió los ojos y se halló sin patria, abandonada a las orillas del mundo — proscrita de un hogar ignorado, — expósita llena de gemidos que se agita en la sombra y tiende los brazos a lo desconocido.

La Esperanza le dijo en secreto no sé qué palabras misteriosas, que así parecían murmurios de la brisa como reflejos de la aurora; y levantando su mirada a lo más alto de los cielos, el Alma iba peregrina por los caminos de la vida.

Buscaba a Dios.

Subió a la cumbre de las grandezas humanas, y gimió — porque allí no había sino vanidad y vacío.

Trepó con paso trabajoso y cansado a la cima altísima de la gloria, y suspiró — porque era sombra.

Ascendió a las alturas de la riqueza y el deleite, y desfalleció — porque todo fué mentira que pasa y aflicción de espíritu que queda.

Y andaba triste y peregrina por los caminos de la vida.

Detrás, el vacío; a su frente, lo infinito.

Un genio cruzó la vía. Hondísima arruga surcaba su frente; quebrado el brillo de sus ojos y pálido el sem-

blante. Su mirada como lamento; su voz como sollozo. Y la habló.

— ¿Buscas a Dios?

— Está muy lejos.

— ¿Quieres verlo? Sólo yo puedo dar a tus ojos la lente maravillosa que aleja las sombras y acerca el infinito. Hazme tu compañero y amigo.

El genio tomó una lágrima de sus párpados amortecidos y la puso en sus pupilas...

El Alma, trémula, palpitante y reverente, cae de improviso arrodillada...

Sólo detrás de una lágrima se ve a Dios.



56.

Principios de la independencia uruguaya.

FRANCISCO BAUZA.
Uruguayo.

La revolución propiamente dicha había comenzado en 1808, con la célebre Junta de gobierno que dió a Montevideo personería espectral ante el mundo, y le mostró apto para tutelar sus destinos. Desde entonces fueron creciendo y ramificándose los intereses de orden político y social que debían alentar la resistencia contra la Metrópoli, y esa resistencia, una vez disciplinada bajo la acción de los hombres de primera fila, se transformó en violento empuje que dió en tierra con los poderes seculares que regían al país. Mostró el pueblo en estas emergencias una noción no escasa de sus aptitudes para gobernarse, y bastante prudencia en la forma de traducirlas. El mecanismo de un gobierno libre, dividido en tres poderes independientes entre sí, fué creado en medio de la lucha, con lo cual se dieron bases regulares al ideal revolucionario. Antes de que ese gobierno se creara, las circunstancias habían impuesto un jefe, que era el caudillo militar de la revolución; mas ese jefe se subordinó a las exigencias de la opinión del país, que no quería ser guiado a la manera de tribu por la voluntad omnímota de uno solo, sino dentro de las condiciones de un pueblo civilizado y consciente.

Y no podía ser menos que esto sucediera. La revo-

lución uruguaya tenía su origen en una resistencia legal. Elementos civiles la habían dirigido, y protestas rigurosamente entroncadas en el derecho común la sirvieron de causa generadora. La Junta de gobierno de 1808 fué su primera manifestación de principios. Luego fueron tema legal de sus protestas posteriores las persecuciones de Soria y su partido. Con la vuelta de Elío al mando, recrudeció la guerra a los hijos del país, siendo deportados, presos o perseguidos, sin excepción de persona, todos aquéllos a quienes se les suponía adversos a la autoridad española. Fué, pues, en defensa de sus libertades individuales que se rebelaron los ciudadanos, como ya habían comenzado a hacerlo en 1808 defendiendo sus libertades políticas. Estos dos precedentes demuestran que el pueblo estaba inteligenciado en lo que hacía, pues su aptitud arrancaba de un propósito justificable y lógico, y sus simpatías no iban tras de las personas, sino en defensa de los principios. Bajo tales auspicios nació el partido nacional, formado de elementos heterogéneos que se reclutaron en todas las esferas sociales, siendo adeptos suyos así los ricos propietarios como los sacerdotes, los gauchos como la juventud de las ciudades. Y ese partido, que dió todos los nombres históricos de la futura República, era la representación más completa del sentimiento popular, aunado a la empresa de fundar una nacionalidad independiente y libre. Por eso es que sus hombres, sean cuales fueren los errores que cometieron, llevarán siempre en pos de su memoria el respeto de los presentes y la bendición de la posteridad.

57.

Don Quijote.

AMENODORO URDANETA.
Venezolano.

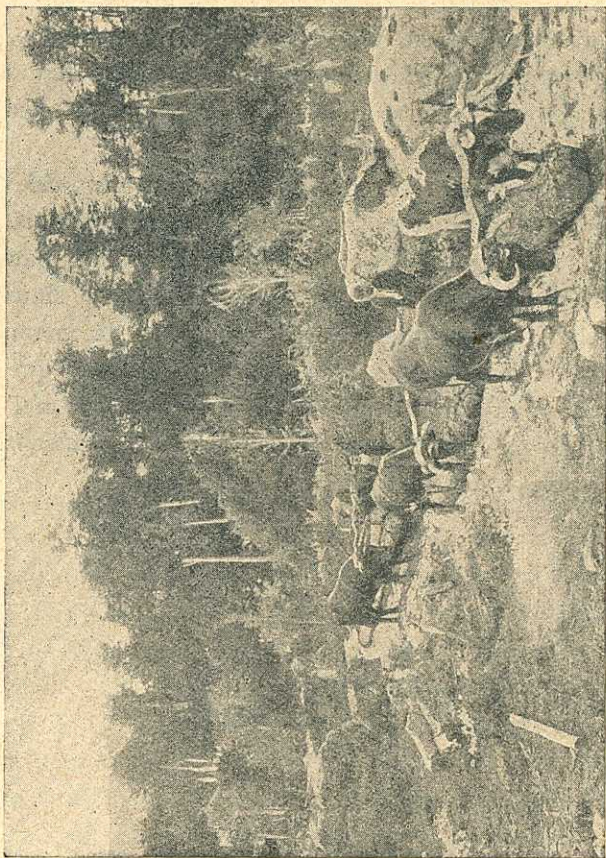
¿Qué héroe, qué capitán, qué protagonista de novela o comedia, no tiene puntos de contacto, y aun de parentesco, con el ilustre hijo de la Mancha? ¿Qué título, qué dueña, paje o poetastro, no tiene que hacerle la venia con desprendimiento y cortesía? ¿Qué injusticia, qué intriga de tribunal, qué adulación o ridiculez no refleja su imagen en las hojas de ese incomparable libro? ¿Qué desventura, en fin, qué falsía, qué escena de amor, no ha de ir a hacer compañía y llanto a aquellos tristes que buscan la de las estrellas blandas y de las peñas duras?

¿Quién, al ver un militar fanfarrón, caballero en su rocín y al cinto la tizona, no lo señala con el dedo y dice : « Ése... o no conoce el Quijote, o si lo conoce, lo imita »? ¿Y quién, al ver un asno humilde y pensativo, o un letrado de esos muchos que por ahí se usan, encajando latines y refranes como llovidos, no hace grata y risueña reminiscencia del gran Sancho y su inseparable rucio? ¿Quién, al recorrer la escala de los seres sociales, de sus compatriotas, de sus vecinos, no dice : « Ése es tal o cual figura; ése el loco Neptuno, ésa la Grijalva, ése el Bachiller o el Canónigo de los Duques », y demás lindezas que se le ocurran y que no

dejará de ver en los días que viviere? ¿Quién es aquél que en sus ratos de ocio y complacencia, cuando gravemente piensa en su figura, en su primer papel de galán, de matachín, y aun de cuerdo y razonable, no ve de improviso delante de sí la emblemática figura de Don Quijote, adusto y estirado, que viene a pedirle cuenta de sus ideas estrafalarias?

¿Qué escritor paniaguado y *prevaricador del lenguaje*, qué traductor desatentado, poeta relumbrón o venal, qué gracioso insípido o qué estúpido panegirista, no ha de ver a su presencia la del siniestro Hidalgo, con el brazo levantado y en la mano la férula? Y finalmente, ¿qué truhán mentecato, qué arbitrista mañero y fastidioso, o qué gobernador mal nacido, no oye zumbir en sus oídos las reprensiones y los consejos del honrado Don Quijote?





Paisaje Argentino.

58.

Inocencia.

LUIS N. PALMA.
Argentino.

La niña rubia de cabellos de oro,
La de ojos puros como el lago azul,
Duerme en la cuna que el amor columpia
Y envuelven ondas de rosado tul.

Un ángel bello, con sus alas blancas
Abiertas como espléndido dosel,
Está velando su inocente sueño...
¡Y ella, sin verlo, está soñando en él!

Coronas de jazmín llenas de aroma,
Frescas violetas, perfumado azahar,
Embalsaman el seno de esa cuna,
Perfuman el santuario de ese hogar.

Ruidos de alas, estallar de besos,
Notas que vibran, explosión de luz...
¡Todo llena esa atmósfera de cielo!...
Junto a la cuna hermosa está la cruz.

Duerme tranquila la bendita niña,
El ángel sigue de su sueño en pos...
¿Sabéis quién es la niña?... ¡Es la inocencia !
¿Y el ángel que la vela?... ¡El ángel Dios!

59.

En vísperas de la guerra.

JUAN SILVANO GODOY.
Paraguayo.

La guerra está declarada. Un congreso de doscientos diputados, convocados apresuradamente, la ha justificado con el veredicto de su sanción solemne.

Los tambores baten sus bélicos redobles a los cuatro vientos, llamando al país a las armas. La república se ha convertido en un vasto campamento militar.

Treinta mil reclutas afilan sus sables en los cimientos removidos de Cerro León; diez y siete mil practican sin descanso ejercicios militares en la Encarnación; doce mil han reforzado el ejército veterano de Humaitá; cinco mil la guarnición de la Asunción, y tres mil el departamento norte de Concepción.

Las minas de hierro de Ibicuí y los arsenales de la capital trabajan con actividad febril en el taladramiento de cañones y la fundición de bombas y granadas de todo calibre. Las fábricas de pólvora y cartuchos, como los talleres de equipos y vestuarios, se multiplican, produciendo por millares diariamente.

Las faenas ordinarias de la vida han sido abandonadas por el ciudadano, el comercio interrumpido, la agricultura descuidada; y nadie piensa ya sino en las próximas campañas y en la defensa del suelo de la patria.



60.

Los ojos tristes.

LUIS BONAFOUX.
Portorriqueño.

El follaje, erguido y lozano, esparcíase locamente en un rincón de la villa, y sobre el follaje se abatían con molicie jaspeadas alas de dormidas mariposas. Era como un ramo de flores y de insectos, ramo vaporoso que se balanceaba a impulsos del aire en el azul moribundo de las tardes orientales, y esponjándose, después de la lluvia, entre arreboles de arco iris, ya secándose, desnudo y lloroso, entre llameantes rayos de sol. Más allá se dilataba, en ramajes de oro y púrpura salpicados y en cañas de amarillentas hojas vestidas, la vigorosa obra de la naturaleza...

Cuéntase que el mar, bravío e insolente como nunca, entró una vez en el campo, no sin reñir batalla a brazo partido. Temblaron las flores en sus tallos; pitaron los pájaros en sus nidos; y avergonzado, el mar retrocedió llevando sobre sus espumas hojas de flores arrancadas y espigas de nidos dispersos... y cuéntase también que no fué osado a poner sus olas en aquel rincón solitario de la villa.

Lo que no hizo el mar con sus cóleras insensatas, lo hizo el hombre con su vanidad demente. Segó plantas, arrancó flores, destrozó nidos, trazó calles de fúnebre ciudad, levantó edificios; y, como si quisiera marcarlo con eterna ironía, grabó allí nombres prosai-

cos, inscripciones pomposas, ridículos letreros vomitados por la vanidad sobre lechos de rosas y aromas. Desde entonces, aquello fué una cloaca y se llamó cementerio.

Mucho tiempo ha pasado... Muchos nublados, que a nadie importan, han caído sobre mi corazón. ¡Muchas veces ha aleteado sobre mis sueños el ave triste del infortunio!... y así como he entrevisto siempre, al través de mis alegrías, cuando he gustado la vida en la embustera copa del aturdimiento, unos ojos soñadores ensombrecidos por unas pestañas de luto, que se morirían de pena parpadeando a ratos como trémulas alas de cautiva mariposa, así también he sentido siempre, por encima de mis dolores más hondos, la mirada de aquellos mismos ojos que lloraban tristeza y me decían, al parecer, como el poeta del idilio :

« ¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera! »

¡Mucho tiempo ha pasado!... De vuelta del país de las mentiras, rendido, más que fatigado, por los azares del camino, quise detenerme a reposar sobre la tumba de mis recuerdos...

El sepulturero me franqueó la entrada, y de repente sentí la invasión de la naturaleza : invasión fuerte, brutal, pero saludable, como la que dejaría en un moribundo el acre olor de un ramo de plantas silvestres.

El invierno de la vejez, con su acción borrosa, ha carcomido los mausoleos y las cruces, y la primavera de la juventud, con su acción vivificadora, ha cubierto de césped las tumbas a flor de tierra. La hierba ha nacido espontáneamente sobre los despojos de la muerte,

se ha arrastrado sobre los nichos, se ha erguido sobre los mausoleos, se ha enlazado a las cruces benditas, invadiéndolo y abrazándolo todo con abrazo de juventud; y de allí, de aquel sitio herboso y selvático, brotando de la hendidura de una tumba como de una herida del corazón, resalta vivamente, al igual de una hebra de luto en un brocado, el tallo escueto y ennegrecido de una florecilla salvaje, formada acaso por la evaporación de la última lágrima que derramaran aquellos ojos, tristes como los de la Dolorosa, soñadores como los del poeta, solos en el mundo de las perspectivas.



61.

La muerte de mi padre.

LUCIO VICENTE LÓPEZ.

Argentino.

Tenía diez años cuando murió mi padre. La última vez que me acercaron al borde de su cama, me abrazó y me llenó de besos; tendría entonces cuarenta años, pero representaba sesenta; ¡tanto lo había quebrantado la terrible enfermedad que lo consumía!

Pobre, sin porvenir, esclavo de un empleo subalterno que servía desde veinte años atrás, carecía de la iniciativa vigorosa de otros hombres que buscan en los trabajos variados de la vida el consuelo de los grandes dolores humanos. La monotonía de sus deberes cotidianos, ese horrible destino de hacer la misma cosa hoy, mañana y siempre; el sueldo periódico que jamás se aumenta ni reproduce; la falta del ideal, de la esperanza, de ese horizonte dorado que persigue toda criatura en el mundo, abatieron las fuerzas de aquel noble pero desgraciado corazón, cuyo fin fué como el de una máquina que estalla y se inutiliza antes de tiempo.

Mi tío Ramón nos veía poco; sin embargo, a pesar de sus debilidades, era excelente en el fondo, y al saber la gravedad extrema de mi padre, vino a vernos.

Los dos hermanos se abrazaron. La palidez de mi padre se confundía con la blancura de las almohadas de su cama. Aunque niño, y sin poderme dar cuenta pro-

funda de aquel solemne momento de mi vida, lloré amargamente abrazado de su cuello; sentí su último calor vital con un íntimo estremecimiento de dolor, estreché sus manos descarnadas, me miré en sus ojos apagados y permanecí mucho, mucho tiempo a su lado, sollozando y enjugando mis lágrimas.

Mi padre había abierto un pequeño libro con láminas ordinarias para distraerme, y yo, sin separarme de su lado, hojeaba casi maquinalmente sus páginas, y me detenía contemplando los grabados, siempre estrechado por él.

— Bien, hijito, — me dijo al fin, — vete a recoger que es tarde ya y yo tengo que hablar con tu tío. Y como yo hiciera un movimiento de cariñosa resistencia para separarme de su lado, él insistió dulcemente, me volvió a abrazar y a besar muchas veces y mi tío Ramón me condujo a un cuarto inmediato donde me había instalado desde que mi padre se agravó.

Al separármele, quedó en mis manos el libro que habíamos estado hojeando. Me desnudaron y me acostaron.

Un instinto, qué sé yo, uno de esos profundos movimientos del alma de los niños, que son como el germen de todos los variados y tiernos sentimientos que brotan después en la adolescencia, me hizo no separarme de aquel libro. Apagóse la luz de la habitación, y yo estaba abrazado de mi precioso recuerdo. Quería protegerlo y ser protegido por él mismo; era como una prenda de mi padre, que me lo recordaba y me lo reproducía; lloré mucho sobre él y debí humedecerlo

tanto con mis lágrimas, que mis manos llevaron muchas veces a los labios el sabor amargo del llanto; y fué así, abrazado de mi libro, defendido el pecho por sus páginas, que me dormí aquella noche, la última de mi vida en que debía ver al autor de mis días.

Aquella noche murió mi padre, mientras yo dormía oprimiendo el tesoro conquistado.

¡Pobre libro mío! A los diez años muy lejos estaba de amarlo por el valor moral de sus páginas; era el *Ivanhoe*, el primer romance que debía deslumbrar más tarde mi imaginación virgen de impresiones. Lo amaba porque había sido de mi padre; todo era en él precioso para mí: sus grabados en madera, sus tapas comunes, bastante estropeadas; sus ángulos doblados por los golpes que sufría, sus páginas descoloridas, en las que mis ojos inquietos se solían detener de paso.

El entierro de mi padre fué muy modesto por cierto; murió por la madrugada, y durante todo el día me tuvieron encerrado en el cuarto en que me habían puesto, sin dejarme salir de él.

Mis parientes se dieron mucha prisa en enterrar a mi padre; a eso de las cinco de la tarde comencé a sentir el murmullo de voces y pasos de gentes que entraban. Me asomé por la puerta que daba al patio y vi muchos hombres vestidos rigurosamente de negro, que se congregaban en pequeños grupos, saludándose reverenciosamente los unos con los otros; todos parecían estar muy tristes y pensativos, a juzgar por la gravedad de sus rostros.

Una sirvienta me arrancó de la puerta desde donde

yo observaba la concurrencia, lleno de extrañeza al ver un número tan considerable de gente en mi casa, donde tan pocas y raras personas nos visitaban. Un rato después me pareció que el ruido de las personas aumentaba, como si un tropel de gente se pusiese en movimiento, y poco a poco fui notando que se alejaba. En la calle se oyeron rodar carruajes, pero el ruido de los coches también se extinguió y todo quedó en silencio. Entonces me asomé otra vez por la puerta del patio : había quedado completamente solo, la puerta de la calle estaba entornada, cerradas las habitaciones; la tarde avanzaba y la humedad de un día lluvioso daba a aquella escena un aspecto tristísimo.

Me dió miedo y entré en mi cuarto.



62.

España.

CECILIO ACOSTA.

Venezolano.

España fué un tiempo la monarquía universal : no estaría mal dicho de ella que el sol se fatigaba para recorrerla. De Carlos V, en quien recayó de hecho por muerte de su abuelo materno, pudo escribir en significativa frase Montesquieu, aunque comprendiendo la Alemania también, que *la tierra se había ensanchado para dar espacio a su grandeza*. Felipe II, su hijo, salvo la dignidad imperial que tocó a Fernando, su tío, todo lo demás lo heredó : dominios colosales que se extendían a la Península, aumentados éstos después en vida suya por la adquisición de Portugal, de Holanda, Bélgica, Oceanía, Asia, África y América. Este monarca poderoso pudo en su reinado hacer oír su voz de las islas Chiloé a las Filipinas, hacer hablar por gala su lengua en casi todas las cortes, poblar los mares con sus flotas, triunfar en San Quintín, poner espanto a Inglaterra y colmar a España con el oro del Perú. ¿Qué queda de todo eso y de lo demás del poderío español? Queda sólo (por no hablar más que de esos tiempos) la abundantísima cosecha de las letras en los siglos XVI y XVII, llena, rica y varia, de rubios granos y jugosos vinos, cosecha que casi no había en las trojes y que rebosaba en los lagares. Quedan las obras de erudición e inventiva, muchas de ellas inimi-

tables, que llenaron las bibliotecas y los teatros. Quedan los escritores distinguidos y los ingenios de primer orden, algunos de ellos, puede decirse, únicos : Santa Teresa de Jesús, que habló de la santidad en formas tan castas como castizas; Hurtado de Mendoza, de frase atildada, si bien concisa por extremo a fuerza de recortes; Melo, historiador cultísimo y capaz de asuntos más vastos; Garcilaso, cuyos versos deben leerse en medio de un jardín de tomillos que tenga nardos por cerca; Solís, estilo de filigrana; Ercilla, que componía bajo el pabellón del campamento el libro que le dió inmortalidad; Herrera, águila siempre entre las nubes; Fray Luis de León, rival de Horacio hasta en la lengua; Fray Luis de Granada, escritor de epítetos espléndidos, y enamorado del amor divino que él sabía encerrar siempre, como dentro de cajas de música, en sus cláusulas cantantes; Calderón, río de cascadas sonoras, por la armonía, y Cervantes, cuya creación es un mundo que sacó de la nada, y cuya inmortal obra será siempre la desesperación de los demás, porque casi no puede tener imitadores. ¡Tesoros todos esos preciosos, que forman como un museo en los anales de las grandezas humanas!



63.

El congreso de Tucumán.

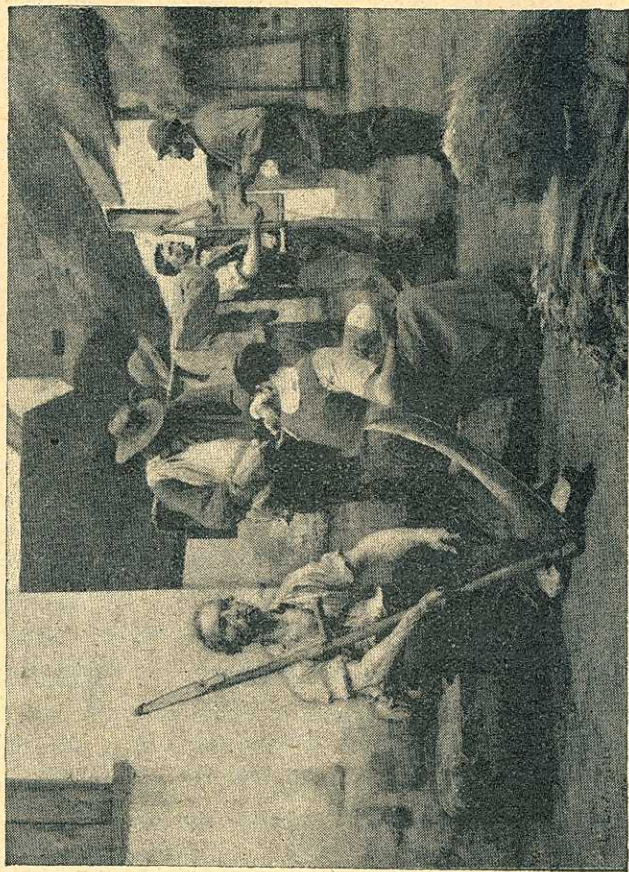
VICENTE FIDEL LÓPEZ.

Argentino.

La cuna de este famoso Congreso fué, en efecto, pobre, humilde y casi silenciosa, pero sus hechos y sus victorias fueron espléndidos. Sólo Buenos Aires, Tucumán y Cuyo tomaron la iniciativa de la convocación. Para aumentar el número de este *quórum* tan reducido, se concertó que los emigrados de las provincias del Alto Perú, asilados en Tucumán desde que las habían ocupado los realistas, tuviesen voto electivo por cuatro diputados; Salta, sometida a los intereses y a la dirección de Güemes, y oprimida por la necesidad de resistir al ejército español que la había invadido, desconfió al principio de las miras absorbentes y de los propósitos ocultos del Congreso y de la Diputación de Buenos Aires y de Cuyo. Pero tranquilizada por el convenio que se hizo prometiéndole retirar a Rondeau del mando del ejército y sustituirlo con Belgrano, a quien Güemes amaba y respetaba, accedió a mandar sus diputados; Córdoba también concurrió después de alguna demora, y Santa Fe, protegida y dominada por Viamonte con fuerzas porteñas, hizo lo mismo.

Los diputados, nombrados en esta forma, de noviembre a diciembre de 1815, comenzaron a reunirse en Tucumán en enero de 1816. Todos ellos, y más que los otros los diputados de Buenos Aires, llevaban al Congreso una enorme dosis de desconfianzas y de an-

tagonismo provincial. Roto por la caída de Alvear el centralismo militar y político que había prevalecido desde 1812 en la Comuna Capital, las provincias *querían concentrar el poder y la acción política fuera del alcance de la comuna absorbente*; es decir, eran eminentemente unitarias en su sentido; y como sus diputados eran órganos fieles de ese conato hacia un nuevo unitarismo, estaban muy lejos de ser federales en el sentido de desagregar, pues aspiraban a reducir la antigua capital a ser una *parte igual* del todo, igualmente sometida, y no predominante como había estado hasta entonces, al gobierno general cuyas redes y atribuciones querían concentrar en un *punto* que les fuera propio y ajeno por lo mismo a los influjos anteriores. Pero Buenos Aires, que se sentía destituida de su rango geográfico, miraba con antipatía profunda semejantes intenciones : se creía amenazada de ser *sometida y explotada* por poderes antipáticos y foráneos; y todo su orgullo comunal estaba pronto a sublevarse, a pesar de las contemporizaciones con que su gobierno accedía a la instalación del Congreso. Eran, pues, precisamente sus diputados, los que, por lo mismo que habían sido *capitalistas* antes, entraban ahora en el Congreso con un espíritu provincial lleno de desconfianza, decididos a tomar sus garantías. Casi todos ellos eran *unitarios* en Buenos Aires y para Buenos Aires; pero federales fuera de Buenos Aires y para con las provincias, porque la cuestión, como ya hemos dicho, no era de sistema, sino de *capitalismo comunal*, a la manera de Roma o Atenas.



(Fot. Bulloz).

LHERMITE : El pago de los segadores.

64.

María.

FERMÍN FERREIRA Y ARTIGAS.
Uruguayo.

En la cumbre del Gólgota se mira
El santo leño do expiró Jesús;
Hermosa una mujer gime y suspira
Guardando el pie de la divina cruz.

¿Quién es esa mujer que en triste duelo
Muestra de su alma el desigual dolor?
¿Es acaso mortal? ¿Es de este suelo
Su imponderable y entusiasta amor?

¿O es algún ángel que con forma humana
De su alto trono nos enviara Dios,
Para que lllore de la raza humana
Su horrendo crimen, su barbarie atroz?

Es más hermosa que la blanca luna,
Pura como el acento del Señor;
Nunca en la tierra vi belleza alguna
Ni más hermosa ni con más dolor.

Es la madre de Dios, la virgen pura,
Que le plugo en sus juicios elegir,
Radiante como el sol en hermosura,
Imposible al mortal de describir.

Es la inocente y celestial María,
Llorando al hijo de su casto amor :
¡Mortales, inclinad la frente impía,
Su llanto respetad y su dolor!

65.

El gaucho.

SANTIAGO VACA GUZMÁN.
Boliviano.

El gaucho mantiene las dotes morales de la raza de que descende, con sólo esta modificación : que la hostilidad de que ha sido víctima, especialmente después de independizados los territorios que habita, ha derramado en su espíritu muchos gérmenes de desconfianza y de desaliento. El valor, que es su dote especial, es en él hereditario y a la vez adquirido; hereditario, en cuanto a la transmisión de esta cualidad distintiva de sus abuelos; adquirido por razón de su medio social. El hombre que se desenvuelve en los grandes núcleos de población es menos valeroso que el hombre que vive en los pequeños centros, y éste lo es menos que el que tiene una residencia aislada. En los grandes centros el interés común se halla defendido por muchos brazos; los peligros a que cada hombre se halla expuesto son menores, hallándose protegido por el apoyo de la autoridad. En los pequeños centros esta protección mutua es menor, y ofreciendo menos elementos de resistencia, reclama mayor esfuerzo individual. El hombre aislado, que no encuentra brazos auxiliares, se halla expuesto a mayor número de peligros y consiguientemente exige un supremo esfuerzo de resistencia de su parte para vencer a aquéllos; el aislamiento desenvuelve el valor

en mayor escala; obedece al poderoso instinto de conservación propia, mediante el solo esfuerzo personal.

El gaucho se encontró en esta última condición; diseminado en la vasta extensión de las Pampas, se veía obligado a luchar solo y con escasos recursos contra los embates de la naturaleza física y contra los ataques de su tenaz adversario, el salvaje de la pampa. De aquí que, habituándose a soportar las unas, ya bajo el inseguro rancho, ya a campo descubierto; defendiéndose y atacando a los bárbaros, su carácter fuese retemplándose, familiarizándose con el peligro, poniendo su vida en juego continuamente.

El carácter abierto y franco de su raza se relajó, sin embargo, por causa del imperio que el hombre de la ciudad ejercía o pretendía ejercer cuando el desenvolvimiento económico y administrativo empezó a dar forma definida a la organización política de estas regiones. La valorización del suelo despertó en el hombre de la ciudad la tendencia a su apropiación creciente, y como él poseía mayor caudal de luces, de influencia y de medios de acción, no le fué difícil ir desalojando poco a poco al pequeño propietario morador del vasto desierto.



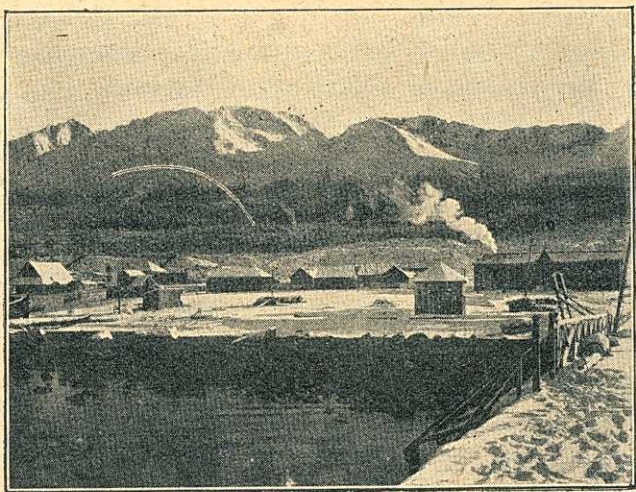
66.

La virtud del pueblo.

MARIANO MORENO.
Argentino.

Seremos respetables a las naciones extranjeras, no por riquezas, que excitarían su codicia; no por la opulencia del territorio, que provocaría su ambición; no por el número de tropas, que en muchos años no podrían igualar a las de Europa : lo seremos solamente cuando renazcan entre nosotros las virtudes de un pueblo sobrio y laborioso; cuando el amor a la patria sea una virtud común, y eleve nuestras almas a ese grado de energía y de constancia que arrostra las dificultades y que desprecia los peligros. La prosperidad de Esparta enseña al mundo que un pequeño estado puede ser formidable por sus virtudes; y ese pueblo, reducido a un estrecho recinto del Peloponeso, fué el terror de la Grecia y formará la admiración de todos los siglos. ¿Pero cuáles son las virtudes que deberán preferir nuestros legisladores? ¿Por qué medios dispondrán los pueblos a mirar con el más grande interés lo que siempre han mirado con indiferencia? ¿Quién nos inspirará ese espíritu público que no conocieron nuestros padres? ¿Cómo se hará amar el trabajo y la fatiga a los que nos hemos criado en la molicie? ¿Quién dará a nuestras almas la energía y firmeza necesarias para que el amor de la patria, que felizmente

ha empezado a rayar entre nosotros, no sea una exhalación pasajera, incapaz de dejar rastros duraderos y profundos, o como esas plantas que, por la poca preparación del terreno, mueren a los pocos instantes después de haber nacido?



Paisaje Argentino.

67

Independencia.

TRINIDAD MARIANO PÉREZ.

Peruano.

A principios de este siglo los peruanos hicieron un último denodado esfuerzo para romper sus cadenas.

En 1820, un solo grito — ¡Independencia! — resuena en todo el continente andino y sus dominadores, heridos por esta voz sacrosanta, que parecía descender del cielo, en su despecho se entregan a toda clase de excesos, para aterrar al soldado de la Libertad, que empuñó la espada de la justicia para defenderse.

En 1821, deciden las armas la suerte de nuestro infortunado país; lo elevan al rango de pueblo libre, bajo el protectorado de San Martín, quien, reuniendo un Congreso, le dió la primera Constitución, después de jurar solemnemente su independencia.

En 1823, Bolívar auxilia al Perú y las cámaras legislativas le premian con el título de Libertador.

En 1824, elevado Bolívar a dictador, reorganiza su ejército y obtiene el memorable triunfo en los campos de Junín, cuya victoria cantó con homérica trompa el célebre americano Olmedo.

El mismo año el ejército real fué derrotado por el denodado Sucre en la gloriosa batalla de Ayacucho, no quedando a los españoles en el territorio indiano más cuartel que la plaza fuerte del Callao.

68.

Primeras hojas.

MARTÍN JOSÉ LIRA.
Chileno.

¡Pobres hojas primeras!
¡Cuán triste es vuestra suerte!
¡Sombra aún no prestáis a las praderas
y ya os arrastra el soplo de la muerte!

En vosotras, su nido
no cuelga el ruiñeñor.
¡Revelara, traidor, vuestro tejido
las secretas escenas de su amor!

Las auras voluptuosas
que ante el carro del día
danzan, como bacantes bulliciosas,
en vosotros no encuentran melodía.

El cansado viajero
que, tras fatiga dura,
se detiene en el áspero sendero,
no halla en vosotras sombra ni frescura.


Y tan sólo le advierte
hojas, que habéis vivido,
el veros presa de temprana muerte
al hollaros con paso distraído...

Cual la naturaleza
tiene la humanidad sus primaveras.
¡Y hombres de un pueblo que a elevarse empieza
son sus hojas primeras...!

Y a la vuestra, es su suerte,
hojas, en lo tirana, parecida,
porque ¡sólo su muerte
revela al mundo que tuvieron vida!



69.

Civilización americana.

JOSÉ MARÍA SANTIVÁÑEZ.

Boliviano.

..... Una región que en el corto espacio de algunos kilómetros ofrece con frecuencia, al viajero que la visita, las temperaturas de todos los climas y todos los accidentes topográficos imaginables, una región tal modifica incesantemente las razas, produciendo infinitos matices, cada uno de los cuales posee aptitudes especiales.

En época no muy remota, será, pues, la América morada de hombres de todos los pueblos, que poniendo en la labor común los progresos y aptitudes peculiares de su raza, darán a su civilización un carácter amplio, vario, universal, de que carece la del antiguo mundo.

¿Y no es ya una muestra de ello, esa nueva y vigorosa civilización que en el norte se levanta de en medio de ciudades que se improvisan por la aglomeración súbita de inmigrantes que hablan todas las lenguas?

Fraternidad de la familia humana, fusión de pueblos, desarrollo amplio, simultáneo, a la vez que armónico, de las facultades y aptitudes de todas las razas : he ahí los rasgos principales que caracterizarán la civilización americana.



70.

Una planta artillera.

ARÍSTIDES ROJAS.

Venezolano.

— ¿Quieres recibir una lección de botánica, Inesita? Te encuentro tan ocupada en tus flores, cada vez que te visito, que bien creo debían ellas revelarte los misterios que ocultan a tus miradas. Vamos, interroga cualquiera de tus plantas, y ella nos descifrá un enigma.

— ¿Cuál quieres que escoja?

— La que tú quieras. Queda a tu voluntad decirte por la más bella, tu hermana en modestia.

— Escogeré la más insignificante, aquella que florece en todo el año y que coloco en los ramilletes que regalo a mis amigas : la *doradilla*.

— ¿Y porqué ese antojo, bella niña?

— Porque conozco esta planta desde mi niñez; porque la percibo a todas horas, sobre el techo de mi casa, o aquí en mi jardín, donde ella sobresale por la belleza de sus ramas.

— Bien, pues, hablemos de la *doradilla*; pero te advierto que ella te proporcionará un buen susto.

— ¿De qué manera?

— Es una planta que tiene oculta una artillería terrible, que al entrar en acción produce un incendio : es una batería volcánica que lanza sus proyectiles y sus columnas de humo.

— ¿Es posible?

— Sí, desde el momento en que la gota de agua toque

las ramas de esta planta, la batalla principiará. Cada una de las flores presentará su batería, y los puntos encarnados se convertirán en pequeñas estrellas de nieve : al instante el cañoneo se escuchará; los proyectiles, las granadas cruzarán los aires, y una nube de polvo llenará el campo de batalla. La planta parecerá un incendio oculto; de cada flor se levantarán espirales de humo, sentiráse el ruido de las detonaciones, se divisarán los soldados que entran en acción, y a poco todo el campo rojo se convertirá en un campo de cenizas y de cadáveres.

— Entonces, amigo mío, desisto.

— ¿Y por qué? No te inquietes : aquí no habrá ni baterías, ni granadas, ni proyectiles, ni incendio, ni calor, ni humo, ni pelea alguna. Será un fenómeno del amor en uno de sus tantos caprichos; será un juego entre la gota de agua y el polvo fecundante de las flores : evoluciones de la vida. Vamos, toma la pequeña regadera y humedece la *doradilla*.

Inesita toma la regadera y humedece la planta. Al punto todos los capullos encarnados se abren con violencia, y estrellitas blancas como la nieve aparecen sobre el verde ropaje de las ramas. En seguida se ven levantar de dos en dos los cuatro estambres que estaban doblados y ocultos en cada uno de los sépalos del cáliz, ya abierto en cruz. Ellos se levantan como soldados que escucharan el toque de llamada; se enderezan, se forman en batalla y dan el grito de alerta a las anteras que están situadas en sus extremos libres. Estas se abren a su turno con violencia, lanzan su contenido

globular, y una densa nube de humo asciende por todas partes.

Inesita se espanta, cree que es un incendio, y toma de nuevo la regadera para apagarlo; pero mientras más riega, más humo sale de la planta.

— ¿Qué es esto? amigo mío? — pregunta la cándida niña.

— ¿No te dije, angelical criatura, que aquí, no había, ni volcán, ni batería, ni incendio, ni humo? Todo esto es un fenómeno mecánico: es la elasticidad. Esos proyectiles que se enderezan y forman en cruz son los cuatro estambres que yacían doblados antes de abrir la flor; esas bombas que salen de sus extremos son las anteras que se rompen y lanzan al aire sus granillos imperceptibles, y la nube de humo es la abundancia del polvo fecundante, que se entrega en manos de Eolo para que lo derrame de una manera imperceptible sobre toda la tierra.

Esta planta, Inesita, es la *Pilea microphylla* de la ciencia. *Pilea*, viene del griego *pilos*, que significa gorro, porque una de las partes de su cáliz está abultada; y *microphylla* quiere decir de hoja pequeña. Los ingleses la llaman *artillery plant*, y su patria es desde las Antillas hasta el Brasil. Ella pertenece a la familia de las *Urticeas*, nombre dado a esta sección de vegetales, porque la mayor parte de sus géneros *Ortiga*, *Parietaria*, *Pilea*, etc., irritan con sus hojas la piel, simulando la picadura de la hormiga. Como lo ves, esta planta es apétala, es decir, no tiene pétalos: las flores que ves son los cuatro sépalos coloridos del cáliz,

que se abren en cruz. Tan luego como el agua los toca, ellos se abren en forma de estrellas, y las capsulitas (anteras) que están sobre su extremo libre, se rompen y lanzan al aire la abundancia de granos de polvo fecundante que cada una contiene. Sus hojas son pequeñas, opuestas, y las ramas alternas y decrecientes, y todas ellas disticas, es decir, que están colocadas de dos lados del tallo principal, que es rosado por encima. Las flores nacen agrupadas en las axilas de las hojas, y toda la planta se llama *doradilla*, porque a proporción que envejece, aparece color de oro a los rayos del sol. Otros la llaman *samancito*, porque imita en su ramaje al coloso de las selvas.

La *Pilea* con sus 130 especies crece sobre los tejados, en los lugares húmedos, y hoy se cultiva en los jardines. Sus hermanas congéneres, las *Ortigas* y las *Parietarias*, ostentan el mismo fenómeno, pero ninguna con tanta belleza como la planta artillera. Aquí tienes, Inés, la historia de tu planta predilecta.



71.

El misionero.

JUAN A. GARCÍA (Hijo).
Argentino.

« El padre Rector, señor don Alonso, — se dice con elegancia en una carta del siglo XVII, — es un varón candidísimo que estudia más en el temor y servicio de Dios que en las palabras con que habla, y en esta provincia todos le tenemos por padre y madre de pobres, ricos y toda condición de gentes; él nos riñe, él nos halaga, él llora con nosotros, sufre nuestras miserias y nuestras impertinencias. » El lector puede generalizar la descripción sin riesgo de equivocarse. Las manifestaciones de aprecio y respeto público, los honores que se prodigan por la sociedad al más humilde misionero, bastarían para demostrar su extraordinaria influencia y el afecto que inspira. Llega de España el padre Gervasoni; el gobernador sale a recibirlo, lo encuentra a mitad de camino, baja de su carroza, lo abraza congratulándose de su feliz arribo, « y lo mismo hicieron, dice el padre en sus cartas, casi todos los señores de su cortejo, quién abrazándolo, quién besándole la mano, y después nos acompañaron todos por una buena milla a pie, a pesar de ser el gobernador hombre corpulento y calmoso. » La procesión sigue lentamente hacia la ciudad, rodeada de pueblo. Al entrar en la actual calle de la Defensa, los cañones del fortín dispararon en su honor; los monjes de Santo Domingo

y San Francisco salen en corporación a las puertas de los conventos, con las capuchas recogidas, sus rosarios de grandes cuentas colgados del cuello, y la cruz del misionero que se destaca nítida sobre el pecho, y las campanas alegran las almas con sus repiques triunfales. En la iglesia del colegio los espera el Santísimo con todo su cortejo de ceremonia. Arrodillados ante el altar mayor, envueltos en nubes de incienso, sugestionados por la ingenua admiración de la concurrencia, un sentimiento superior y noble brotaría en sus almas; la tierna emoción los domina, haciéndolos llorar « al tocar y besar aquella tierra, por la que habían suspirado tanto tiempo ».



72.

El aparto.

RAMÓN SOTOMAYOR VALDÉS.
Chileno.

A las dos de la tarde, llegaban diversos *piños* conducidos como acabamos de describirlo y entraban confusamente al corralón que era un vasto cuadrilátero, cerrado por tapias de *pirca* y dividido en tres corrales por dos *pircas* paralelas entre sí y perpendiculares a los lados más largos del gran cuadrilátero. Estas dos *pircas* transversales dejaban, en cada una de sus extremidades, claros que servían de puertas para el aparto de los animales. El terreno encerrado por las *pircas* era perfectamente plano y sin vegetación, atravesado por una acequia para servir de bebedero a los animales en la época anual de los rodeos.

Al lado de las *pircas*, las mujeres encendían a esa hora sus fuegos para preparar la cena de los hombres ocupados en el trabajo. Los de a pie coronaban la barda de las *pircas* con lazo en mano y se entretenían en lanzarlo a los animales, que encerrados en el corralón daban vueltas en su derredor como buscando una puerta para salir a los potreros vecinos cuya alegre verdura les convidaba de todas partes. Los hombres de a caballo se habían dividido en diversas ocupaciones, a fin de guardar las puertas unos y de reconocer los otros el ganado para designar los que debían apartarse

para el comprador, según las instrucciones de don Calixto.

En circunstancias como la que describimos es cuando el campesino de Chile despliega una verbosidad de que carece en los actos ordinarios de la vida. Montado en su caballo al que profesa un cariño tanto o más acendrado, a veces, que a su familia; viendo moverse una masa compacta de animales que han crecido bajo su vista; animado por las voces de la gente, los mugidos de las vacas, los ladridos de los perros, su vista se anima, pierde su rostro la expresión habitual de indiferencia que lo cubre, y se desata su lengua en dichos y refranes que los oyentes aplauden y comentan con señales visibles de satisfacción.



73.

Al triunfo del Callao.

ESTEBAN LUCA.
Argentino.

¿Qué varón, dime ¡oh Musa! tan terrible,
Tan experto en las lides peligrosas,
Como el ilustre Cochrane, triunfar supo
En los mares de América y Europa
De la saña enemiga
Con vigilia inmortal y ardua fatiga?

¿Quién como él, en el orbe, fué inflamado
De un fuego tan heroico, tan sublime,
Cuando, previniendo el porvenir dichoso,
Que el cielo al nuevo mundo preparaba,
Decide en su alta mente
Su esfuerzo unir al de la indiana gente?

Al frente del Callao la nueva aurora
Te ve mostrar el triunfo que arrancaste
Del centro del poder a los tiranos;
La fama vuela hasta el visir de Lima,
Que en su dosel erguido
La santa humanidad tiene en olvido.

Se turba y oye, pálido el semblante,
La nueva que sus próceres le cuentan :
Es en vano el despecho y rabia ciega,

Con que invoca a las furias infernales;
Que el Dios del mar potente
Hoy a Cochrane ha dado su tridente.

Sobre mil veces, célebre caudillo,
Que el Pacífico surcas, tremolando
En triunfo el pabellón que te confía
El estado chileno; tus hazañas
Dan hoy gloria y consuelo
Al peruano oprimido, al patrio suelo.

Tú, a los altos designios consagrado
Del bravo O'Higgins y San Martín invicto,
El mar del Sur dominas : tú aseguras
Un asilo de paz a las naciones,
Y un templo a tu memoria
Donde por siempre brillará tu gloria.



74.

La literatura gauchesca.

ERNESTO QUESADA.
Argentino

Años hace decíame en Madrid el ilustre poeta español Gaspar Núñez de Arce, que, a su juicio, lo más interesante en toda la literatura americana eran las producciones gauchescas, por su originalidad, su sabor del terruño, el singular vigor de las ideas madres y lo pintoresco de la forma, a la vez que lo atrevido y hermoso de sus locuciones, giros y comparaciones. Se veía, a ojos vistas, que aquellas obras lo atraían, gracias a la extraña fascinación con que deslumbra lo exótico : era el primero en reconocer los méritos de nuestros poetas, se expresaba con evidente simpatía de Echeverría y Andrade, entre los muertos, y de Obligado, entre los vivos; pero, siempre con visible placer, alargaba pláticas sobre los libros de Ascasubi, del Campo y Hernández : fuera de duda, era lo que le daba cuidado. Y diciendo y haciendo pidióme, por último, que le remitiera cuanta producción de ese género pudiera aquí hallar.

Ha pasado mucho tiempo desde que acostumbraba encontrarle, invariablemente, en las reuniones de los jueves, a poco de morir la luz del día, en el palacio de la Real Academia Española. No me fué dado cumplir su encargo personalmente, por más encarecido

que viniera, porque a mi regreso relaté dicha conversación en una de las inolvidables tertulias de los sábados, en la casa del poeta Rafael Obligado, y éste me suplicó le dejara llenar aquel vehemente deseo del gran lírico castellano, a quien debía muchas atenciones y quería así retribuir las en parte.

No se ha borrado en mi mente la entusiasta admiración de Núñez de Arce por nuestros poetas gauchescos. Con singular vigor renació ese recuerdo cuando, hace poco tiempo, recibí su espléndido *¡Sursum Corda!* que comienza con estos significativos versos :

Nunca mi labio a la servil lisonja
parias rindió. Ni el éxito ruidoso
ni la soberbia afortunada, oyeron
faláz encomio de mi humilde Musa.

Es, en realidad, cosa averiguada que la referida opinión expresa la de muchos de los que estudian nuestro florecimiento intelectual. « De cuanta producción literaria nos llega de la América española, escribía en 1899 Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, nada me ha ganado el ánimo tanto como lo que podría llamar literatura gaucha, la que canta las alegrías y las penas, las fortunas y las desgracias de la vida de un tipo social americano, curiosísimo por extremo y desaparecido ya : el gaucho. »

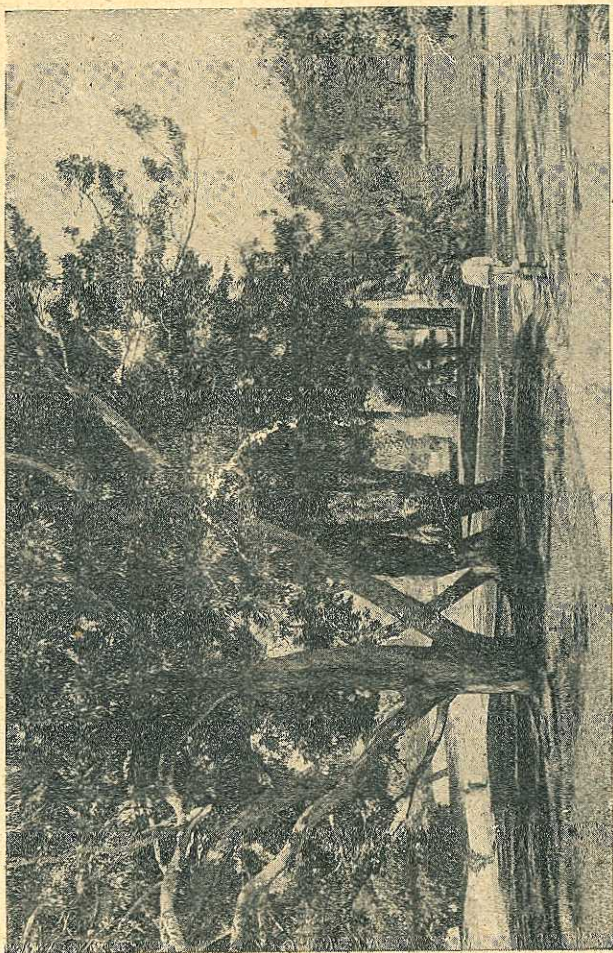
Todo ello me vino a la memoria al recibir y leer cuidadosamente el poema *Nostalgia*, de nuestro compatriota Francisco Soto y Calvo. Parecióme llegada la oportunidad de someter a meticoloso examen, para evi-

tar afirmarlo de ligero, si aquellas opiniones eran fruto de pasajero entusiasmo, o si realmente expresaban un fallo definitivo de la crítica : aquilatarlas ahora, después de tantos años, creo que no me traerá el tilde de haber madrugado, es decir, lo que he soñado...

La cuestión resulta interesantísima, porque, en estos últimos años, parece acentuarse dentro y fuera del país cierta tendencia a considerar únicamente como genuina producción de la literatura argentina lo escrito en el lenguaje diario de las clases populares que moran en el Río de la Plata. Esa tendencia literaria neo-patriótica quiere reconocer tan sólo como argentino lo que lleve el sello *criollo*, con todos sus inconvenientes, pero con su carácter típico, que lo diferencia en las razas de otros pueblos. Tiempo hubo cuando se enlazó, a su vez y a tiempo descubierto, con la pretensión de que debemos independizarnos del castellano, para completar así, según los neo-criollos, la independencia política de 1810, formando un *idioma nacional de los argentinos*, que se rige exclusivamente por el uso diario y libérrimo de nuestro pueblo soberano y cosmopolita. Y no es esto, por cierto, hablar en burlas. Mirado ese hecho a todas luces y en todos sus aspectos, es evidente que tal tendencia debe declararse errada y perniciosa : en cualquier época y en cualquier país, el idioma nacional ha presentado siempre el mismo fenómeno de dividirse en lengua noble, o sea el habla literaria, y en vulgar, o sea el usado por la generalidad del pueblo; siendo de notar que ese lenguaje vulgar adquiere caracteres diversos según sea urbano

o rural, de tal o cual región, de tal o cual profesión o gremio : de ahí los dialectos regionales, locales y profesionales, que coexisten en un mismo lugar sin menoscabar por ello la lengua común, o sea la usada por los escritores, empleada por la gente culta, adoptada por los poderes públicos, y enseñada en las escuelas. Únicamente cuando el dialecto se derrama a toda una comarca y es hablado allí a la vez por todas las diversas capas sociales, puede aspirar no solamente a los honores de una literatura regional, sino que todavía a tomar los caracteres de un idioma escrito : justísimo beneficio suyo es. Sin duda los otros dialectos acostumbran tener también su literatura especial, pero ésta se cuenta, por así decirlo, en el número de las producciones tecnológicas, que jamás contribuyen a plasmar la literatura nacional. Haber debe sin duda, en todo país, varios diccionarios a la vez : el de la lengua, los de dialectos, y los tecnológicos y aun gremiales. Excelente cosa es, pues, que se emplee el dialecto sea fragmentaria o totalmente; pero aspirar a que las obras así escritas sean las genuinas y exclusivas representantes de la literatura de una nación, tan sólo por adoptar la forma idiomática del habla vulgar, me parece un verdadero dislate, sin que esto signifique enemiga alguna contra la importancia de los dialectos.





Paisaje Argentino.

75.

La risa.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Argentino.

El vulgo, constituido por esas unidades gregarias que son los hombres de rebaño, suele confundir la sana alegría con la frivolidad y la seriedad solemne con el carácter. A menudo oímos decir de un triste que es persona seria y reflexiva, o de un alegre que es informal e inconsecuente. Tal confusión sería un simple disparate si se formulara de buena fe; pero suele ser una excusa difundida y aceptada por la gran masa de los tontos y los tristes, con el objeto de justificar su propia inferioridad. No creamos en los hombres solemnes que temen comprometerse ante quien los ve reír. Son contrabandistas del talento, falsos monederos de la intelectualidad, piratas del éxito y de la fama; sólo aspiran a que la gran masa de inferiores los consagre « hombres serios »; saben que con ese pasaporte, y sin bagaje de ningún género, se puede llegar muy alto y muy lejos. Los hombres solemnes y silenciosos son simuladores de baja ralea; espíritus indigentes que ocultan en la penumbra del silencio la andrajosa miseria de sus ideas. Es raro el hombre serio que calla por astucia; más son los que callan cuando nada tienen que decir : y callan siempre. Su fisonomía amorfa no cobija la profundidad de pensamiento alguno, pues el cerebro de los hombres solemnes suele ser una página

en blanco : « El armiño de la estupidez sin una sola mancha de inteligencia », que diría Hugo. La seriedad es una simple incapacidad de reir.

El carácter es otra cosa. Los datos más recientes de la psicología inductiva y experimental han permitido a Sergi afirmar que la integridad de carácter está proporcionada al perfecto equilibrio de la inteligencia y de la salud. Se infiere que coincide preferentemente con la alegría y no con la tristeza.

La bondad misma puede medirse por la risa, como por un cartabón inequívoco. No queremos quitar a Carlyle el honor de patrocinar esa afirmación que parece paradójal. Cuenta, en *Sartor Resartus*, que el mismo señor Teufelsdröckh se rió una vez, acaso la primera y última en su vida, pero con tal carcajada que bastaba para despertar a los Siete Durmientes; y comenta : « Ningún hombre que se ha reído una vez, ingenua y plenamente, puede ser del todo malo, sin remisión. ¡Cuánto significa la risa! ¡Es la clave con que se descifra a todo el hombre! Algunos gastan una eterna sonrisa afectada y necia; hay en la de otros un brillo frío, como de hielo; pocos son capaces de reir con lo que puede llamarse risa; de ninguno de ellos cabe esperar cosa buena. El hombre que no puede reir no sólo es apto para traiciones y estratagemas, sino que toda su vida es ya una traición y una estratagema. »

Algunos espíritus refinados tórnanse inaccesibles a la alegría y se crean « una especie de inmunidad a la risa », como afirma Barrés. No negamos el hecho,

pero su explicación es fácil : suele tratarse de intelectuales « envenenados » por el fracaso y por la envidia, sujetos desequilibrados e incompletos, brillantes para morder y difamar a los que triunfan, pero incapaces de triunfar ellos mismos en la vida. Entre los griegos florecieron los Agelastas, que practicaban la completa abstinencia de la risa.

Así lo refiere Platón, mas parece que no los imitaba; Pascal asegura, en sus *Pensamientos sueltos*, que « ordinariamente se supone a Aristóteles y Platón como personajes solemnes y serios : eran, sin embargo, buenos sujetos que jaraneaban y se reían como los demás, entre sus amigos ».

Una clara intuición de estos hechos sugirió al más insigne alienado, a Federico Nietzsche, aquella página dionisiaca de su *Zarathustra* que termina proclamando sagrada la risa e invita a los hombres superiores a cultivarla con amor.

La risa intelectual es la dádiva con que la Naturaleza ha integrado los privilegios de los hombres superiores.



76.

En el Magdalena.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.
Argentino.

Al pisar el territorio de Colombia, se experimenta una sensación desagradable. El vapor fondea a una distancia enorme de la tierra, y un remolcador asmático nos conduce hasta la agrupación miserable de chozas que se llama Sabanilla. El tren espera jadeante. El sol es implacable, y nos apresuramos a tomar un puesto en los vagones caldeados. Al salir, se atraviesan algunos arenales y más tarde la vegetación principia a cobrar fuerzas. Se me señaló el célebre manzanillo, el árbol tan manoseado por los poetas, cuya sombra ha sido calumniada tantas veces en odas y en elegías, y al pie de cuyo tronco Meyerbeer hace exhalar sus últimas quejas a la Africana. Existe en profusión en aquellos lugares, aunque las personas entendidas pretenden que está muy lejos de ser tan malévolo como se cree por la generalidad.

La línea férrea termina en Barranquilla, pueblo situado a orillas del río Magdalena, y puerto de los vapores que navegan en él. Una espesa capa de arena cubre las calles sin pavimento. Hay algunos edificios en material, pero abundan las casas de techo de paja, que dan a aquella gran aldea un aspecto de villorrio indígena. El sol calienta el piso hasta tal grado, que es

imposible marchar por él a pie, y en tal caso se hace uso de unos birlochos estridentes que corren produciendo un chirrido particular. No hay nada que merezca detener la atención del viajero. El elemento extranjero ha acudido con bastante profusión a aquel centro comercial, pero solamente como a un lugar de destierro, para hacer fortuna lo más pronto que sea posible, y olvidarlo en seguida.

Después de una detención de pocos días, comenzó para mí la verdadera epopeya de la marcha. Los vapores del Magdalena tienen una forma especial. Parecen una enorme armazón de tres pisos abierta a todos los vientos; en el inferior se encuentran la máquina, la carga, la leña y la tripulación; en el segundo se come y se duerme al aire libre, y hay dos o tres camarotes para señoras; en el superior están las casillas del práctico y del timonel. Los vapores carecen de quilla, pues la poca profundidad del río no permite un calado que pase de tres pies, y muchas veces aun los que no llegan a ese máximum quedan varados en alguna costa solitaria, esperando crecientes que suelen hacerse esperar diez, quince días y hasta un mes. Al salir de Barranquilla, el viajero se provee de un aparato de tul, llamado *toldillo*, que se extiende por la noche y sirve de mosquitero; de una almohada para reclinar la cabeza y de una estera de junco que se denomina *petate*, y encima de la cual se duerme.

77.

El malón.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Argentino.

¡Oid! Ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma :
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿ Dónde va ? ¿ De dónde viene ?
¿ De qué su gozo proviene ?
¿ Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar alrededor ?
¡ Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosia,
Y su rencor todavía

Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando : « Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos do vivieron,
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿ Dónde sus bravos están ?
Vengan hoy del vituperio
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán. »

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad,
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.



78.

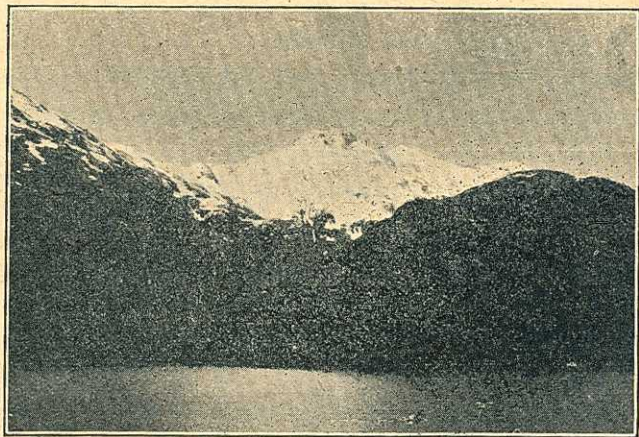
Tipos de la conquista.

LUCAS ALAMÁN.

Mejicano.

La conquista introdujo en la población de la Nueva España, y en general de todo el continente de América, otros elementos que es indispensable conocer, tanto en su número como en su importancia y distribución sobre la superficie del país, pues todas esas circunstancias, y aun todavía más la distinción que las leyes hicieron entre las diversas clases de habitantes, fueron de grande influjo en la revolución y en todos los acontecimientos sucesivos. Estos nuevos elementos fueron los españoles y los negros que ellos trajeron de África. Distinguiéronse poco tiempo después los españoles en nacidos en Europa, y en naturales de América, a quienes por esta razón se dió el nombre de *criollos*, el que con el transcurso del tiempo vino a considerarse como una voz insultante, pero en su origen no significaba más que nacido y criado en la tierra. De la mezcla de los españoles con la clase india procedieron los *mestizos*, así como de la de todos con los negros, los mulatos, zambos, pardos y toda la variada nomenclatura que se comprendía con el nombre genérico de *castas*. A los españoles nacidos en Europa, y que en adelante llamaré solamente *europeos*, se les

llamaba *gachupines*, que en lengua mejicana significa « hombres que tienen calzados con puntas o que pican », con alusión a las espuelas, y este nombre, lo mismo que el de criollo, con el progreso de la rivalidad entre unos y otros, vino también a tenerse por ofensivo.



Paisaje Argentino.

79.

Juventud de Quiroga.

DAVID PEÑA.
Argentino.

Facundo hijo es de César.

Doy el tema al estudioso, al antropólogo, al psicólogo : Facundo hijo es de César. Recordad su expresiva fisonomía romana y sabed que César ocupó largo tiempo la España ulterior.

No lleva laticlavía : poncho lleva. No lo ajusta el desceñido cinturón que preocupaba a Sila, sino el tirador recamado de monedas : ambos la lanza. Y si César es prodigioso en el caballo, ¿quién aventaja a Facundo en el caballo y las armas?

Nacen con una ambición inmensa como el mar, como la pampa, como el mundo.

Los dos forman legiones a un toque de sus cornetas guerreras, rehaciéndose en las derrotas que truecan en victorias sobre los campos y desfiladeros.

Ambos son los engendradores de la guerra civil : César contra Roma, Facundo contra Buenos Aires. Su amor por los soldados es uno mismo : César y Facundo juran no cortarse la barba ni el cabello hasta no vengar la derrota de Titurio y de Oncativo. Ambos son inclementes hasta la crueldad con el tímido, con el desertor, con el traidor. Ambos elevan la caterva hasta la distinción cuando el valor la realza. Los dos tienen un caballo milagroso, anunciador de victorias y

desastres. Los dos aman el oro, las joyas, la grandeza hasta el delirio, y no hay quien no reciba de ellos favores públicos o particulares. Facundo sostiene ejércitos de su peculio y ambos costean los gastos de la guerra con contribuciones forzosas, riquezas de sus enemigos y devastaciones de provincias conquistadas o vencidas. El Senado y las Salas les decretan honores que desairan. Mantienen relación con lo ignoto, con las sombras, con el misterio. Son augures de sí mismos. Viven rodeados de una divinidad que espanta y arroba; pero donde más se juntan y confunden es en la celeridad portentosa de sus marchas, rápidas como el pensamiento, como la flecha rápidas.

La campaña de Cuyo es la del Ponto : ambos escribieron el cartel : *Veni, vidi, vici*, que ningún otro capitán ha repetido íntegro en sus partes. No manchó el cuerpo de Facundo el comercio de Nicomedes. No repudió a su esposa ni soñó amores monstruosos. Pero ambos tienen un frenesí tan grande de poder, que por saciarlo empujan sus legiones a la destrucción sabida, o a la pavorosa muerte adivinada. Terminada la guerra civil, ambos abandonan el gobierno de la provincia y elevan la vista a la República. ¿Quién vino después de ellos? ¡Rozas y Augustol

La salud de César y la de Facundo cae y cae en vísperas de los idus de Marzo. Ambos mueren como habían querido, en una sola forma : inesperada y rápida. En cuanto falleció César, dice Suetonio, todos huyeron. Sí, todos huyeron.

Es claro que el parangón termina donde empieza a

reinar el pensamiento. Facundo no escribe *Comentarios*, ni dibuja en su razón la Conquista de las Galias, ni traza los cimientos de una legislación general. Pero ahí están, en este rincón obscuro y en aquella hora envuelta en niebla, relámpagos geniales que lo apartan de todos los demás caudillos de su patria y de su época. Sus legajos de cartas a los Del Carril, a Rozas, a Alvear; sus comunicaciones a Paz; su defensa contra las calumnias que lo mortifican y su empeño constitucional, repetido a cada instante, muestran que aquel guerrero a lo Ajax posee la materia de que se hacen los políticos.



80.

Caridad.

PEDRO GOYENA.
Argentino.

Es el perfeccionamiento del alma, es la santidad de la vida lo que hace crecer a los hombres en mérito ante los ojos de Dios. Y sin duda que el rico, y sin duda que aquél a quien los bienes de la tierra pertenecen en abundancia, tiene en ellos el medio de hacerse agradable al Dispensador de todos los beneficios, contribuyendo con su patrimonio al socorro de sus hermanos. Lo superfluo de los ricos debe servir para lo necesario de los pobres, y no lo necesario de los pobres para lo superfluo de los ricos, como ha dicho un gran jurisconsulto, inspirándose en el Evangelio. Dar, dar con humildad y con amor, es el precepto cristiano, y no dar solamente el pan que alimenta al cuerpo, sino el pan del alma, la doctrina, la luz y los consuelos. El positivismo hace de nosotros hombres de cálculo y de conveniencias. La Iglesia nos manda ser hombres de caridad y hermanos en Jesucristo.



81.

Silbidos de un vago.

(FRAGMENTO.)

EUGENIO CAMBACERES.

Argentino.

Mi excelente madre se empeñaba en hacer de mí un abogado.

Amándola con delirio, no me sentí con fuerzas bastantes a contrariar su voluntad, sagrada para mí, y estudié Derecho.

Entendámonos.

Más que vida de estudio, fué la mía vida de placeres y de holganza.

Mimado por mis padres, con dinero a discreción y el libre arbitrio más absoluto, recorría los salones, los teatros y paseos, mientras las Pandectas, las Partidas y los Cánones yacían en lastimoso y polvoriento estado.

Esto duraba diez meses.

El amor propio que en mí hubiera sido una condición, si no hubiera degenerado en vanidad, lo que es ya un feo defecto, abría entonces un paréntesis en esta serie no interrumpida de goces mundanos, y la vergüenza de una posible reprobación hacía me reaccionar de tal manera que, durante los dos meses restantes, dedicaba ocho y hasta diez horas diarias al estudio, lo que me permitía presentarme a las pruebas finales y salir airoso de ellas.

Pero ¡ay! ¡lo que así se gana, así se pierde!

Dos meses antes del examen no sabía nada, pero dos meses después... tampoco.

La ciencia que había adquirido a vapor, para impulsarme en la carrera de la vida, se desvanecía en mi cabeza con la rapidez con que se desvanecen en el espacio las largas espirales del poderoso agente, después de haber actuado sobre los tubos caldeados de una locomotora.

Con este *pasivo* de conocimientos, ingresé por fin al foro, abrí estudio y ofrecí mis servicios profesionales al respetable público; no por efecto de necesidades pecuniarias a llenar, lo repito, nunca las he sentido, sino como un derivado forzoso y lógico de mi título de competencia.

Me sucedió lo que a los aficionados a la opereta, al género de Offenbach y de Lecoq, que son capaces de dormirse parados oyendo la novena sinfonía de Beethoven o un cuarteto de Haydn y se creen, sin embargo, comprometidos a asistir a un concierto de música clásica porque han comprado una luneta.

Mientras tanto, pisando un terreno que no era el mío, completamente desorientado, la fuerza misma de las cosas debía arrojarme de él.

Mi espíritu, como esas aves que necesitan libertad y espacio para poder vivir, se asfixiaba aprisionado en la atmósfera corrompida y sofocada donde se agitan jueces, abogados, escribanos, procuradores y demás curiales.

El simple aspecto de un expediente hacía-me apartar

la vista con indecible repugnancia; su manipulación llegó a ser tarea superior a mis fuerzas y un invencible sentimiento de disgusto se apoderaba de mí al solo amago de la visita del cliente y, sobre todo, de la clienta, de la mujer pleitista, criatura cargante si las hay, cuyos tremendos solos no me era dado soportar sin una serie de bostezos y los párpados abatidos, llorosos e inyectados de sangre, expresión de cretinismo propia del infeliz que ha llegado al apogeo del fastidio.

Con el agua al cuello, un esfuerzo supremo de propia conservación podía sólo salvarme.

Una mañana de invierno fría y gris, como el *spleen* que me dominaba, me levanté resuelto a poner fin a mis males con un remedio brutal.

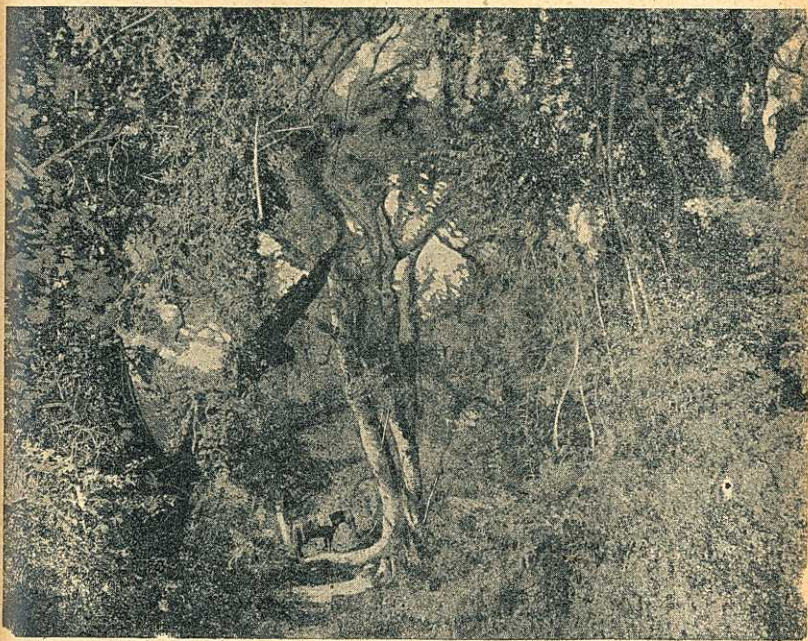
Cerré con llave las puertas de mi estudio; pegué sobre ellas el letrero siguiente : *Fermé pour cause d'embêtement*, y procedí en seguida a repartir mi clientela entre mis condiscípulos más pobres y más famélicos, como se reparte la carne del manso buey en las jaulas de fieras y aves de rapiña de los jardines de aclimatación.

Todo por vía de desfacimiento de agravios y enderezamiento de entuertos, para mayor gloria de Dios y bien de la humanidad.

Devuelto a mí-mismo, sin compromisos que me esclavizaran, sin obligaciones que cumplir, dueño absoluto de mi tiempo, entreguéme de lleno a la vida ligera, cuyos fáciles placeres probé hasta la saciedad.

Una transición sencilla de explicar debía entonces operarse en mí.

Sentí el vacío en mi alrededor, y avergonzado de la esterilidad de mi vida, busqué, por fin, un terreno más fecundo donde poder utilizar mis medios y llevar a la obra del bien común mi contingente de trabajo y de sudor.



Paisaje Argentino.

82.

Historia antigua.

CARLOS R. TOBAR.
Ecuatoriano.

Supongo que no llevaréis a mal que os escriba algunas de las costumbres de vuestros mayores. — ¿No? — Pues a ello.

Gustaban éstos sobremanera de la más complicada holganza. Ya se ve, nada tampoco tenían que hacer. Los ricos mantenían en sus casas legiones de esclavos, cuyas ocupaciones, reducidas a parte mínima, les permitían casi tanto *farniente* como a los amos. Basta decir que había una negra o un negrito destinado sólo a llevar a la misa el tapete de la señora. A la cocina estaban dedicados, en las casas *grandes*, cinco o seis cocineros, marmitones y pinches entre hombres y mujeres, y tres o cuatro en las no tan opulentas; pero, a decir verdad, ahí sí que tenían buena labor. Figúrense los lectores que los tales antepasados nuestros eran glotonazos, en la más amplia acepción de la palabra.

Levantábanse a las seis, y para sustituir el afectuoso temple de las sábanas, calentaban el estómago con un increíble tazón de hierba-mate, de leche o de la comida de los dioses que produce el cacao; a las ocho y media o nueve, cuando más tarde, se servía el almuerzo en extensos comedores, tan vastos, que en ellos cabían, además del capellán, administradores, mayordomos,

escribientes y paniaguados, todos los miembros de una o dos familias parientes o amigas que, con la mayor llaneza y desenfado del mundo, se trasladaban a la casa del *primito* o de la *primita* (así se llamaban unos a otros aquellos excelentes ciudadanos). Componíase el almuerzo de medio carnero, un cuarto de ternera, una hornada de pan, y gallinas, huevos, pastelillos en proporciones análogas a las gastadas en las bodas de Camacho el rico; y todo empujado a los estómagos por un océano de chocolate (¡le tenían por digestivo!) acrecido con queso, hallullas, bizcochos, quesadillas, rosquetes, bodigos y empanadas.



83.

Otoñal.

ALBERTO GHIRALDO.
Argentino.

Es un paisaje agreste : el viento calla.
El sol se apaga tras la nube densa,
Hay calmas de presagios en la atmósfera,
Y allá, abajo, rezonga la tormenta.

Reflejando en cristal sombras de sombras,
Un hilo de agua a nuestros pies serpea;
En quietud de amenaza huye la tarde,
Yendo a esconderse a espaldas de la sierra.

De pronto no es murmullo sino grito
Lo que se oye allá abajo; el campo tiembla
Ante la voz del vendaval y una onda
Fría, glacial, circula y nos penetra.

Hiere la luz del rayo; en la hondonada
Se encajona el turbión; ruge y revienta.
El pasto tierno se doblega y muere
Y el pájaro agorero baja a tierra.

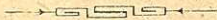
Un potro negro cruza la llanura.
Va ciego, loco, con la crin revuelta,
Hacia el mar que, allá, al frente, lanza el salmo
Eterno de su queja turbulenta.

Entonces dando rienda a los corceles
Azuzados a látigo y a espuelas,
Entramos victoriosos en la noche,
Galopando con rumbo a la tormenta.

Noche de invierno.

Cruzo las calles bajo la sombra :
La ciudad duerme; cae lluvia fina
Y un viento frío corta la lluvia;
Sobre los vanos la arremolina,
Juega con ella, la alza, en retazos,
Hasta la altura de las cornisas;
De allí descende, resbala, loco,
Por la cubierta de una vitrina
Y al fin, bramando, la azota, ciego,
¡Contra la cara de una mendiga!

Voy de paseo bajo la sombra :
Allá a los lejos, cual la pupila
De un monstruo, vese una luz; es roja
Como la sangre, por eso brilla
Con tanta fuerza, por eso irradia
Sin que la apague la lluvia fina.
La luz que avanza, color de sangre,
A un carro negro sirve de insignia.
Nos encontramos en el camino,
Y al encontrarnos mis ojos miran :
¡Miran y saben que el carro negro
Lleva el cadáver de la mendiga!





|MURILLO : Santa Ana dando lección a la Virgen.

(Fot. Anderson.)

84.

La poesía.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.
Argentino.

¡Ah! no desdeñéis los versos, vosotros, espíritus positivos que os afanáis en prosa por lograr los bienes tangibles de este mundo! Reflexionad un momento, y veréis que un endecasílabo bien hecho tiene todas las calidades de una guinea inglesa : el sonido metálico, el brillo, la gracia perfecta del sello, la buena ley y el peso íntegro; y que por esta razón los renglones que acuñaba el genio de Byron se cotizaban a la par de las libras esterlinas sobre el mostrador de su librero.

Hay pobres de espíritu que, en servicio de lo que entienden por moral, levantan como a manera de un cordón sanitario de libros indigestos, en torno de las mariposas de su cariño que constituyen la ventura de sus hogares. Pero qué, ¿no se aperciben que, con esa táctica paraguaya, las echan a volar por los desiertos, expuestas al pico voraz de mil aves de pésima ralea? Denlas por el contrario un rumbo salvador en las correrías de la imaginación. Su mejor piloto será un poeta, y la más segura barquilla de un aerostático, un libro de versos selectos. La mujer, nacida en el Paraíso, en medio de fantasías, seducciones y deseos, fraguará a su modo, entre puntada y puntada de su costura, poemas enmarañados e imposibles, que la pro-

duzcan vértigo y caída, si no se los dan hechos de antemano por alguno de esos maestros del corazón, diestros en educarlo y en conducirlo con riendas de seda.

Las cosas más visibles se nos esconden entre las sombras de nuestras distracciones. Desdeñamos la poesía mientras que todo es música y poesía en la naturaleza, puesto que cantan las aves, susurran las ramas y los arroyos y silba el huracán, en las montañas, en la cima de las ondas hinchadas del mar. El libro por excelencia, la fuente perenne de la mejor moral, el que rebosa en espíritu de sabiduría, ya que le dictó el Espíritu Santo; el código de nuestra religión, en una palabra, está escrito en verso con el cálico de los vates. David lo era, y compuso en rima su Salterio para que fuese más digno de Jehová. Job se lamenta en consonantes hebraicos, y los Profetas vieron lo futuro porque estaban dotados con los ojos inspirados de aquellos seres que viven en lo porvenir.



85.

Tucumán.

NICOLÁS AVELLANEDA.

Argentino.

Un país es doblemente hermoso, cuando a los maravillosos aspectos de la naturaleza se han agregado las creaciones del arte. La Grecia no desplegó por completo la fascinación de sus prestigios, que después de veinte siglos encantan aún la memoria, sino cuando el cincel de Fidias animó los blancos mármoles de Paros, y cuando hubo atraído, por el comercio, las industrias y los cultivos de otros pueblos, al mismo tiempo que los pintores imitaban en la pureza de sus líneas la suavidad de sus horizontes y los poetas buscaban la luz fulgente de sus creaciones en el majestuoso esplendor de los cielos.

La naturaleza se embellece y se completa bajo la acción fertilizante de la industria. Lo que vemos, lo que admiramos en los valles y en las montañas, no ha tenido hasta hoy por autores sino los tres artífices primitivos : el aire, el agua y la luz del sol. ¿Cuántos prodigios se producirán, cuando se agregue a ellos el trabajo viril e inteligente, cuando ningún hilo de agua descienda de la montaña para insumirse estéril, cuando el árbol espontáneo y el árbol cultivado, la flor de las praderas y la flor de los jardines, entretejan sus rama-
jes o confundan sus perfumes?

La inteligencia humana habrá entonces pasado como un soplo de vida animando la segunda creación. El

nuevo Tucumán se presentará al viajero transformado y embellecido; y si Dios nos depara la suerte de verlo otra vez, lo saludaremos con el grito de admiración del poeta latino : *¡Oh mater pulchra filia pulchrior! — ¡Oh hija más hermosa que tu madre hermosa!*



BASHKIRTSEFF (M^{lle} Marie) : El mitin.

(Fot. Neurdein.)

86.

América y España.

PEDRO CARBO.
Ecuatoriano.

El descubrimiento del *Nuevo Mundo* por el genio de Cristóbal Colón, y la relación de las maravillosas riquezas y de la inmensa importancia del continente, al que más tarde se dio el nombre de *América*, excitaron en las naciones europeas el deseo de conquista y colonización en los vastos territorios, sucesivamente visitados, ya por el mismo Colón, ya por algunos de sus más inteligentes e intrépidos compañeros de viaje, ya por otros célebres navegantes, que siguiendo sus huellas en el océano Atlántico, que él había atravesado por primera vez, buscaron otras playas en el mismo continente, no conocidas todavía.

La España, que tuvo la gloria de ser la única nación europea que protegiera el gran proyecto de Colón, fué también la primera que acometió la ardua empresa de conquistar y colonizar el nuevo mundo descubierto.

A nombre de los reyes de Castilla y León, Fernando e Isabel, toma posesión Cristóbal Colón de la primera isla que éste descubre y que, llamada por los naturales *Guanahani*, él denomina *San Salvador*, y es una de las Lucayas. En seguida toma posesión de la isla de Haití, que él mismo había descubierto, y a la que dió el nombre de *Española*. Sucesivamente fueron posesionándose los españoles de las islas que hoy se conocen

con los nombres de Cuba y Puerto Rico, y algunas otras que posteriormente pasaron a poder de otras naciones.

Cortés invade y conquista a Méjico; Alvarado a Guatemala; Fernando de Soto y Meléndez la Florida; Ojeda, Nicuesa, Rodrigo Bastidas, Lugo y Heredia los territorios de Calamar, Cartagena, Santa Marta y Veragua; Balboa el istmo de Panamá; Giménez de Quesada el país de Cundinamarca, o reino de los *Muisca*s, y otros de los territorios que hoy son partes componentes de los Estados Unidos de Colombia. Los hermanos Welzer, Alfinger, Fredeman y Spisa conquistan a Venezuela; Francisco Pizarro el Perú; Benalcázar una parte de lo que hoy es la República del Ecuador, y además las provincias de Pasto y Popayán. Por orden de Francisco Pizarro, conquistador del Perú, Valdivia y otros tenientes suyos conquistan a Chile; mientras que Mendoza, enviado desde España, se apodera de la región en que hoy se hallan constituidas la República Argentina y las del Uruguay y del Paraguay.



87.

Descubrimiento del mar del Sur.

WASHINGTON IRVING.
Norteamericano.

Vasco Núñez mandó entonces hacer alto, y todos permanecieron inmóviles. Con el corazón palpitante de placer ascendió él solo a la cumbre : al tocarla se colmaron sus deseos, contemplando estático el objeto de sus afanes. Fué como si un nuevo mundo se desplecase ante sus ojos, separado de cuanto hasta entonces se había conocido por aquella poderosa barrera de montañas. Una vasta confusión de rocas y florestas, de verdes sabanas y poderosos ríos, se extendía a sus plantas, mientras que a mayor distancia resplandecían las aguas del prometido Océano, heridas por los rayos del sol de la mañana.

Ante espectáculo tan sublime cayó Vasco de rodillas y rindió gracias al Criador por ser el primer europeo a quien había permitido llevar a cabo tan gran descubrimiento. Llamando entonces a los que le seguían, « Venid, amigos míos, les dijo, a participar de la encantadora vista por que tanto hemos suspirado : demos gracias al Omnipotente que nos ha dejado lograr el fin de nuestros afanes, concediéndonos el honor y las ventajas de ser los primeros que contemplamos región tan magnífica. Dirijámosle nuestras preces para que nos ayude en la empresa de conquistar ese mar y esas

tierras, que no ha pisado jamás planta cristiana, ni oído nunca las salvadoras doctrinas del Evangelio. En cuanto a vosotros, si me guardáis la fidelidad que hasta aquí, con el favor de Dios os prometo que llegaréis a ser los españoles más ricos que han visitado el territorio de las Indias. Nunca vasallo sirvió a su señor como vosotros serviréis al rey; y os cabrá la eterna gloria y disfrutaréis de los beneficios consiguientes al mérito de haber descubierto, conquistado y convertido a la santa fe católica tan espléndidos países ».



88.

Los treinta y tres.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.
Uruguayo.

Mirad : del *Uruguay* en las espumas,
Del *Uruguay* querido,
Brotó un rayo de luz desconocido
Que, desgarrando el seno de las brumas,
Atraviesa la noche del olvido.
Semeja el fleco ardiente que colora
A la lejana estrella vespertina
Que el sueño de las tardes ilumina.

Es primero un albor... luego una aurora...
Luego un nimbo de luz de la colina...
Luego aviva... y se eleva... y se dilata,
Y, encendiendo el secreto de la niebla,
El fragoroso incendio se desata
Que, en el cercano monte,
Destrenza su abrasada cabellera,
Y salpica de luz el horizonte,
Y en el cielo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros... ya es la hora,
Y, al chocar de los remos sobre el río,
Alzan la barcarola de la aurora,
De ritmo audaz y cadencioso brío,
La eterna barcarola redentora.
Caen de los sauces las dormidas arpas
Por impalpable mano arrebatadas;

La selva entona de la patria historia
Los no aprendidos salmos inmortales;
Al beso de la luz se alza la guerra,
Y brotan de la tierra
Palpitantes recuerdos a raudales.
En luminosa ebullición sonora
Los átomos alados
Nadan en luz en torno de la aurora,
Y despiertan los cantos olvidados
Que en el juncal dormían,
Los que en el bosque errantes se escondían,
Los que en las nieblas mudos se arropaban,
O sin eco en el aire discurrían,
E impulsos sin objetos desmayaban.

Todo palpita, se estremece y siente,
Todo despierta del sopor sombrío...
Es que enciende el ambiente
El descenso de un astro incandescente
Que ocupa su lugar en el vacío.

Y entre la luz, los cantos, los latidos,
Roja, intensa mirada
Que por el campo de la patria hermoso
Paseó la libertad, pisan la frente
Del húmedo arenal *Treinta y tres Hombres*;
Treinta y tres Hombres que mi mente adora,
Encarnación, viviente melodía,
Diana triunfal, leyenda redentora
Del alma heroica de la patria mía.

89.

El viento.

JULIÁN MARTEL.
Argentino.

Una lluvia fina, un desmenuzamiento de agua helada, abundante y tupida como la niebla, se descolgaba de un cielo de alabastro, manchado allá abajo por un gran círculo de luz difusa. Desde la mañana estaba cayendo, cayendo siempre, ora en forma de aguacero torrencial, ora en la de sutil llovizna, muy entretenida al parecer en las múltiples tareas de deslizarse por la tela tirante de los paraguas abiertos, para adornar sus bordes recortados con flecos de cristal, y en fabricar su pasta color chocolate, a un tiempo mismo resbaladiza y pegajosa, esparciéndola por calles y aceras con una persistencia que dejaba adivinar sus deseos de no permanecer ociosa en medio del trabajo general. Complacíase también en hacer apurar el paso a los desprevenidos y en empañar el lustre de los coches y la nítida transparencia de los escaparates, envolviéndolo todo en un velo gris, cuya densidad aumentaba con la distancia.

Soplando del sudeste, el viento hacía de las suyas. Cortante y burlón, se paseaba por las calles en actitud carnavalesca, arrojando a la cara de los transeuntes esas puñadas de lluvia que producen en la piel el efecto de crueles alfilerazos, y silbando aires, aires extraños con toda la displicencia de un vago elegante que distrae su fastidio tarareando algún trozo de su ópera favorita. Pero a lo mejor y sin motivo justificado, por-

que sí no más, encolerizábase de repente, y brusco y zumbante metíase en los zaguanes, sin llamar, como dueño de casa, invadía los patios y se colaba de rondón por la primera puerta franca que hallaba al paso, cerrándola tras de sí con la furia de un marido bilioso que viene de afuera dispuesto a vengar los contratiempos del día en las costillas de su consorte.

Irritado, sin duda, por el mal recibimiento que se le hacía, escurriase por cualquier rendija, se escapaba nuevamente a la calle, y una vez allí, para desvanecer su mal humor, encaramábase a los tendidos hilos del teléfono, y pasaba por ellos su arco invisible, haciéndolos gemir como las cuerdas de un violín gigantesco.

Terminada la fantástica sonata, echábase a correr por las desiertas azoteas, arrancando una nota de cada claraboya, una escala de cada chimenea.

Si encontraba al paso la bandera roja o azul de un remate, se detenía un punto, como para tomar impulso, y luego la arremetía furioso, la estrujaba, la sacudía, la tironeaba, como queriendo arrancarla del asta a que estaba sujeta, irritado quizás, él, músico desinteresado, artista vagabundo, contra la prosaica operación simbolizada por aquel trapo flotante.

Al rato parecía calmarse, como si, cansado de hacer travesuras, quisiera darse un instante de reposo.

Pero pronto volvía a las andadas, más inquieto, más loco, más bullicioso que nunca.

.....

En la plaza de Mayo desembocaba iracundo, rabioso, hecho un salvaje. Desfilaba por delante del Congreso,

rozándolo apenas, sin buscar camorra a un enemigo que parecía huir, en una línea oblicua, como avergonzado por la humildad de su aspecto o por la perfidia de sus propias intenciones.

Dábanle, además, sus tres puertas enrejadas, cierta apariencia de tumba vieja, y hubiera podido jurarse que el viento murmuraba al pasar : « ¡Pobre libertad!... »

¡Qué viento aquel tan caprichoso! ¡Cómo se metamorfoseaba! ¿Pues no hacía el papel de protegido del Gobierno, de elemento electoral, abalanzándose sobre la Aduana — sobre aquella Aduana maciza, chata, cuadrada, de grosera arquitectura — y trepando por las escalerillas pintadas de verde, no zamarreaba las persianas, haciéndolas sonar como matracas en sus quicios inconvencionales, cual si quisiera llevárselo todo en un acceso de rapacidad delirante?

Y de súbito ¡qué reacción! Convertido de golpe en opositor intransigente, con qué empuje arremetía contra el palacio de Gobierno ante el cual un piquete de batallón se preparaba a saludar con el toque de orden la salida del presidente, viéndose brillar a la distancia la franja blanca de las polainas de los soldados. Después de largo paseo por pasillos y corredores, por antesalas y gabinetes, paseo en que parecía ir prelu-diando entusiastas discursos políticos, tenían que ver los bríos con que salía envuelto en lluvia, para lanzarse sobre la mole obscura y elegante de la Bolsa de Comercio, ¡como si, con las lágrimas que le hiciera derramar su pesquisa por los antros administrativos, intentase barrer y limpiar de una sola vez toda la escoria financiera!..

¡Cuánto aparato! ¡Cuánto resoplido! Pero ¡ah! era el viento... Allá salía otra vez a la ancha plaza, haciendo trepidar los vidrios de los faroles y los cristales de las frágiles garitas. Agarraba las palmeras, las doblaba, las hacía crujir y quejarse en el lenguaje trémulo de sus hojas. Luego, jadeante y desesperado, volvía a transformarse en político sin conciencia, y abofeteaba la pirámide gloriosa, haciendo, de paso, vacilar en su pedestal a la estatua ecuestre...

Emprendíala en seguida con el Cabildo, el cual, triste por la pérdida de su más bello ornamento, la torre, se levantaba junto al ancho boquete de la Avenida, semejante a la enorme osamenta de un mame-luco antediluviano. Allí entraba el señor Sudeste, se paseaba, vociferando, por las salas abandonadas, y a poco se le sentía salir rugiendo como esos litigantes que, por no tener *cuñas*, ven premiada su falta de culpabilidad con una sentencia condenatoria...

De pronto los rugidos cesaban, se amortiguaban, degeneraban en femenino lamento plañidero; y era al pie de las columnas de la catedral donde iba a desvanecerse bañado en lluvia, alzando antes una especie de ruego fervoroso en que parecía pedir un poco de compasión para la patria saqueada y escarnecida bajo el manto de oropel que la especulación y los abusos administrativos habían echado sobre sus espaldas, manto que tarde o temprano debía caer para siempre, arrancando, como la túnica de la leyenda, pedazos de su propia carne a los mismos que con él se cubrieron.

90.

La vida humana.

RAFAEL MONTORO.

Cubano.

La vida humana es o debiera ser la perpetua ascensión por una como escala de Jacob, en la cual, peldaño a peldaño, fuéramos acercándonos incesantemente al esplendoroso ideal que constituye el fin de la historia y como el objeto a que tiende en su constante progreso la civilización. A medida que se desenvuelven nuestras más nobles facultades, vamos experimentando nuevas y superiores necesidades que hemos de satisfacer a toda costa, so pena de crueles e incomparables infortunios. Los placeres de los sentidos, tras de los cuales corre afanosa y desalada la juventud, muéstrannos muy pronto su vanidad y miseria; porque la copa de la vida, cuando se levanta en el festín desordenado de las pasiones, no guarda el divino licor de la inmortalidad que buscaba ansiosamente Fausto en su desesperada lucha con la insuficiencia y pequeñez de nuestros medios de investigación, sino un filtro emponzoñado que enerva y enloquece. Las ilusiones que ciframos en la riqueza o en la industria, en la acción o en la política, muéstranle también al hombre, muy en breve por cierto, su irremediable vanidad. Es que siempre hay un más allá, un límite, un obstáculo infranqueable; y cuando por acaso no lo encontramos, cuando logramos realizar más o menos imperfectamente nuestro

deseo, nuestra aspiración, nuestro ensueño, si nos preguntamos entonces qué es lo que hemos alcanzado, y cuál es el valor real de nuestro tiempo, un espantoso vacío aparece allá en lo íntimo de nuestro ser y comprendemos que, sea cual fuere el valor que tales esfuerzos tengan en el orden práctico de la vida, es indudable que no constituyen el fin de nuestra actividad, es evidente que no bastan a colmar el destino del hombre, ser racional y libre, que sólo puede satisfacerse realizando el bien, la verdad y la belleza para reforma de sus costumbres, enaltecimiento de su inteligencia, hermosura, pureza y dignidad de su vida toda.



91.

D. Jerónimo Luis de Cabrera.

ULADISLAO CASTELLANO.

Argentino.

Aunque Felipe II, informado de los sucesos del gobierno de Aguirre, había expedido nombramiento de Gobernador del Tucumán a la persona de D. Gonzalo Abreu Figueroa, en 29 de noviembre de 1570, tal despacho era enteramente ignorado del virrey del Perú, D. Francisco de Toledo, quien, justamente interesado en poner término a los interinatos de este gobierno, nombró para él en propiedad a D. Jerónimo Luis de Cabrera, en 20 de septiembre de 1571.

Era este sujeto natural de Sevilla, de antigua e ilustre prosapia. Desde 1538 había militado en la armada del Rey en estas Indias, al lado de su hermano el comendador D. Pedro Luis de Cabrera, y habíase distinguido en la pacificación del Perú y en la conquista de los valles de Ica, Pisco y la Nasca, fundando en el primero la ciudad de San Jerónimo de Valverde, que gobernó tres años, pasando después, por nombramiento del virrey, conde de Nieva, a ser Corregidor y Justicia Mayor de la Provincia de Charcas y Villa Imperial del Potosí. Tenía, pues, el nuevo gobernador del Tucumán una brillante hoja de servicios, conquistada en más de veinte años, con su genio marcial, su valor heroico, su exquisita prudencia, su generoso despren-

dimiento y la agradable franqueza de su trato; y era justo esperar que su gobierno levantaría al país de la postración en que se encontraba. Así se explica que no pocos de los que habían militado con él en el Perú quisiesen ser sus compañeros en la expedición al Tucumán.

Dirigióse a su destino en compañía de su noble consorte doña Luisa Martel de los Ríos, natural de Córdoba, Andalucía (de no menos ilustre abolengo), y de sus hijos Pedro Luis de Cabrera y Gonzalo Martel de Cabrera, llevando consigo un respetable número de caballeros avezados a las fatigas de la guerra, entre los que merecen especial mención : D. Lorenzo Suárez de Figueroa, que fué teniente y más tarde gobernador de Santa Cruz de la Sierra; el capitán Tristán de Tejeda, que llegó a adquirir una celebridad histórica, y es tronco de la nobilísima familia fundadora de los monasterios de Santa Catalina y Santa Teresa; Jerónimo Bustamante y Damián Osorio, que desempeñaron por muchos años cargos importantes.

Cabrera tomó posesión del gobierno en Santiago del Estero a 17 de julio de 1572, haciéndole la entrega Rodrigo de Esquivel, teniente de esta Gobernación por ausencia de Nicolás Carrizo. Desde luego se consagró con ahinco a las tareas administrativas y a la pacificación de la provincia, sofocando los alzamientos de los Holcos y de los Silípicas por medio del capitán García Sánchez, y batiendo en persona a los de Calingasta, cuando, habiéndoles enviado proposiciones de paz, dieron cruel muerte a los mensajeros.

Pero el sueño dorado de Cabrera era la conquista del país de los Comechingones y la fundación de una ciudad que, sirviendo de centro a esta vasta jurisdicción, facilitara la comunicación del Tucumán con el Río de la Plata y por consiguiente con Europa por la vía del Atlántico. Pensamiento de inmensa transcendencia, que ya había ocurrido a Aguirre, pero cuya realización estaba reservada a nuestro ínclito Cabrera.



92.

La Atlántida.

ALBERTO DEL SOLAR.
Chileno.

La *Atlántida*, la famosa Atlántida, que figura con el nombre de Antilla en el *Imago Mundi* de Honorio de Autun, da lugar a fantásticas y maravillosas leyendas, a poemas sin cuento.

Los antiguos poseían, como lo sabéis, tradiciones flotantes relativas a un vasto continente en el Extremo Oeste, designado con los nombres diversos de *Meropis*, *Ogygia*, *Atlantis*, *Islas de la Fortuna* o *Jardín de las Hespérides*. Otros pretendieron que una isla inmensa había sido tragada por el mar. « Quienes hayan leído la historia de las Canarias — dice Wáshington Irving — deben recordar los prodigios que se narraban sobre una enigmática isla distante que solía divisarse desde las playas, dibujando sus contornos en el horizonte claro y lejano del Oeste. » Organizábanse expediciones con el propósito de explorarla. ¿Qué sucedía entonces? Durante algunas horas veíanse crecer sus picos dorados por el sol y sus promontorios sombríos, como si la distancia que de ellos separaba a los navegantes se acortase; pero, así que éstos se aproximaban del todo, picos, promontorios y blanquecinas riberas desaparecían gradualmente, de modo que la mirada de los expedicionarios sólo divisaba poco después un dilatado horizonte de cielo azul y agua.

93.

Me voy.

JULIO ARBOLEDA.
Colombiano.

Me voy de las playas alegres, süaves,
do el Rímac, corriendo, tranquilo murmulla,
do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,
do nunca ha apagado sus rayos el sol;
do anuncian la aurora con trino las aves
y en cantos acordes al alba saludan,
do nunca los hielos al árbol desnudan,
do nunca del cielo faltó el arrebol.

Me voy de las playas que el aura acaricia,
besando las flores que crecen en ellas;
do el céfiro borra las tímidas huellas
que deja en la arena la esbelta mujer.
Se quedan los campos do amor y delicia
respiran los aires y el labio respira;
do en plácidos sueños el joven suspira
mecido en los brazos del blando placer.

Se queda la tierra que Marte aborrece
y evita los ecos de trompas marciales;
do el bárbaro ruido de roncós metales
no arranca, tronando, sus gritos de horror.
Me voy de las playas do blando se mece
el cándido lirio al soplo del viento.
¡Adios, gaya Lima! do no hay un acento
que no nos inspire deleite y amor.

94.

El mejor fiador.

IGNACIO GUTIÉRREZ PONCE.
Colombiano.

En el momento en que el visitante fué introducido, don Pantaleón cerró el libro que estaba leyendo y se levantó a recibir al recién llegado. Pocos minutos después se entabló el siguiente diálogo :

— Malas nuevas, señor don Pantaleón; no ha sido posible conseguir el fiador, y comprendo que Vd. no puede hacer por mí más de lo que me ofreció anoche. Yo he venido a casa de Vd. sin más derecho que el de su reconocida bondad; he venido a pintarle mi dolorosa situación : mi honra comprometida, mi esposa enferma, mis hijos desnudos, y al lado de este cuadro, la suerte que por primera vez me sonríe, pudiendo mejorar toda mi vida... pero, para eso, necesito ese capitalito en la calidad de préstamo.

— Y yo se lo he ofrecido por el tiempo que Vd. me diga que lo necesita; y se lo doy sin interés ninguno; pero en cambio le he pedido un fiador, el que Vd. pueda conseguir.

— Pues bien, señor don Pantaleón, cansado de buscar la firma de un amigo que poder ofrecerle, sin haber logrado que ninguno de los que me conocen me fie, porque ante la miseria muchos olvidan la honradez de los años anteriores, no me ha ocurrido sino presentarle a uno que me conoce, que sabe lo que soy,

pero que no sé si éste tenga las condiciones que Vd. desea.

— ¡Oh! yo no exijo mucho — contestó el señor Gutiérrez; — quiero prestarle a Vd. un servicio, pero deseo que haya responsables dos personas en vez de una; más claro, quiero no tanto un fiador como un testigo, pero traído por Vd.

— Aquí tiene Vd. el único que puedo presentarle — dijo el solicitante con voz medio ahogada por las lágrimas, y al decirlo sacó de debajo de la capa un Cristo de madera, y dándolo al señor Gutiérrez agregó : — como testigo es el mejor que puedo presentar, como fiador es el único que puede responder por mí, porque es el único que ve mi corazón, no mi miseria.

— ¡Oh! es mucho más de lo que yo pedía — dijo don Pantaleón enternecido.

Un momento después le entregó en oro la suma que solicitaba y quiso devolverle el Cristo.

— No; guarde Vd. el fiador : yo lo rescataré cumplidamente, lo mismo que él me permite hoy rescatar mi honra y el pan de mis hijos.

Algunos meses más tarde el mismo individuo volvía a casa del señor Gutiérrez, no cabizbajo y meditabundo como la primera vez, sino con aire contento, dejando adivinar en su fisonomía la dicha que rebosaba en su corazón. Al verlo, don Pantaleón quedó pagado con usura de su buena obra, porque él encontraba en el bien que hacía la recompensa de haberlo hecho.

Después de manifestarle todo el agradecimiento que positivamente sentía, devolvió la suma que había reci-

bido en préstamo, aumentada no con intereses, sino con todas las bendiciones de una familia honorable salvada a tiempo. Inmediatamente el señor Gutiérrez descolgó el Cristo del lugar donde lo había colgado desde la noche en que lo recibió como fiador, y devolviéndolo al dueño le dijo :

— Estamos en paz : con fiadores como los que Vd. tiene, raro será que la suerte no le sea propicia, y que él no lo redima a Vd. en cualquiera aflicción tan puntualmente como Vd. lo rescata hoy.

— Así lo espero, señor don Pantaleón; mi suerte ha variado ya : una obra de caridad como la que Vd. hizo ha sido para mí la salvación; pero complete Vd. su servicio y mi alegría no devolviéndome el único fiador que tuve el día de la desgracia : consérvelo Vd. como el recuerdo de la gratitud de una familia y como un talismán para sus hijos.

Los nietos de don Pantaleón conservan con veneración el Cristo que entró a su casa como fiador aceptado por su patriarca, y que la desgracia consolada dejó en ella como recuerdo y como talismán.



95.

Fundaciones españolas.

VICENTE G. QUESADA.
Argentino.

Don Juan Núñez de Prado fué enviado por el presidente La Gasca, del Perú, a la conquista del Tucumán, donde antes había llegado Rojas. Prado, después de algunos encuentros con los indios, llegó al valle de Calchaquí y abrió los cimientos de una ciudad, que trasladó después sobre el río Escaba, a cuatro leguas del lugar donde luego se fundó la primera ciudad de San Miguel. La ciudad fundada por Prado se llamó *Barco de Ávila*, pero duró poco. Prado conquistó la sierra y valle de Catamarca, las comarcas que bañan los ríos Salado y Dulce, los Lules y los indios, que se agregaron después a Santiago. Don Francisco de Aguirre, Comisario de Chile, mudó algún tiempo después la ciudad, trasladándola sobre el Río Dulce y llamándola Santiago del Estero.

La ciudad de San Miguel de Tucumán fué fundada en 1564 por don Diego Villarroel, a inmediación del cerro de Aconquija, a venticinco leguas de Esteco. En este lugar, a causa de las malas aguas, los habitantes sufrían con mucha frecuencia una enfermedad a la garganta conocida vulgarmente con el nombre de *coto*, y además estaban expuestos a inundaciones. Siendo gobernador de Tucumán don Fernando de Mendoza Mate de Luna, resolvió fuese trasladada doce leguas de su primer sitio, en el pintoresco paraje en que hoy se encuentra.



C. MEUNIER : La Industria.

(Fot. Bulloz.)

96.

Visión profética.

FLORENTINO AMEGHINO.
Argentino.



Van para veinte años, cuando entonces se iniciaban en nuestro suelo los grandes descubrimientos paleontológicos, en un estudio sobre las vías probables de la evolución y diversificación de los mamíferos, tuve una visión profética. Refiriéndome entonces a los primates más antiguos y más primitivos, decía :

Dr. F. Ameghino. « Encontraron ellos su mayor seguridad entre las selvas, subiéndose a los árboles y recorriendo grandes distancias pasando de rama en rama, ejercicio que les exigía el empleo tanto de los miembros anteriores como de los posteriores, hasta que se convirtieron en arborícolas perfectos; los cuatro miembros que antes servían a la locomoción terrestre se encontraron transformados en cuatro manos, esto es, en cuatro órganos de prehensión, destinados a la locomoción arbórea, por lo cual fueron designados con el nombre de cuadrumanos : son los monos.

« Pero otros planungulados, por causas que no es ahora del caso averiguar, viéronse confinados en comarcas llanas y desprovistas de árboles, como nuestras

pampas; carecían allí de puntos de refugio y tenían que confiarlo todo a la vista y a la astucia. En la llanura, una de las condiciones esenciales para la seguridad individual, es poder divisar al enemigo desde lejos. Para observar a mayor distancia, necesitaban apoyarse sobre sus miembros posteriores, que eran plantígrados, irguiéndose sobre ellos lo posible para luego tender la vista y escudriñar el horizonte. En este ejercicio, los miembros posteriores adaptábanse de más en más a la sustentación y a la marcha, y los anteriores a la prehensión, transformándose, con la sucesión del tiempo, la posición horizontal en vertical. La vista, dirigida horizontalmente hacia adelante, dominaba el espacio máximo que le permitía abarcar su mayor elevación. A su vez, el cráneo, en lugar de estar más o menos suspendido como se encuentra en la posición horizontal, descansando desde entonces sobre una base vertical, permitióle un mayor ahorro de fuerza, acompañado de un mayor desarrollo cerebral, y un aumento en la intensidad intelectual o pensante en detrimento del instinto bruto heredado de sus antepasados. Ése fue el antecesor del hombre.

« Convertidos los miembros posteriores en órganos exclusivos de locomoción y los anteriores en órganos de prehensión, al precursor del hombre ya no le fué posible recoger en el suelo el alimento con la boca; tuvo que alzarlo llevándolo a ella por medio de las manos, ejercicio que desarrolló en él la facultad de observación, enseñándole que poseía instrumentos admirables que obedecían a su voluntad. Empuñó un día,

por acaso, una rama, y al moverla comprendió que poseía un arma ofensiva y defensiva. Otro día arrojó a cierta distancia un objeto que tenía entre las manos — una piedra — y descubrió el arma ofensiva por excelencia, el proyectil arrojadizo de nuestra época, el arma más mortífera. Maquinalmente golpeó otra vez un guijarro contra otro, partiéndolo en fragmentos angulosos y cortantes, acaso lastimándose esas manos en evolución, aprendiendo en carne propia que esas lajas de piedra eran más duras y cortantes que los dientes. Quedaba descubierto el cuchillo, aunque fuera de piedra, el primer instrumento, el más primitivo y el más útil.

« Esas toscas lajas de pedernal, llamadas cuchillos de piedra, fueron para nuestro precursor infinitamente más preciosas que lo son para nosotros los instrumentos de metal más perfectos y complicados. Mellado el filo de esos primeros y toscos instrumentos a causa del desgaste producido por el uso, quiso luego reemplazarlos repitiendo intencionalmente la misma operación con el propósito de obtener objetos parecidos. Escogió dos piedras que le parecieron adecuadas, golpeólas fuertemente la una contra la otra, entreabrióse una de ellas y salió un cuchillo... pero también del choque saltó de la otra una chispa iluminándole el semblante. ¡Había descubierto el fuego, y con esa chispa inextinguible prolongada a través de las edades y transformada en resplandeciente antorcha, alumbró a la humanidad en su camino con rayos luminosos de más en más intensos! »

97.

El arte.

CALIXTO OYUELA.

Argentino.

El arte debe ser eminentemente nacional. El cosmopolitismo, si en política es una utopía, es en el arte un absurdo. Quede lo absolutamente universal para las ideas puras. El secreto del arte, lo he dicho y lo repito, está en lo concreto y determinado, y por tanto reclama imperiosamente contornos y fronteras. Es ésa su naturaleza, y el que de ahí lo arranca, lo falsea.

No quiere esto decir que el arte deba encerrarse en sí mismo, negándose a recibir elementos extraños. Esto sólo podría aceptarse respecto de un pueblo o de una civilización que nada de común tuviera con las demás civilizaciones o pueblos; pero no respecto a los que tienen un mismo origen, forman parte de una misma familia, y sólo constituyen variedades de una misma raza, determinadas por la región que ocupan, por las instituciones que los rigen, por las modificaciones del carácter y otras causas análogas. Aun los elementos de razas distintas, pero que con la propia guardan alguna relación o vínculo, deben ser admitidos sin dificultad ninguna. En nuestra época, la nación que tiende a aislarse de las demás por un mal entendido espíritu nacional se debilita y pierde sin remedio. Por lo contrario, la libre y plena admisión de las ideas, de la labor intelectual y moral de las demás naciones, temple y vigoriza en gran manera la savia nacional. El arte nacional debe, pues, ser amplio y generoso con

los elementos extraños, tratando de comprender en sí, principalmente, los que son tradicionales y propios de la raza a que pertenece; pero a condición de que se los asimile y ponga en ellos el sello propio y genuino del pueblo en que se desarrolla. Si asimismo no se ve en él una fisonomía exclusiva y marcadísima, no debe esto atribuirse a falta de carácter nacional, sino a que la índole, las costumbres, la sociabilidad a que responde no se diferencian mucho de las otras naciones. Así, por más nacional que el arte sea en Portugal, es imposible que se distinga fundamentalmente del arte español; por nacional que sea el arte en los Estados Unidos, se asemejará siempre mucho al arte inglés. En tales casos, el exagerado empeño o prurito de poseer un arte esencialmente distinto del de los pueblos con los que se tiene íntima relación y parentesco, sólo produciría un arte ficticio y amanerado, que no sería nacional, sino falso. Las condiciones y tendencias de la civilización actual no consienten que el arte contemporáneo tenga un carácter tan estricta y profundamente nacional como en otras épocas. La comunicación material de unos pueblos con otros, cada vez más fácil y continua, que ha traído como inevitable resultado su mutua influencia; y los abismos que dividen el más transcendental pensar de los hombres, aun dentro de un mismo pueblo y familia, son causas que hacen del todo imposible la aparición actual de esos poetas cuasi impersonales, que transformaban en belleza suprema los ecos concordes y armoniosos de la conciencia nacional.

98.

Juan Oldr.

LUIS GUIMARAES Junior.
Brasileño.

Juan Oldr era alto, flaco, de ojos rasgados, profundos, húmedos como las suturas de una pipa, y de cabellos rubios como una tela de cebolla.

Caminaba siempre moviéndose de babor a estribor, y de popa a proa, a guisa de falúa en mar picado.

Vestía constantemente un enorme paletó de color almendra; usaba muchos anillos en los dedos y calzaba unos zapatos con apariencia de puentes colgantes.

Fué rico hasta cierta edad; pero al fin el patrimonio se le escurrió por la garganta como las aguas mitológicas por el tonel sin fondo de las hijas de Danao.

No hubiera podido decirse de él que había devorado su fortuna, sino que la había bebido, pero bebido hasta el último *cinquiño*.

¡Pobre hombre! Cuando pasaba por frente de las poquísimas casas de Petrópolis, ciudad de su residencia, exclamaban tristemente al verle las personas de la localidad :

« Allá va Juan Oldr con viento a proa. ¡Desgraciado! ¡Es lástima grande que se esté consumiendo así! »



99.

La literatura en la República Argentina.

EL HIMNO NACIONAL.

ERNESTINA LÓPEZ.
Argentina.

La Revolución de Mayo, producida al comenzar el siglo XIX, cuando la colonia se abría a un período de actividad mental, hasta entonces desconocida, vino a imprimir un nuevo carácter a la naciente literatura argentina, carácter que deriva de los elementos que la lucha pone en juego, y que en nada difiere del que distingue a las producciones similares del resto del Continente.

En efecto, el ardor de la lucha arrancó los espíritus a la meditación y al estudio, para emplearlos en el servicio de la guerra; las escuelas superiores fueron casi completamente abandonadas por la juventud que se refugió en los campamentos, y las tareas pacíficas del gabinete se cambiaron por las arduas del campo de batalla.

De todas las poesías patrióticas con que se inicia nuestra literatura independiente, *La Canción Nacional*, de López y Planes, es sin duda la más importante, no sólo por la alta significación que tiene como Himno de un pueblo libre, sino por la inspiración que la anima y el sentimiento con que vibra.

El nombre de López, venerado por muchos concep-

tos, se inmortalizaría entre las generaciones argentinas, aun cuando no tuviera otro mérito que el de estar unido a las estrofas de esa canción que, desde 1813, acompaña nuestros tiempos e inspira arrebatos de civismo a millares de héroes desconocidos.

Al hacer un análisis paciente de la composición, se encuentra en ella algunos defectos de prosodia y métrica, pero tal observación me parece nimia y hasta irreverente, cuando se trata de una obra que, como la que nos ocupa, no vale, como expresión del arte, tanto como vale como expresión del sentimiento, incorrecto si se quiere, pero espontáneo y verdadero.

Nuestro himno nació, como la *Marsellesa*, de la inspiración de un hombre que, en un momento feliz, consiguió interpretar fielmente los anhelos y orgullo de una nación exaltada por la victoria.

Se ha dicho que algunas de sus estrofas son ofensivas para España, pero tal juicio proviene de no haber tenido en cuenta que el espíritu que las anima es el mismo que dió impulso a la lucha. El apasionamiento y el odio son sentimientos indispensables a toda guerra por la independencia; hasta podría decirse que, bien entendidos, son sentimientos nobles, pues ellos suponen un amor patrio incondicional y una decisión incontrastable de consagrarse a su servicio; ningún pueblo ha conseguido su libertad sino mediante el fanatismo político, no el que enceguece y perturba, sino el que hace los héroes y los mártires.

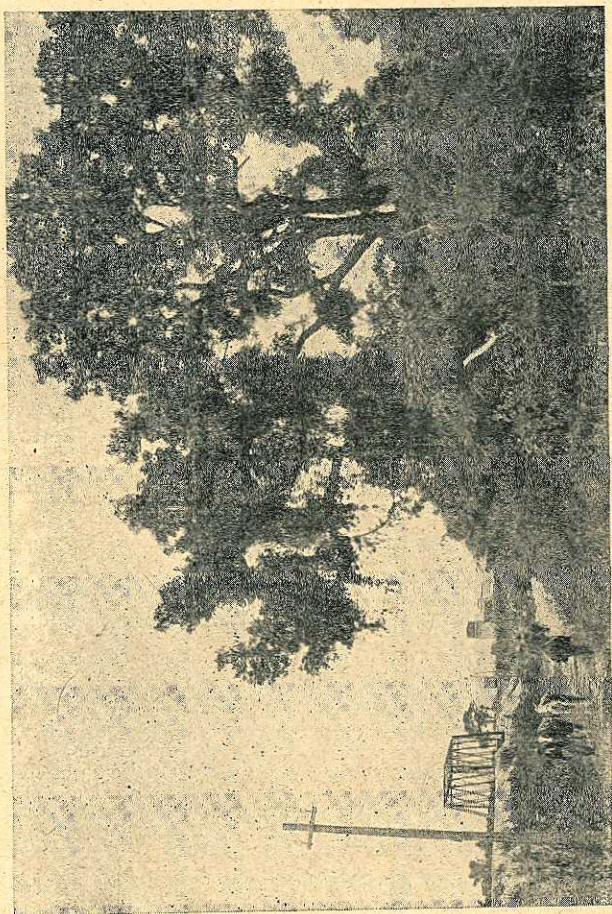
El *Himno Nacional Argentino* es una reliquia histórica de nuestro pueblo, como lo son la Pirámide de

Mayo y las banderas tomadas al enemigo; no debe pues verse en él la expresión de los sentimientos actuales, sino la de los de otro tiempo, sentimientos que serán todo lo violentos y apasionados que se quiera, pero que labraron nuestra independencia; hoy que la lucha ha concluído, que la libertad ha sido conseguida, los mismos que guerrearon, no contra España, sino contra su régimen colonial, han reconocido con orgullo los vínculos de sangre que a ella los unen; las estrofas del Himno que recuerdan aquellas horas de sangre no debieran ofenderla más que los hechos que cantan, pues en nada aumentan su crudeza, ni comprometen en nada las actuales relaciones de dos naciones amigas.

El valor del *Himno Nacional* es más bien histórico que artístico; más que como obra literaria, vale como condensación de ideales y de afectos.

Por eso, aun cuando la forma sea a veces incorrecta y descuidada, circula por los versos un hálito de inspiración y de vida que les comunica indecible encanto. No hay que olvidar, sin embargo, que la literatura no había alcanzado aún entre nosotros suficiente desenvolvimiento por ese tiempo; reconocido lo cual, la canción de López aparece revestida de mayores méritos como obra poética.

Para concluir, diré que el *Himno Nacional Argentino* abre gloriosamente una era brillante a la poesía de la República, considerada como nación independiente.



Paisaje Argentino.

100.

La última orden.

GÜEMES Y VIDT

JOSÉ J. BIEDMA.
Argentino.

Padre e hijo (1) paseaban por la calle de Santa Fe y al llegar a la de Vidt el niño, señalando con tierna manecita la enlozada tablilla que este nombre contiene, preguntaba su significación.

Días antes, regresando de una excursión a *San José de Flores*, había oído a su padre dar una enérgica lección a varios jóvenes elegantes que, haciendo gala de ignorancia ante los compañeros de viaje que llenaban el *coche-salón*, criticaban la estulticia del intendente municipal, que bautizara las calles de aquel hermoso barrio de Buenos Aires con nombres *tan estúpidos como Yerbal y otros...*

*
* *

— Recuerda, hijo mío, a un heroico soldado de nuestra independencia, heredero de la gloriosa fama de Güemes, de cuyos labios, trémulos por la agonía, recibió la última y más hermosas de las órdenes...

— ¿Quieres contarme, papá?...

— Sí, hijo mío, y con gran placer; estos relatos son

(1) Nicasio L. Biedma.

de inapreciable provecho, porque concurren a educar el corazón y el carácter de los jóvenes del presente, que son los ciudadanos del futuro. Te describiré aquella conmovedora escena, anhelando que su conocimiento sirva a infundir en tu corazón, ya preparado por nobilísimas inclinaciones, los alientos que animaron a tus antecesores, creyendo que algún día te sientas capaz de dar o recibir órdenes como aquella, y caer en su cumplimiento con la austera satisfacción de haber llenado la exigencia del primer deber de los deberes...



— Corrían los días del año 1821. Envuelta en la obscuridad y en el silencio de la noche, reclinada muellemente en mitad del hermoso valle, duerme, al parecer tranquila, la ciudad de Hernando de Lerma, la invicta Salta...

Empero, no reina la paz en aquel hermoso pedazo de patria argentina. El demonio de la guerra se debate furioso en su seno; la lucha por la independencia nacional y la lucha civil, entre hermanos, sacrifican a Salta, agotando sus fuerzas, derramando la sangre de sus hijos...

Las tinieblas envuelven las calles solitarias de la ciudad; un cierzo helado, como los ventisqueros andinos, las recorre; una atmósfera de tristeza, un aliento sepulcral las llena...

Un rumor lejano, perceptible apenas, comienza a

turbar aquel silencio de sepulcro. Lo producen las pisadas cautelosas de numerosos hombres armados que se deslizan como sombras por una de sus calles en dirección a la plaza principal; marchan con tanta precaución, que denuncian el deseo de no ser sentidos, de ocultar su presencia allí : más que soldados, asemeja una columna de fantasmas.

Uno que parece comandarles da órdenes en voz baja, y de aquella masa misteriosa de gente muda se desprenden pequeños trozos que van a ocupar las avenidas de la plaza y cortas partidas que salen a recorrerlas.

Aquellos soldados son españoles : los manda un brioso jefe realista, el coronel Valdés, que se ha apoderado sigilosamente de la plaza de Salta, merced a un movimiento atrevidísimo.

Valdés pertenece al ejército de Olañeta y ha recibido orden de atacar a Güemes, engolfado a la sazón en una vergonzosa lucha entre hermanos, en el centro mismo de su poder. En tanto, Olañeta se dirigiría a Jujuy por la quebrada de Numahuaca, donde esperaría el resultado de la operación.

Valdés llenó cumplidamente los deseos de su general; guiado por indios prácticos en el terreno y acompañado por algunos adversarios políticos de Güemes, emigrados salteños que habían hallado refugio en el ejército español, llegaba a Salta por caminos intransitables, pero cuyos obstáculos allanara su férrea voluntad.

A poca distancia de esa plaza se levantaba un edificio de no modesta apariencia y antigua construcción;

era la casa solariega de Güemes, y residencia habitual de doña Magdalena, la hermosísima hermana del famoso caudillo salteño.

En los instantes a que me refiero, últimas horas de la noche del 7 de junio de aquel año, es tal vez la única de la ciudad en que se desprenden manifestaciones de vida.

Ante el ancho portal, de amplia y cómoda entrada, y a lo largo de la calzada de piedra que abarca el frente de la mansión, piafan impacientes cincuenta caballos que mantienen de la brida otros tantos soldados que difieren muchísimo en su aspecto de los españoles que dejé atrincherándose a poca distancia: son aquellos gauchos indomables que aparecieron en la escena militar argentina en 1812 sableando españoles a orillas del río de las Piedras; son aquellos hombres extraordinarios de que nos habla García Camba en sus Memorias; son aquellos bandidos, diestros, atrevidos, incansables a que se refiere el despechado Torrente en las páginas que escribió de orden de Fernando VII, falseando cuanto pudo la historia de la revolución americana que servían de escolta a Güemes, el nervio inquebrantable de la resistencia a la reconquista española.

Ellos velan en el exterior por la seguridad de su jefe, de su caudillo. En una de las piezas interiores se pasea éste, meditando nuevos planes de resistencia y dictando órdenes a los ayudantes que le rodean y escuchan con religiosa atención.

Uno de ellos sale a cumplir la que le es transmitida. Se dirige a la plaza. El casco de su caballo resuena

en el silencio de la noche al chocar con el duro pavimento, y avisa a los españoles su aproximación.

— ¡Alto ahí!... ¿Quién vive? — le gritan con enérgico, imperativo acento.

— ¡La Patria! — contesta el oficial con voz entera, llena, que llega a los que le interrogan como una provocación insolente, cuando sólo es una afirmación sublime; porque la patria vive eternamente en el corazón y en el cerebro de aquellos briosos luchadores.

Los soldados españoles contestan con el fuego de sus fusiles a la arrogante respuesta del oficial que Güemes mandara, ignorando su proximidad.

Al oír los disparos, Güemes se irguió como impulsado por una corriente eléctrica. ¿Qué podía significar aquello? ¿Eran los españoles? Por la mañana sus fieles gauchos le habían avisado que en la sierra de los Yacones se notaba algún movimiento y hasta les parecía haber distinguido reflejos de bayonetas; pero él no lo creyó. Aquello era imposible : la sierra era impracticable y los españoles debían sentirse escarmentados... ¿Habrían reaccionado sus adversarios políticos, que acababa de batir el 31 de mayo?...

Su caballo estaba ahí, en el patio señorial, a la mano; lujosamente enjaezado, piafaba impaciente, lanzando al ambiente helado los vapores calientes de su vigorosa respiración... Güemes se dirige a él, salta con admirable agilidad a su lomo y se lanza a la calle; sigue las huellas de su ayudante recibe el mismo ¿quién vive?, contesta con su voz apagada y difícil : ¡La

Patria!, y es abrasado a quemarropa por una nueva descarga de fusilería.

El caudillo salteño vuelve rápidamente sobre sus pasos y huye... Para evitar las balas se tiende sobre el lomo de su generoso corcel y clava en sus flancos la espuela nazarena de enorme y aguda rodaja. En su trayecto encuentra otra partida enemiga que le asesta otra descarga por la espalda. Güemes vacila; un ronco rugido se escapa de su pecho; una sensación dolorosa le domina por un instante; pero el instinto de conservación se sobrepone, impera, y el caudillo dirige su caballo a las afueras de la ciudad donde acampan sus fieles gauchos.

Una bala de la última descarga ha entrado profundamente en sus carnes : Diez días después concluirá con los alientos del que fué gigante batiéndose con los enemigos de la patria y fué pigmeo peleando con sus hermanos.

Los soldados no le abandonan, le conducen a su cuartel general en el Chamical, a cuatro leguas de la ciudad, teatro de la escena que he esbozado.

Güemes sufrió horriblemente diez días.

Antes de exhalar el caudillo el último suspiro, recibió un parlamentario de los enemigos; por su intermedio, el general Olañeta, que se había incorporado a Valdés, le dirigía ofrecimientos generosos si el caudillo convenía en someterse a los que se creían sus vencedores.

Güemes agonizaba en La Higuera, paraje situado en un oscuro bosque de cebiles.

¿Someterse? Los parlamentarios españoles, los por-

tavoces de su general, que representaban a su vez al rey de España, la dominadora del mundo, esperaban en pie la contestación de un soldado americano agónico.

Ofrecían la paz en cambio de la vergüenza; la paz en cambio de la esclavitud...

Güemes llamó a su segundo Don Jorge Enrique Vidt, antiguo oficial de Napoleón el Grande, después modesto oficial de Dragones de la Patria en el ejército argentino, que por sus méritos propios había llegado a la categoría de coronel y era Jefe del Estado Mayor de las tropas defensoras de Salta, y en presencia de los jefes enemigos le dictó su contestación, que era su última orden y su última voluntad : marchar en el acto a sitiar la ciudad, arrojar de ella al enemigo de la patria, y seguir, en nombre de su independencia y su libertad, la guerra que él había sostenido hasta entonces, sin vacilar un solo instante, sin una sombra de debilidad.

— El bravo subalterno juró ante su jefe moribundo cumplir el honorífico mandato.

Y el héroe cayó... Cayó para no levantarse jamás; pero legando a los argentinos las fierezas indomables de su espíritu y el sentimiento infinito de amor a la patria, que les distingue. La sombra luminosa del caudillo legendario vaga desde aquel día, 17 de junio de 1821, por las fronteras septentrionales de la República que su espada delineó y que no se estrecharán jamás, mientras sus hijos nos inspiremos en el ejemplo de su inquebrantable arrogancia y en el heroísmo de sus indomables gauchos...

*
* *

No pude oír más...

Y me retiré presuroso a mi modesto gabinete de trabajo, para fijar en estas páginas los detalles más salientes de la hermosa anécdota que acababa de escuchar, con el propósito de ofrecerla a la meditación de los bravos veteranos del ejército argentino, que sabrán apreciarla en toda su majestuosa grandeza, porque llevan en el alma las virtudes patricias de aquellos hombres superiores.



101.

La aurora.

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Argentino.

Una alba larga, límpida y serena,
Del nuevo día el nacimiento anuncia;
Y otra aurora de horror, de llamas llena,
Sobre el lejano puesto del Pocito
La quemazón terrífica denuncia
Que, transmitida al pasto ya reseco,
Va a cerrar, cual dos alas, su circuito
Del ancho arroyo en el profundo hueco.

El talar todo es humo y todo niebla;
Fosco manchón en torno le circunda,
Y, porque rauda la noticia cunda,
La luz, el campo y los espacios puebla.

Las gentes salen de la vieja Estancia
Al alero en tropel. ¿Es que alguien grita
La noticia fatal, o es que el aire,
La catástrofe bárbara palpita,
Y se revela por doquier?

Al punto

Los hombres corren; sus caballos montan;
Y enderezando al campo empolvorado
El ardor de los férvidos corceles,
Dejando van, sobre el gramal, tendido

Como un espeso tul que el aire rae,
Ancho rejón de polvo, que fundido
Se aplana y quiebra, y se desgrana y cae.

Mas ¿qué es lo que a lo lejos han hallado
Las gentes, entre el pasto, donde apenas
Libres están del crepitante incendio
Sobre un negro cardal carbonizado?
Hablan; se agitan; dudan; se consultan;
Y empuñando el rendal de los bridones
Con tal violencia a un tiempo los detienen,
Que en el reducto de unos cortos pasos,
Sofrenados los firmes redomones
Rompen el trébol al clavar los vasos
Con ímpetu brutal.

Mas pronto en tierra

Los jinetes inquietos se amontonan;
Y descompuestos contemplar parecen
Una escena de horror, mientras los brutos
Del grupo de hombres de un tirón se zafan,
Y alzadas las orejas puntiagudas
Torciendo el cuerpo en escarceos piafan.

Los paisanos ocurre que no atinan
Con lo que habrán de hacer. Luego se alzan
Del lugar donde rápidos se inclinan,
Y un cuerpo de entre el pasto han levantado
Que, encima de un caballo acomodado
Traen hacia acá, pausada y lentamente;
Mientras se allega al humeante incendio

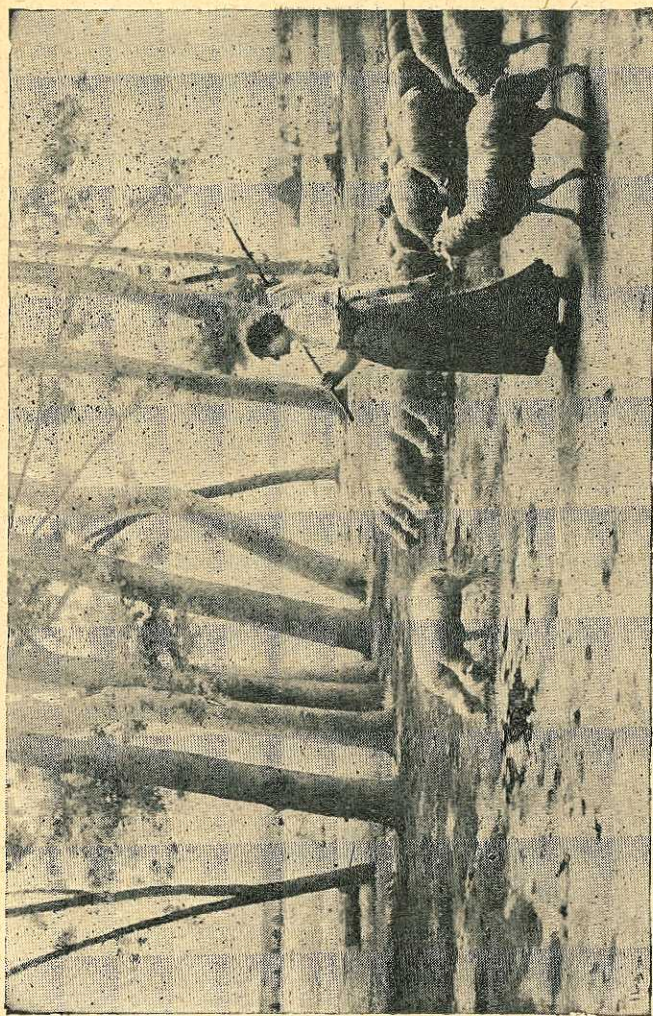
Del lugar que entre llamas se adivina,
Otro grupo más tétrico de gente
Que, cual temiendo caminar, camina...

Desde entre el monte se adelanta un perro
Todo erizado : mensajero lúgubre
Del inmenso dolor...

Para un instante
Junto al lugar donde la parva estuvo,
Convertida en fogón por el incendio,
Y lanza al grupo su lamento aullante...
Nadie responde de la ardiente casa
A la gente que llama...

Con asombro
Por entre el negro y agrietado muro
Que hendiera en dos el furibundo rayo,
Miran los hombres con mortal desmayo
Montones sólo de encendido escombro.





LEROLLE (Henry) : En el campo.

(Fot. Neurdein.)

102.

El provinciano en Santiago.

JOSÉ JOAQUÍN VALLEJO.
Chileno.

Andando los días, llega uno en que mi querido paisano va por una de las otras calles, como quien dice, *sin destino ni concierto*. Ve venir de frente un hombre; cree reconocerle y, en efecto, es *don Pedro*, el apreciable santiaguino que en la primavera última anduvo comprando bueyes en la provincia de nuestro amigo; el mismo que, en su casa, fué hospedado, servido, celebrado como un padre comendador, no por recomendaciones ni por plata, sino porque era forastero y parecía un buen sujeto. ¡Qué encuentro! « Al fin tengo un amigo », dice para sí el provinciano. Y lleno de alegría, con la mano y brazos extendidos, y paso apresurado, se dirige al bienvenido huésped de la casa de su padre. El santiaguino ha reconocido también al *huaso*; el buen tono no permite ser grato a los servicios recibidos en provincias; tampoco sería bien visto que en una calle pública se parase *él* a hablar con *aquel hombre*; todo lo cual considerado, hace su excelencia como que mira hacia atrás y pasa rozándose con el recién llegado, sin atender al *¡señor don Pedro!* que éste lanza poseído de indefinible alborozo. Un chasco tan inesperado es para mi amigo una lección fecunda y preciosa. Desde este instante, el resentimiento anima

su coraje y le entona de manera que empiece a brillar en su frente cierto airecillo de dignidad no traído de su tierra. ¡Bribón, dice pasada su sorpresa, *algún día volverás a comprar bueyes!*

De este linaje son las caídas y *chambonadas* en que suele incurrir un hijo de las provincias que por primera vez llega a Santiago. No hay paso que dé, palabra que pronuncie, ropa que vista, ni género de cosa en que se meta, que no sea para su ruina, que no promueva la burla y la risa de cuantos con él topan. Por eso yo aconsejaría al provinciano que su primera diligencia, así que se encuentre en la capital, sea de ponerse en rigurosa cuarentena, no haciendo su *entrada en aquel mundo* sino después de pasar este período de maldición, más o menos largo, según el carácter y antecedentes de cada individuo.

Porque, al fin, es cierto que el tal período tiene término. Si el recién llegado hace conocimiento con alguna de esas excelentes familias que abundan en Santiago, debe a ella sus primeras reformas. Las niñas de la casa, que no pueden ver una buena talla cubierta con un feo vestido, se interesan en el arreglo de aquel personal, para poder tomar su brazo sin peligro de que por ahí señalen la pareja con el dedo. Y bajo la franqueza que desde luego inspira esa especie de inferioridad social en que se halla todo neófito, le advierten: hoy, que no se usa la camisa bordada; mañana, que ese frac es espantoso y los pantalones y chaleco malditamente cortados; después, que la cabeza y patillas necesitan ir a la peluquería; e insensiblemente obran

tal revolución en el alumno, que al cabo de poco tiempo parece otro, y ya es digno de hacer cualquier papel al lado de sus amables protectoras. El primero que se le encarga, es, por lo regular, de sustituto, auxiliar o suple-faltas. Sus méritos suelen o no elevarle, después, al desempeño en propiedad de algún empleo.



103.

El arado.

CARLOS ORTIZ.
Argentino.

Es la hora del trabajo. En la llanura
De una lívida blancura,
Tiende el alba su luz pálida de ensueño
Como un velo vaporoso,
Suavemente luminoso,
Extendido en las artísticas vaguedades de un diseño.

Y ya Ervar sueña y trabaja vigoroso
Empuñando el timón fuerte del arado,
Que arrastrado
Por la yunta de robustos
Bueyes marcha;
Y Ervar sigue con su paso acompasado
Mientras crujen sus pisadas en la escarcha,
En la escarcha que refleja palideces invernales
Cuyos límpidos cristales
Se asemejan, suspendidos
De las ramas taciturnas,
De los frágiles arbustos,
A caireles desprendidos
Por el vuelo de las horas en la fiesta de la sombra,
A caireles desprendidos de las lámparas nocturnas.

Ervar marcha por la alfombra
Blanca y fría que el invierno desplegó para su danza.

— ¡Cómo ríe la esperanza,
Cómo canta la existencia sus canciones
Cuando entona su romanza
Con su acento todo lleno de promesas el trabajo;
Y la vida pasa entonces en un vuelo prodigioso,
Como un ave cuyas alas son dos alas de ilusiones;
Y la vida entonces vuela
Con el ritmo de un poema musicalmente armonioso
Que un artífice cincela! —

Se abre el surco como un tajo
Sobre el rostro de la pálida llanura,
Que escarchada, se asemeja
A una página muy grande de poética blancura;
Y parece que la raja
Con sus surcos paralelos,
Paralelamente iguales,
Escribiera allí el poema de sus fervidos anhelos,
Esculpiera allí un poema en estrofas inmortales.

Cada surco es como un verso,
Como un verso en el que vibra la canción del universo,
El poema Germinal;
Se abre un surco, que es un verso, y se entierra una ar-
Y la tierra la fecunda, la convierte en poesía [monía,
Y alimenta con el jugo de su seno maternal.

Ervar sueña, y nuevos surcos van rasgando la pradera,
Y trabaja, y el ensueño su trabajo poetiza
Y la tierra se desliza

Fresca y suave por la limpia vertedera;
Y él ve cómo se armoniza
El trabajo y el ensueño, como dos extrañas notas
Que se besan y confunden en un mágico concierto.
Ervar marcha, y le acompañan dando gritos las gaviotas
Que revuelan y se posan sobre el fresco surco abierto.

— ¡Oh! también tu alma es un campo misterioso;
Labra Ervar con noble empeño,
Que también tu alma es un campo misterioso
Donde traza grandes surcos un arado luminoso,
El arado del Ensueño;
Y un labrador silencioso
Siembra puras ilusiones,
Que retoñan y que tienen primaveras
Breves, breves, pero llenas de canciones,
Breves, breves, pero llenas de quimeras.

.

Ervar sueña, y su trabajo la llanura fertiliza;
Ervar canta, y nuevos surcos van rasgando la pradera,
Y la tierra se desliza
Fresca, suave, por la limpia vertedera;
Y revuelan en bandadas sobre el surco las gaviotas
Dando al aire el eco alegre de sus notas.



104.

Montaraz.

(FRAGMENTO)

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

Argentino.

Bajo el pálido cielo que se iluminaba gradualmente con las primeras claridades del día, reinaba una calma infinita. Era esa hora del gran reposo en los campos, cuando el disco solar no dora aún las praderas y los montes.

Una brisa fresca, olorosa, saturada de húmedos efluvios, pasaba barriendo las evaporaciones del rocío, que volaban desflecadas en arambeles algodinosos y sutiles hasta desaparecer.

La llanura descubrió su tapiz verdegueante, como si una mano invisible lo fuera descorriendo, para recibir las tibias caricias del sol que ya emergía, coronando las cuchillas lejanas.

La luz bañó las lomas, bajó en regueros por las laderas, avanzó en el llano espolvoreando de puntos luminosos las verdosas matas.

Pero allá, del fondo del paisaje, una masa densa de pajonales pareció alzarse para cerrarle el paso. Ante la compacta muralla, la luz se detuvo, bregó breves instantes, y no pudiendo penetrarla se corrió por sobre las malezas, dejando en descubierto las blancas panojas de las cortaderas y los eréctiles tallos de los cardos en flor.

Más atrás surgió entonces otro muro más alto, más sombrío, más impenetrable, al que servía de vanguardia el pajonal. Era la selva ribereña con sus espesos

matorrales de plantas rastreras que, enredándose a los troncos de los grandes árboles con los tentáculos exuberantes de las lianas, desarrollaba por todas partes la majestad de las fuerzas libres de la naturaleza, en una confusión de esplendores vegetales, de lucha, de muerte y de perenne renovación.

Frente al nuevo obstáculo la luz pareció retroceder, luego se deslizó bordeando la orilla del monte en busca de los sitios más ralos para avanzar; pero la selva, como si quisiera guardar el misterio de sus umbríos boscajes, se extendía inmóvil y compacta, hasta perderse a la distancia en los cerúleos horizontes.

Había un punto, no obstante, que partiendo desde la playa de una laguna circundada de juncuales descubría un boquete en el monte, pero tan oculto entre la maleza, que era necesario tener el ojo muy acostumbrado para encontrar la estrecha picada que los animales habían formado al bajar a la aguada. Por allí se escurrió la luz, perdiéndose al fin en los laberintos del sendero sin lograr su victoria contra las sombras de aquel monte de penumbras siniestras.

El campo comenzó a llenarse de rumores y estremecimientos, como si la naturaleza despertara de pronto gozosa y radiante bajo la caricia de aquella mañana que tenía polvo de oro en su ambiente sereno.

Los pájaros en parejas saltaban de las ramas chirriando; silbos alegres de calandrias y boyeros poblaban el espacio con sus cantos trinados; en cada mata estallaba una nota del alado coro, sobresaliendo entre todos, por lo aguda y penetrante, esa extraña voz :

« Achea, achea », con que los zorzales saludan alborozados la llegada del nuevo día.

Bandas de patos y bandurrias pasaban por el azul del cielo en forma de negra cuña volando hacia las cañadas, mientras los grises rayadores ascendían como cohetes y bajaban rectos hasta rozar el agua produciendo ese áspero ruido a que deben su nombre. Al borde de un ribazo, un chajá solitario erguía el collarín de plumas cenicientas y volvía a encogerlas con su aire reposado y cauteloso de centinela montaraz.

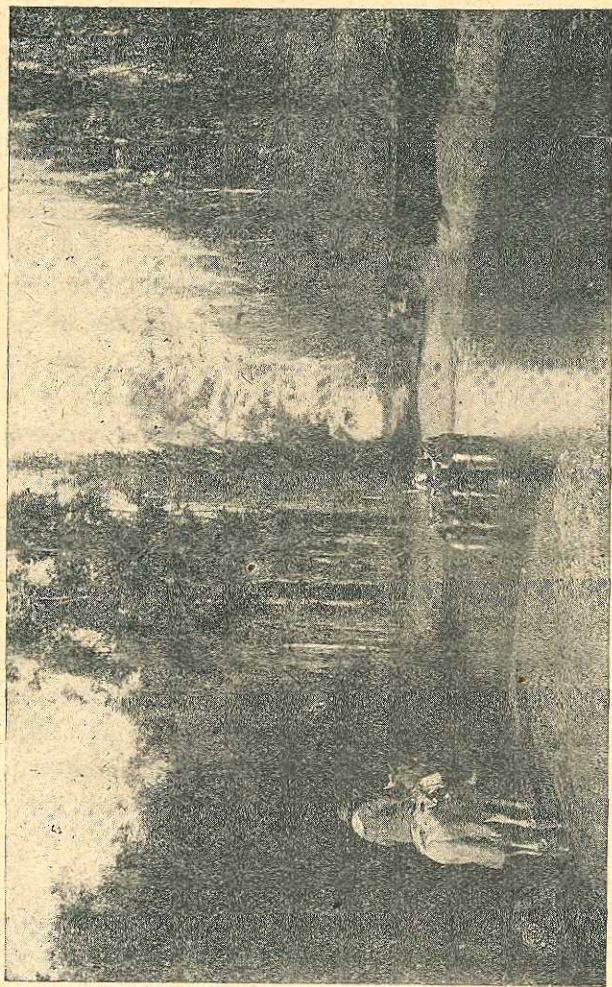
Al otro lado, sobre la dormida laguna pizarreña, un mirasol todo blanco, con las patas colgantes, el cuello tendido y las alas abiertas semejando una cruz, volaba lentamente.

Por el llano y las lomas, rompiendo la monotonía del inmenso verde, con manchas de abigarrado y moviente colorido, se esparcían las vacadas buscando la querencia...

De improviso, una manada de yeguas ariscas apareció por un boquete del monte, huyendo apresuradas en medio de relinchos y corvetas, y desapareció en lo más espeso del pajonal. Detrás iba un hermoso potro lobuno, con la cabeza en alto y las crines flotantes, dando saltos por alcanzar al grupo.

Más atrás venía un jinete dándole caza.

Pasaron como un relámpago desapareciendo a su vez en la maciega; pero el animal acosado se echó a la izquierda del sendero donde el pajonal era poco extenso, y así, al poco rato, perseguido y perseguidor pisaron el descampado en una extensa cañada.



Paisaje Argentino.

105.

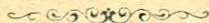
Entusiasmo militar.

IGNACIO NÚÑEZ.

Argentino.

La Constitución extraordinaria bajo la cual quedó la capital desde el día de la Reconquista, y la anárquica delegación que hizo el Marqués de Sobremonte de la autoridad virreinal, en lugar de retardar, aceleraron la organización de un nuevo ejército, reclamado por grandes necesidades. Era necesario crear distinciones honoríficas para premiar servicios y sacrificios señalados; era necesario dar una garantía incontestable a los procedimientos de la capital para con el virrey, des-
envolviendo los poderosos elementos de que él no supo disponer; era necesario prepararse a resistir una segunda invasión, que todas las noticias anunciaban como fuerte e inmediata. El general Liniers llamó a todas las clases de la sociedad a las armas, y la capital se convirtió de improviso en un campamento general. Los mostradores y los talleres, los bufetes y los colegios, los ociosos y los esclavos, blancos y gentes de color, todos correspondieron a este llamamiento de voluntad, con desinterés y animados del más entusiasmado patriotismo, alistándose en los diferentes cuerpos que se establecieron, distinguidos por provincias y uniformes como la primera base de emulación, en que el general Liniers hizo estribar la concurrencia activa

y decidida de todos los ciudadanos. En los primeros días de septiembre principió la instrucción de los nuevos cuerpos, en las tres armas de artillería, infantería y caballería : la ribera, las plazas, los huecos desocupados por los edificios se poblaban con los ejercicios diarios; en lugar de coches, rodaban cañones por las calles, en lugar de fardos los carros transportaban fusiles y fornituras; a toda hora se oían tambores, clarines y descargas, a cada paso se tropezaba con hileras de reclutas. Los hombres lo abandonaron todo, intereses y comodidades, por la disciplina; y las mujeres no cosían ni rezaban para asistir a los ejercicios, y entretenerse en balancear los progresos de sus predilecciones. Los niños se repartían en guerrillas por las calles y se ejercitaban a pedradas en las mismas horas en que sus padres se ejercitaban en el manejo del fusil o del cañón. Todos los cuerpos echaron banderas, y las juraron solemnemente; todos se uniformaron con chaquetas o casaquillas de color azul, diferenciándose sólo por los vivos y las vueltas, los centros y los penachos, a excepción del tercer escuadrón de *Húsares* que se uniformó de verde, y de colorado el escuadrón de *Migueletes*. Los uniformes eran por lo general vistosos y de costo, y los jefes y oficiales engalonados con tanto extremo, que enriquecieron con ellos los cordoneros más atrasados en el arte.



106.

Mientras llega el silencio...

MANUEL GÁLVEZ.
Argentino.

— Madre, despierta, que se oyen pasos...
(La madre duerme junto a la enferma.)
Madre, despierta, que se oyen pasos
Y es tal vez alguien que entra en la pieza.

— Madre, yo grito; ¿no oyes el ruido?
(La madre enciende luz en la vela.)
Madre, yo grito; ¿no oyes el ruido
Que hacen las puertas que se golpean?

— ¡Madre, qué noche! ¿no oyes el viento?
(La madre toca la sien que quema.)
¡Madre, qué noche! ¿no oyes el viento
Que silba, ruge, solloza afuera?

— Madre, yo tengo miedo al Otoño...
(La madre exánime sus ojos seca.)
Madre, yo tengo miedo al Otoño
Porque él me enluta con sus tristezas.

— Madre, ¿no has visto que anda un murciélago?
(La madre llora, llora de pena.)
Madre, ¿no has visto que anda un murciélago
Y junto al lecho revolotea?

— Madre, yo siento no sé qué angustias...
(La madre frísale su cabellera.)
Madre, yo siento no sé qué angustias
Y mi espíritu de ti se aleja.

— ¡Madre, qué frío! Yo tengo miedo...
(La madre besa el rostro de cera.)
¡Madre, qué frío! Yo tengo miedo...
Parece que alguien a mí se acerca.

— Madre, defiéndeme; socorro, madre...
(La madre, ansiosa, mira a la enferma.)
Madre, defiéndeme; socorro, madre,
Que una enlutada de aquí me lleva.

— Madre, defiéndeme; yo ya no puedo...
(La madre al cielo su rezo eleva.)
Madre, defiéndeme; yo ya no puedo,
Porque en la lucha pierdo mis fuerzas.

— Madre, un abrazo de tu hija, un beso...
(La madre exhala su suave queja.)
Madre, un abrazo de tu hija, un beso...
Madre, ¡socorro! Madre, ¡me llevan!

Madre, un abrazo... repite el eco...
(La madre, atónita, casi no reza.)
Madre, un abrazo... repite el eco
Que allí en la alcoba, largo resuena.

La luz muy débil se va apagando...
(Palpa a la niña la madre inquieta.)
La luz muy débil se va apagando...
— ¡Hija! ¿no me oyes? ¡Hija, contesta!...

Su voz que tiembla cae en el silencio...
(La madre llora pero aun espera.)
Su voz que tiembla cae en el silencio...
— ¡Hija de mi alma... niña, contesta!...

Hay mucho frío, solloza el viento...
(La madre llora su eterna pena.)
Hay mucho frío, solloza el viento,
Y ha enmudecido la pobre enferma...



107.

Brown.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

Argentino.

Las aventuras de este marino singular son dignas, no ya tan sólo de la narración sencilla que ilumina el pasado, y de la historia serena que juzga las trascendencias de los hechos, sino también que, por su índole y sus vicisitudes realmente fantásticas, parecen destinadas a dar vida a una odisea que, como la antigua, perpetúe por los mares lejanos el nombre augusto de la nación cuya bandera flameaba en sus mástiles. Y a la verdad, yo me he sentido agitado de admiración y de entusiasmo extraños, al relato de esas expediciones que parecen inspiradas y realizadas por una potencia misteriosa, de esas frágiles naves que se lanzan por la ruta donde tantos naufragios memorables han sembrado el horror, y a develar derroteros ocultos por las brumas australes, donde el fragor de las olas se une a la obscuridad horrible de las nieblas impenetrables.

Esa cruzada del Pacífico hasta Colombia, con sólo cuatro barcos y un puñado de soldados, « a la vez que fué uno de los episodios de nuestra Revolución de más vivo interés, nos da la primacía de tiempo al menos, y de no menos arrojo, sobre las mentadas hazañas que lord Cochrane realizó algunos años después, con medios mucho más poderosos ».

108.

La domada.

OTTO MIGUEL CIONE.
Argentino.

La tropilla ha sido encerrada en el corral. Los baguales son jóvenes, esbeltos y hermosos. Las crines se han criado salvajes, las colas están llenas de abrojos, los ijares sucios, los remos embarrados.

Forman un grupo compacto del cual sobresalen únicamente las cabezas cuyos ojos semiaterrados miran con curiosidad infantil hacia el grupo de peones que preparan los lazos.

El lazo, enemigo de la libertad, manejado hábilmente por certero brazo, gira en el aire y se lanza como culebra a la conquista de un robusto cuello.

Ya está.

Ha comenzado la domada.

La doma gaucha, la absolutamente primitiva, constituye un cuadro brutal y poderoso que impresiona grandemente al que lo observa por primera vez.

El animal arisco y selvático, que ha andado en tropilla desde que naciera, tiene ansias de libertad que ningún freno puede amordazar en los primeros tiempos de su educación.

El instinto de libertad de sus primeras épocas de dominio absoluto en las llanuras árabes, en las estepas rusas o en la Pampa nuestra, donde ha corrido siempre a su albedrío, lo viene heredando desde siglos atrás, poderoso, latente, a pesar de todas las generacio-

nes que han sido obligadas a servir al hombre en sus múltiples exigencias.

La bestia altiva ha sido enlazada brutalmente por el cuello. Se ha resistido por breves instantes hasta que el lazo le corta la respiración y cae como fulminada al suelo. Allí la asaltan dos o tres peones : uno le pone un *bocado* hecho con una lonja de cuero crúdo; otro le coloca una manea en las extremidades anteriores, mientras que un lazo se le enrosca en las posteriores. Apenas puede pararse cuando a ello le obligan.

El pobre animal se mantiene en pie, asustado, resoplando fuertemente, con los ojos saltones, estupefacto de que hayan podido aprisionarle las patas y le hayan apretado por primera vez su libre abdomen, y le hayan puesto en la boca la insoportable mordaza del *bocado*.

Ya está pronto para conocer por primera vez el peso del rey de la creación, el cual, arbitrariamente y contra todas las leyes más claras de la historia natural, va a troncharle su felicidad, a torcer sus inclinaciones y a desviarle de sus instintos tan poderosos como la órbita que describe un astro celeste.

Pero me olvidaba que hasta éstos sufren la influencia perturbadora de un cometa cualquiera.

El hombre, un gaucho de fama para estas hazañas, de un salto está encima de él.

— ¡Suelten, muchachos! — y se le afloja al bagual el lazo de las patas traseras y le quitan la manea de las delanteras.

Junto a él se coloca un hombre a caballo que oficiará de ladero.

El caballo permanece quieto por breves instantes. Está en los palotes ¡y el hombre pretende ridículamente que de pronto escriba de corrido!

¿Qué hay que hacer cuando nos sentimos oprimidos, ligados, amordazados y montados?

Y todo por primera vez en la vida, que hasta entonces se ha deslizado libre, sonriente, alegre sobre la verde gramilla de los campos y bebiendo en las aguas frescas de los arroyos.

Veamos, y disculpa el atrevimiento, lector amigo, ¿qué harías si te pasara lo que a un modesto bagual de las pampas argentinas?

Dime la verdad.

¿Es cierto que por nada del mundo, por más inteligente que fueras, se te ocurriría echar a andar? Claro está que menos pensarías en correr.

El miedo, el terror te mantendrían inmóvil, dudoso de lo que se exige de ti. Pues bien, el rey de la creación desea que te des inmediata cuenta que debes hacer lo imposible; ¡andar y correr! con él encima, apretado por la cincha, con la boca dolorida, opresa con una áspera correa, y molestado por los empujones de otro caballo que dificulta más la solución del problema.

¡Hecho insólito en los anales de la vida de un caballo!

El monstruo se afirma bien en los estribos, clava las grandes espuelas llamadas *nazarenas* por referencia a la corona de Cristo, oprime con fuerza las robustas y prácticas rodillas, y *chupa*, como se dice afuera, es decir anima con el cuerpo los primeros pasos. ¿Qué

hacer? ¿Cómo comprender lo que se exige de nosotros? La indicación no se hace esperar. Un fuerte latigazo, un espolazo terrible, y un empujón del *ladero*, en las ancas, nos sume en nuevas perplejidades. ¡Y otros, y otros cada vez más violentos! Pero por todos los dioses en que creemos, el dios del frío, del calor, del viento, del buen pasto, de la buena agua, del rayo que a veces se ensaña con nuestros pobres compañeros de pelaje blanco; digo por todos los dioses : ¿quién diablos entiende ese lenguaje brutal e inusitado?

Claro que al cerebro más obtuso de cuadrúpedo le viene la ocurrencia de librarse de cualquier modo de la bestia que le monta, le oprime y le castiga.

Tentemos el primer esfuerzo. Un salto a un costado y otro hacia atrás de contra efecto; algo como un retroceso en el billar, para clavar de cabeza en el suelo al enemigo, y un par de patadas al molesto ayudante y su jinete.

¡Inútilmente! ¡Nos hemos equivocado! El monstruo se mantiene firme. La cosa es más difícil de lo que hemos creído al principio. Entretanto nos hemos exaltado un poco; la indignación nos ha hecho perder la sangre fría necesaria, y cometemos una serie de *chambonadas* de las que nos hemos de arrepentir más tarde. Salto acá, escarceo allí, respingo hacia aquí, bote hacia allá, corcovos de toda índole. Nada, todo inútil, no nos podemos librar de este diablo cruel y solapado, que sigue impertérrito encima de nosotros, dándonos de palos sin compasión y clavándonos las terribles *nazarenas* en los ijares ensangrentados.

Último recurso aunque nos quebrems el espinazo : nos paramos en las dos patas traseras a todo lo que podemos, un boleo y hacia atrás de golpe.

¿Creemos que su cuerpo, el cuerpo pesado del monstruo, no va a evitar el dolor del golpe? ¡No tal! El gaúcho, antes de que cayéramos, se ha escurrido hábilmente a un costado y caemos con todo nuestro peso sobre las mortificadas espaldas quedando un si es no es descalabrados y en situación ridícula.

Antes de que hayamos vuelto a la posición natural, ya le tenemos encima otra vez.

Luego, presa de súbita ira, nos lanzamos contra el alambrado, contra la casa, contra los postes con la intención de destrozarle; pero el hábil y despierto *ladero* se interpone oportunamente.

¡El ladero! Un traidor a la santa causa de la libertad; ¡un vendido, un cobardel...

Entonces desesperados echamos a correr veloz, furiosamente, a campo traviesa, sin obedecer los ásperos tirones de la rienda del *bocado*, hasta que al fin, exhaustos y envilecidos, con la vergüenza de la derrota, volvemos al corral jadeantes, con el cuerpo molido, la boca ensangrentada, las ancas llenas de verdugones, y los ijares rasgados por las terribles *nazarenas*.

Cuando nos han librado del yugo que nos ha oprimido y volvemos al campo, la gramilla ha perdido su sabroso gusto y el agua del arroyo nos parece amarga; no sentimos más las ansias locas de retozar infantilmente como otrora, y una nube de tristeza embarga nuestro ánimo; ¡y recién nos damos cuenta que un dios

más terrible que el viento, el rayo, la seca, la peste, la canícula, etc., etc., nos ha esclavizado para el resto de nuestros días!



GRECO : El caballero de la espada.

(D'Anderson.)

109.

Página íntima.

ÁNGEL DE ESTRADA (Hijo).
Argentino.

— ¿No vas a enterrar al padre Eusebio? — se me dijo esta mañana.

Yo no sabía que en la tarde anterior había muerto, y me puse en camino.

El colegio y la casa de los buenos sacerdotes queda en un barrio lejano, frente a una capilla sombreada por añosos paraísos.

Árboles queridos, porque en sus ramas se agitaban, ha doce años, murmurios acariciadores cuando nuestras almas conocían más del cielo que de la tierra.

En esa capilla hicimos con mi hermano Santiago la primera comunión.

Por eso viven, aquí dentro, las luces del color de los cristales, con la memoria de días perfumados en la paz del claustro.

Y hoy he vuelto, con el alma enferma, a ver sus árboles y muros, en compañía de mi padre, encanecido por los años y las amarguras, sin el otro compañero que nos dejó para siempre. ¡Cuán lejana aquella mañana de sol, en que sentíamos florecer la primavera mística, santificada por enternecimientos benditos!

Cuando entré en la portería, donde con el otro niño mirábamos con asombro las telas de los monjes penitentes, cuando pasé a la sala donde yacía el cadáver del noble sacerdote; entre todas aquellas cosas que murmuraban frases antiguas, creí ver al muerto fuera

del ataúd, rezando en su breviario con el aire de un abuelo ungido por el Señor.

Salí después a contemplar el patio. La casa ha sufrido reformas, pero siempre tiene la parra, y el comedor antiguo con sus ventanas y rejillas. La puerta verde, que llevaba a las aulas del colegio, ha desaparecido. Los gorriones pían en los árboles como antes, pero son otros. No se siente por sobre la pared la algaraza del recreo; no se oye la voz del maestro gritando : « *a clase* », en la hora. ¡Ah! la blusa azul, tan fea y tan hermosa, tan pobre y tan rica, me mira con tristeza, desteñida por los años...

Un rostro de pómulos salientes, una barba selvática contrastando con una calva brillante, el cuerpo cubierto por una semisotana lustrosa... es él; ¿quién puede ser sino el hermano Antonio? Y el buen Antonio, que no ha envejecido, aquel que con tanto orgullo nos servía su dulce de ciruelas pergaminosas, pasa sin conocerme.

Yo quisiera preguntarle por los viejos pantalones a cuadros, que salían rabiando bajo su túnica, y que ya no lleva.

¿Qué los ha hecho? No han podido desaparecer tan pronto; tenían el carácter de un bien inmueble. Pero no le detengo, y no le hablo porque oigo ya una primera pregunta :

— ¿Y su hermano no ha venido?

Se oyen los versículos cantados : los clérigos, con velas encendidas, conducen el ataúd a la capilla.

He ahí el cadáver del buen pastor. Antes de morir, oró por sus culpas, pensó en los pobres y pidió le

enterrasen en la tierra para no ser grávosos a su compañía. Cincuenta años de noble ministerio, civilizando entre peligros, consolando entre lágrimas; y un entierro de cinco personas, unas flores llevadas de nuestra quinta, un hoyo en el suelo... ¡Ah! pero más allá de la sombra, la sonrisa seráfica, que se abre como una flor inmortal.

La capilla está llena de hermanas de la caridad, hermanas de San Vicente del santo viejo.

Es un mar de tocas blancas, que forman una calle de gloria al muerto que pasa. Las lágrimas son para los dolores, dirán ellas; no para estas alegrías de la muerte, que sólo piden a los que quedan una oración fervorosa.

Las velas del altar, alumbrando al divino Jesús que nos bendijo hace doce años, tienen moños negros en vez de los blancos de aquel día. ¿Son un símbolo? Quizá: ¡tantas cosas han muerto en el alma pecadora, aunque brille todavía su fe como la cera!

El sol se filtra por los vidrios a través de sus figuras pintadas. El órgano gime en el coro y llena la nave un canto melancólico. El oficio acaba, y embebecido en las memorias, no puedo orar. El santo sacrificio empieza. Van a cantar el oráculo de David, las predicciones de la sibila. Veo a un clérigo, cuyo nombre no recuerdo y quisiera recordar, ponerse los lentes, buscar nervioso en un libro, hacer una señal al del armonium... ¿Habrá perdido su voz de trueno? Tiemblan los cristales, y dos chicos asombrados buscan con los ojos al cantor. ¡Todo como antes! Todo, sí, menos nosotros... Paz, señor, a los muertos que te confesaran.

110.

Las Corrales.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.
Argentino.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal, en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república, por delegación del Restaurador. Fácil es calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruin y pequeño que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible juez y a no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos : « Viva la Federación », « Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurza », « Mueran los salvajes unitarios ». Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la

revolución contra Balcarce. Es el caso que en un aniversario de aquella memorable hazaña de la mazorca, los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla a la heroína, banquete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí, en presencia de un gran concurso, ofreció a los señores carniceros en un solemne brindis su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla donde se estará hasta que la borre la mano del tiempo.

La perspectiva del matadero a la distancia era grotesca, llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros, y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo, regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distinta. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían, caracoleando y siguiendo sus movimientos, una comparsa de muchachos, de negras y de mulatas achuradoras, cuya fealdad recordaba las arpías de la fábula, y entremezclados con ellas, algunos enormes mastines olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas, toldadas con negruzco y pelado cuero, se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa, y algunos jinetes, con el poncho calado y el lazo prendido al tiento, cruzaban por entre ellas al

tranco, o reclinados sobre el pescuezo de los caballos echaban ojo indolente sobre aquellos animados grupos, al paso que más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules, que habían vuelto de la emigración al olor de la carne, revoloteaban, cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero, y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba : los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas actitudes, y se desparramaban corriendo como si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era, que inter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos de su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél, de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura, salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero, y el continuo hervidero de los grupos, dichos y gritería descompasada de los muchachos.



111.

Patria.

CALIXTO OYUELA.
Argentino.

.
.
¡Sacro nombre de Patria! En él fulgura
Cuanto de grande y dulce el mundo encierra :
Del casto hogar la íntima ventura,
La gloria conquistada en santa guerra,
Fe y costumbres, artística hermosura,
La ley severa que al malvado aterra,
El monte, el río, el ave en libre vuelo,
El campo inmenso, el esplendor del cielo.

¡Oh tú, entre todas las que el mundo ostenta,
Rica, joven y hermosa patria mía,
Que al gran rumor del Porvenir atenta,
Himnos entonas al naciente día!
¡Tú en cuyo noble rostro la opulenta
Llama del sol gozosa se extasía
Y altiva llevas, con vigor sereno,
Toda el alma de América en tu seno!

¡Qué limpio y claro resplandor de gloria
Bañó, entre estruendos bélicos, tu oriente,
Para anunciar el sol de la victoria,
Que alzaba en los espacios su áurea frente!

Sol cuya lumbre a engrandecer tu historia,
De San Martín la espada hiriendo ardiente,
Desde las amplias márgenes del Plata
Al imperio del Inca se dilata.

Digno heroísmo, a fe, de los tesoros
Que derramó en tus ámbitos Natura;
Tus grandes ríos al rodar sonoros
Cantan tu gloria y copian tu hermosura.
Manan riquezas tus abiertos poros,
Todo, fulgente, tu destino augura,
Que Dios en ti arrojó, al trazarte en grande,
La Pampa, el Guaira, el Paraná y el Ande.

Tu suelo hospitalario, abierto al mundo,
A noble lid la humanidad convida.
Y de las razas al hervor profundo,
Más amplia actividad brilla encendida;
Al raudal de tu espíritu, el fecundo
Torrente univérsal da ímpetu y vida,
Brindas al mundo hogar, estadio abierto,
Y él te recibe en su inmortal concierto.

¡Feliz si logras en tan gran torneo
Incólume salvar tu íntima esencia!
Tu tradición gloriosa es el trofeo
Mayor de tu ventura y tu opulencia,
Fe y amor de tu raza, alto deseo,
Iluminen por siempre tu existencia,
Y cuanto engarce en ti ser y destino
Ciña luciente nimbo de argentino.

Ya a coronar tu frente vencedora
La nueva edad resplandeciendo viene,
Y a recoger la herencia que atesora
La gloriosa Europa te previene.
Tú harás que fresca en ti, fecundadora,
La inmensa fuente de la vida suene,
Y que el puro pensar, que hoy muerde el suelo,
Flote otra vez en el azul del cielo.

¡Oh Patria! ¡Oh Madre! Tu visión radiante
De respeto y de amor mi alma llena,
Y en estrechar me gozo en todo instante
Lo que me enlaza a ti dulce cadena.
¡Pueda mi vida en tu regazo amante,
Consagrada a tu bien, pasar serena,
Y al recibirme al fin la muerte amiga.
Tu sol contemple y tu esplendor bendiga!





ALBERTO DURERO : Retrato de hombre.

(Fot. Anderson.)

112.

Discurso universitario.

(FRAGMENTOS)

MARIO SÁENZ.
Argentino.

Hace hoy más de seis años — ¡pasan velozmente los días felices! — venimos hacia vosotros, maestros de esta casa, cuya historia, ¡tantas veces gloriosa! podría escribirse rememorando la consagración de muchos hombres; de éstos, que dejaron para siempre nuestras aulas, pero siguen custodiándolas en efígie, porque son sus dioses tutelares; de otros, que están ausentes del recinto, y a quienes dedicamos un sitio predilecto en la fiesta de nuestros recuerdos; de otros... de quienes, ayer mismo, recibimos una sabia lección, un ejemplo austero, un estímulo a perseverar en la labor que enaltece y que consuela...

Venimos hacia vosotros trayendo en la mente un caudal exiguo, pero, en los claros de esos conocimientos, había un inmenso anhelo de saber; y traíamos también, como una ofrenda — porque era nuestro único tesoro — ¡el corazón lleno de entusiasmos, de ilusiones, de fe!... Hablo en nombre de una juventud que parte hoy para la cita de la vida, a la que vosotros la habéis preparado; es una generación que se aleja satisfecha, porque se ha esforzado en cumplir su tarea, y animada y alegre porque cuenta con vuestros votos y lleva vuestra memoria.

Nos llamamos en un círculo íntimo por la sinceridad

de los afectos y también porque nuestras intenciones son solidarias.

Séanos concedido, entonces, a nosotros, que acabamos de pasar por las varias etapas de la enseñanza, referir nuestras impresiones — simples impresiones de viajeros, que anotan sin ánimo de crítica, en el curso de su itinerario, los accidentes del camino, las bellezas del paisaje — como quien narra a los suyos, de vuelta de una excursión un poco larga, lo que ha visto, y acaso, lo que ha podido descubrir en el trayecto... Más conocedores de las rutas recorridas, otros dirán los medios de salvar los obstáculos...

.
Señores : yo sé que no os fatigan estas reminiscencias, en las que el hombre siente deleites inefables; ellas me han alejado de nuestro asunto cuando su esbozo distaba aún de su fin; es mi pesar; pero debo concluir porque el tiempo huye hacia la eternidad sin repetir las jornadas cumplidas. Permitidme antes dedicar dos palabras a los que miran sin fe y subrayan con sonrisa desdeñosa un comentario irónico sobre las nobles disciplinas que aquí se cultivan.

Sísifo y Prometeo debieron aparecer naturalmente unidos a sus ojos, ante la tenacidad y el empeño con que buscamos el amparo de esta casa augusta.

No podemos quejarnos : las sociedades contemporáneas diríanse una mezcla de esos grandes mitos en que el genio antiguo quiso simbolizar la indómita rebeldía del hombre y el eterno agujonear de la existencia en pos de una ambición irrealizable.

Fácil sería enmudecer a los que niegan la austeridad de nuestro apostolado; hay para elegir desde el *feriunt que summos fulmina montes* de Horacio, hasta el proverbio árabe, según el cual nadie agita a los árboles estériles y secos : solamente se lapida a aquéllos cuya copa está coronada de frutos de oro.

Pero no; son pobres los que publican su fortuna, y pequeños y débiles los que se jactan de su grandeza y de su fuerza.

— Hemos venido a esta casa con desinterés y con amor.

— Nuestra respuesta debe ser dada, pues, por la conducta profesional, y ella ha de obedecer, os lo aseguro, a un programa cuya sola enunciación dice toda su pureza : aproximar nuestros principios jurídicos al ideal de justicia y aunar nuestro esfuerzo al esfuerzo de los otros por que vivamos siempre en una patria que sea para todos rica, grandiosa, libre, hospitalaria...

— La obra de los hombres supera en elocuencia a sus palabras más expresivas, — la realidad es siempre más convincente que la promesa, — el hecho vale más que la intención.

— Los maestros de esta casa han de esperar, sin embargo, confiados en que hemos sabido aprovechar la semilla de verdad que sus labios y su ejemplo han dejado caer en nuestro surco.

— No podemos, es cierto, ofrecer, por ahora, sino una esperanza; pero la esperanza en los corazones juveniles es como las flores de la primavera : ¡lleva en su seno el fruto!

113.

Pasando.

CARLOS F. MELO.

Argentino.

Los oídos cansados,
Ajenos a los ruidos de la vida;
Los ojos fatigados,
Llorando siempre por la luz perdida;
Iluminada la marchita frente
Por un sol interior, ya en el Poniente;

Llevando va el abuelo
Sus pensamientos pálidos y fríos
Bajo el sereno cielo
Y los enormes árboles sombríos
De su quinta, en un día de verano,
Con un pequeño nieto de la mano.

Con los oídos puros,
Abiertos para todos los rumores,
Y los ojos oscuros,
Sensibles para todos los colores,
Llenando alegremente
El mundo con su espíritu inocente,

Ágil, el niño, avanza
Guiando, con cuidado, al viejo inerte
Que a evitar los obstáculos no alcanza :
¡Así van por el mundo, la Esperanza,
Y el viejo Hastío, hermano de la Muerte!

114.

El problema social.

CÉSAR IGLESIAS PAZ.
Argentino.

El problema social es muy *complejo* porque toda organización social supone múltiples relaciones de diferente especie, numerosos fenómenos distintos e interdependientes que cualquier pretendida solución debe forzosamente tener en cuenta. Puede afirmarse sin error que abarca la vida en sus múltiples aspectos : económico, jurídico, moral, político, científico, religioso, estético... Por eso, aunque no nos demos cuenta que tratamos el problema social, le dedicamos nuestra atención casi constantemente, considerándolo, no en su sentido más amplio, que es la obra de los que se consagran deliberadamente a su estudio; pero sí en lo que a cada uno de nosotros nos atañe en las relaciones de conveniencia social, entre lo que a nuestro juicio es, y lo que entendemos que *debe ser*. Constituye así el tema del comentario público, de la conversación privada del hogar, del club, del aula; que preocupa en sus múltiples faces, en sus infinitas variedades, al anciano, al joven, al niño, al padre, al esposo, al hijo. Porque es el problema de la miseria en la economía política, de la libertad y la igualdad en el derecho, de la ignorancia en la moral, de la degeneración artística en el arte, de la incredulidad en la

religión. Está en la queja de los patrones contra los criados, en la de los criados contra los patrones, en la de los industriales contra los obreros, en la de éstos contra aquéllos, en la de los aristócratas contra los demócratas y viceversa, en la de los creyentes contra los ateos en la de los ricos contra los pobres, en la de los ateos, y pobres contra creyentes y ricos respectivamente, en la de los ilustrados contra los ignorantes, en la de los artistas contra los profanos, en la de gobernados contra gobernantes, en la de pueblos contra pueblos; está en fin en la queja de la humanidad entera, porque, en definitiva, es la queja contra nuestra imperfección lanzada por nuestra imperfección misma desde que ésta produjo el pensamiento y las ideas.

Por ello se halla objetivamente en todas las guerras, en todos los infortunios, en todas las desgracias sociales; como se halla asimismo, subjetivamente, en la concepción de vidas superiores, en las ideas de paz, de justicia, de derecho, que sirven para valorar a las primeras, para medirlas, asignándoles tanta mayor extensión y gravedad, precisamente cuanto más nos familiarizamos con lo perfecto, cuanto más puros concebimos los ideales, más refinados los placeres, más exquisita la sensibilidad. De ahí que, sin dejar de reconocer la enorme importancia que ofrece en sí la situación de la clase trabajadora, hayamos criticado el concretar a ella exclusivamente el contenido todo del problema social, haciendo de él una cuestión puramente económica, y olvidando que si es exacto el hecho de que esta clase social recibe la repercusión más intensa de los defectos

de nuestra organización actual, no es menos cierto que en las demás clases superiores, donde el malestar económico no existe, se nota también la presencia del problema en las otras manifestaciones de la vida, como la intelectual, la moral, la política, la artística, etc., que ante el concepto ideal que de ellas tenemos formado, las vemos decaer lastimosamente.

Éstos son los principales caracteres del problema social, cuya sola enunciación sugiere la necesidad de soluciones complejas, para cada época y para cada sociedad, comprensivas de todos los fenómenos de la vida social considerados distinta y concurrentemente; y aleja la idea de soluciones absolutas, perpetuas o simplistas, como se ha pretendido darle.



115

Monteagudo.

CLEMENTE L. FREGEIRO.
Uruguayo.

Aguijoneado por el deseo de ilustrar su nombre y persuadido de que su existencia no sería inútil a la revolución de América, Monteagudo no careció de un ideal, lo que le distingue de los aventureros políticos. Amó la gloria y la grandeza histórica, porque la primera constituye el móvil persistente de los que se sienten con fuerzas para realizar grandes cosas, y la segunda es la suprema satisfacción del orgullo. Pero Monteagudo, como todos los hombres superiores en quienes la ambición degenera en una pasión avasalladora, se vió privado constantemente de ese contrapeso interno que refrena los deseos inmoderados y pone un dique a los desbordes de un sentimiento tan elevado como aquél.

Empero, Monteagudo no es una gloria puramente argentina, porque jamás vinculó a un pedazo determinado del suelo americano su fortuna ni su destino. Monteagudo necesitaba un teatro grandioso para desarrollar el drama de su vida, y ese teatro fué la América : « Mi patria, dijo alguna vez, es toda la extensión de la América. » Y sin embargo, en 1818 había querido ser chileno, porque en Chile tenía fijas en aquel momento las miradas, porque en Chile veía su porvenir y pedestal de su grandeza.

Es cierto que obrando así proyectaba una sombra sobre la pureza y esplendor de su patriotismo, desnaturalizando al mismo tiempo un sentimiento tan noble y que debemos conservar inmaculado en el fondo de nuestro corazón. Pero si nos transportamos por la imaginación a aquella época, no podremos menos de reconocer que la patria para los patriotas, y Monteagudo era uno de éstos, estaba allí donde había un soldado español que combatir, un pueblo esclavizado que libertar.

Altanero con los débiles y los pequeños, era dócil al pensamiento y la voluntad de los fuertes y los grandes, que sabía explotar admirablemente. Por eso jamás pudo emanciparse, como pensador, de una inteligencia más activa y poderosa que la suya : al lado de San Martín, como a la sombra de Bolívar, fué solo un hombre de talentos brillantes, una voluntad incontrastable. Escritor lleno de fuego, en sus obras derramaba a torrentes la lumbré de su mente; pero en su inteligencia flexible, plástica, por decirlo así, tenían cabida todas las ideas; era una especie de espejo en que las concepciones de cabezas mejor equilibradas que la suya se dibujaban embellecidas por la tersura del cristal que la reproducía. Monteagudo fué ante todo una pluma alerta e infatigable, un brazo esforzado y una pasión indómita.



116.

En la Ribera.

CARLOS F. MELO.
Argentino.

Sobre la blanda arena,
Tendido al tibio sol, dormita el río;
Y se desliza, apenas,
Por el agua serena,
Con las alas abiertas, un navío;

De las grandes barrancas
Donde los rudos garabatos crecen,
Rotas las telas blancas
Que a las arañas campesinas mecen,
Se alzan, pasan, y lejos, desaparecen;

Languidece la vida
Bajo el silencio del azul profundo;
Y la vieja tristeza, a mi alma asida,
Surge, desconocida,
Desborda mi interior y llena el mundo.



117.

Jacinto Verdaguer.

JOSÉ LEÓN PAGANO.
Argentino.

Es Verdaguer un poeta de la familia de Teresa la Santa y San Juan de la Cruz, nacido por caprichoso anacronismo en el siglo décimonono. Si queréis apreciarle, si queréis penetrar la primitiva poesía de la cristiana latinidad, suprimid con la mente el Renacimiento pagano, y tornad a la edad en que todo lo llena la dulzura del blanco Doctor de Galilea. Todo es sereno y apacible en él. Su labio, hecho para modular la oración, no impreca nunca, no conoce el anatema. Fija la mirada en el éxtasis de la alta comunión reveladora, no es turbado por las infidelidades de la tierra. Es muy grande el amor de las perdurables armonías para que nada terrestre turbe las visiones de incommovible pureza. Su alma es un vergel florecido de blancuras donde sólo arrulla la blanca paloma del Espíritu; y la euritmia está nimbada de milagros y de castidades, ensalzada por himnos de miríficas orquestaciones. Vida de consagración, vida de recogimiento, prodigio de virtud : ¡Todo alto! En nuestro tiempo nadie como él ha evocado con más fe ni con mayor fuerza representativa la religión de Cristo. Las arpas bíblicas dan a su lira los tonos de todas las lamentaciones, de todas las elegías, de todas las épicas, de todas las líricas. Gime como Job, que humedece con sus lágrimas los valles de Idumea; se lamenta como Jeremías, y es lúgubre como Ezequiel cuando daba a los vientos su

arrebatada inspiración, espanto de Babilonia. Si entona cantos de victoria, canta como Moisés lo hiciera del otro lado del Mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraón y la libertad de su pueblo. Y si tañe el lírico laúd, pone, como David, el amigo de Dios, el oído a las suavisimas consonancias y a los dulcísimos cantos de las arpas angélicas. Así, por la gradería de oro de sus estrofas, llega, de la suave bucólica que evoca la primitiva sencillez del patriarcado, hasta los cataclismos formidables de la tragedia geológica. Y entre la blancura de los *Idilios místicos* y el perfume sencillo de las *Flores del Calvario*, levantan soberbiamente sus torres imperiosas dos poemas : *La Atlántida* y *Canigó*. En el primero canta la epopeya gigantesca de la desaparición de un continente y una raza; en el segundo, el advenimiento de una patria y un pueblo que celebra : la patria y el pueblo catalán.

En ninguna lira moderna resonó con mayor fuerza el verso evocador. La palabra parece querer evocar su omnipotente dominio : cuando fluye en la rimada onda sonora, canta, esculpe, pinta, y la sonante música que se difunde en gradaciones orquestales sugiere las representaciones del sentimiento íntimo de las cosas con visiones espantables. Hay cantos en *La Atlántida* y en *Canigó* que parecen respirar el ambiente de Patmos hacia el fin del reinado de Domiciano; tal es el *Incendio del Pirineo* y *Maladetta*. Por eso Menéndez y Pelayo pudo, en ocasiones, colocar a Verdaguer un escalón más alto en el trono de Hugo, después de hablarle así : « Como en *La Atlántida* sintió usted la

poesía de los mares y de los continentes sumergidos y de las grandes catástrofes geológicas, así en este nuevo poema siente usted y expresa, con un vigor y una precisión gráfica que, a mi entender, no tiene igual en lengua alguna, todos los accidentes del paisaje de montaña, y todas las impresiones, ya solemnes y severas, ya risueñas, ya melancólicas, ya grandiosas, que suscita la contemplación de la cordillera vista con ojos de amor, y con aquella divina intuición poética que sabe discernir y leer el sentido oculto bajo los caracteres de la naturaleza. » Y me explico que, « bajo una impresión de asombro » hallara trozos « de poesía ciclópea y verdaderamente colosal ». Allí voces nocturnas de hondos cataclismos; ríos de granito en fusión, coronados de hirviente espuma; sumersión de continentes en que luchaban titanes y florecían ciudades; y donde un tiempo oíanse coros de vírgenes y gorjeos de pájaros, se congregan focas en mármóreos palacios, y se visten de algas los prados donde pacían los corderos. Todo adquiere allí proporciones sobrenaturales, y entre los restos del seno de Gades nace un dragón que, siglo tras siglo, llora lágrimas de sangre.

« El Pirineo adquiere formas humanas y titánicas bajo el cincel prodigioso » del poeta sacerdote. Y ese mismo poeta sabe poner en sus versos los músculos del cedro de la montaña y el perfume del lirio de los campos. Cuando sus héroes hablan, la tierra, envuelta en rayos cenitales, escucha como una anciana los sucesos de su infancia; el mar alza la frente, y todo concuerda con la música del gran canto.

118.

Hombre contra hombre.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Uruguayo.

Entre las varias tribus que poblaban el hermoso territorio que hoy forma la República Oriental, los guaraníes ocupaban un lugar prominente, aunque en guerra abierta con los charrúas y los *mamalucos* del Brasil, sus implacables perseguidores, que les daban caza como a bestias feroces, los herraban y vendían por esclavos. En una de las muchas invasiones de éstos, los guaraníes, confederados, habían reunido un poderoso ejército y estaban acampados en las inmediaciones del Uruguay.

Las reyertas y rivalidades, tan comunes entre los caciques guaraníes, ocasionaron un rompimiento, y próximos a venir a las manos, cada uno se retiró con su gente donde mejor le pareció.

Uno de los caciques, Guaymirán, el que contaba mayor número de combatientes, logró vadear el río y se guareció en la vecina selva.

Los demás formando alas paralelas marcharon hacia el norte.

El enemigo que acechaba sus movimientos, cuando los vió divididos y bastante lejos unos de otros, cayó sobre ellos y los fué batiendo en detalle.

Los que escaparon de aquella espantosa carnicería, anduvieron tres días y tres noches vagando por los

montes, perseguidos siempre por los mamalucos, hasta que muertos de hambre y de frío pudieron llegar a las márgenes del Uruguay, favorecidos por la noche.

Estaba muy crecido el río y había vara y media de agua sobre el paso, que era un estrecho banco de arena. La fuerza de la corriente ponía espanto, y los baqueanos declararon, que era imposible pasar. Los fugitivos, cuyo número crecía por instantes, llegaban, y al ver a sus compañeros detenidos por aquel obstáculo insuperable, se sentaban tristemente a la orilla del río, escondiendo la cabeza entre sus manos.

Empezó a despuntar el alba y a divisarse en lontananza en la cumbre de las lejanas cuchillas, las hordas de los mamalucos, que husmeaban su presa.

Las mujeres y los niños rompieron en sollozos y gemidos.

Algunos hombres corrieron instintivamente hacia la orilla, pero al tocarla, retrocedieron amedrentados por el imponente espectáculo que ofrecía el Uruguay desbordado.

Un joven alto, robusto, de vigorosa musculatura y excelente nadador, detúvose únicamente, y confiado en su destreza y en sus nervios de acero, se precipitó en el río.

Otros y otros le siguieron.

Lucharon un momento... pero debilitados por el cansancio y la falta de alimento, remolinearon, y describiendo un ancho círculo, desaparecieron arrebatados por la corriente.

Poco después sus cadáveres flotaban sobre las olas.

Horrible desesperación se apoderó del alma de los guaraníes, y de nuevo los niños y mujeres ensordecieron el aire con sus alaridos.

Los que se encontraban seguros en la selva, acudieron al tumulto desde la orilla opuesta, y una sonrisa satánica iluminó el pálido rostro del vengativo Guaymirán, que capitaneaba aquella tribu, la única que se había salvado del desastre general.

En esto un grito formidable retumbó en el espacio como el sordo rugido de un trueno. Los enemigos acababan de divisar a los dispersos.

— ¡Protegednos, hermanos! — gritó un anciano adivino, dirigiéndose á sus antiguos compañeros : — los mamalucos después de degollarnos, pasarán el río mañana y harán lo mismo con vosotros.

El cacique pareció reflexionar, y un murmullo de compasión se levantó entre su tribu.

Las mujeres, los niños y los heridos les tendieron sus brazos.

El sol rompió las densas nubes que lo envolvían y trepó lentamente por el horizonte iluminando con rasgos de fuego aquella escena desgarradora.

— Sí, es preciso salvarles — exclamó un joven entusiasta — ¡caerá sobre nosotros la maldición de Dios y el desprecio de los hombres si no lo hacemos!

— Unidos, somos invencibles, tornó a decir el adivino; pero aislados y hostiles seremos la presa y el escarnio de las tribus más despreciables. Guaymirán levantó los ojos al astro, símbolo de su creencia, y herido en la pupila por su luz irresistible sacudió su

larga cabellera como si quisiese arrojar de sí los malos pensamientos que le dominaban, y volviéndose rápidamente al viejo adivino, le gritó :

— Que cien hombres de los más fuertes, enlazadas las manos con las manos, hombro contra hombro, se adelante en línea recta sobre el banco hasta la mitad del río. Nosotros haremos lo mismo, y formaremos así un estrecho canal que sirva de tránsito a los débiles, y de invencible barrera a la pujanza del río.

Así lo ejecutaron, y entonces a favor de aquella muralla de pechos humanos, asegurándose en ella, el resto de los fugitivos pasó y trasladó a la otra orilla a los niños, a los heridos y a las mujeres.

Cuando llegó el feroz mamaluco encontró la playa desierta; pero confiado en que bajase el río, sentó allí su campamento.

Los guaraníes derrotados, ganaron la selva, comieron y durmieron tranquilos esa noche y restablecidos de sus fatigas, en la madrugada del siguiente día, aliados con la numerosa falange de Guaymirán, sorprendieron a los mamalucos y no dejaron uno solo con vida.

Pueblos del Río de la Plata y de toda la América española, partidos que por diversos senderos perseguís un mismo ideal, el imperio de las instituciones, el bien, la felicidad de la patria, imitad en la buena como en la mala fortuna el proceder de Guaymirán; unidos sois invencibles, pero aislados y hostiles, seréis la presa y el escarnio de las más despreciables tribus.

119.

El moro de Quiroga.

JOSÉ MARÍA PAZ.
Argentino.

Un sujeto de los principales de la Sierra, comandante de milicias, Güemes Campero, había hecho toda la campaña que precedió a la acción de la Tablada, con Bustos y Quiroga; vencidos éstos, se había retirado a su departamento, y después de algún tiempo que se conservó en rebeldía, fué hecho prisionero y cayó en mi poder. No tuvo más prisión que mi casa, donde se le dió alojamiento, sin más restricción que no salir a la calle; por lo demás, asistía a mi mesa y comunicaba con todo el mundo. Un día, estando comiendo, algunos oficiales tocaron el punto de la pretendida inteligencia de Quiroga con seres sobrehumanos, que le revelaban las cosas secretas y vaticinaban lo futuro. Todos se reían tanto más cuanto Güemes Campero callaba, evitando decir su modo de pensar. Rodando la conversación, en que yo también tomé parte, vino a caer en el célebre *caballo moro*, confidente, consejero y adivino de dicho general. Entonces fué general la carcajada y la mofa, en términos que picó a Güemes Campero, que ya no pudo continuar con su estudiada reserva; se revistió, pues, de toda la formalidad de que eraz capaz, y tomando el tono más solemne, dijo : *Señores, digan ustedes lo que quieran,*

rían cuanto se les antoje, pero lo que yo puedo asegurar, es que el caballo moro se indispuso terriblemente con su amo, el día de la acción de la Tablada, porque no siguió el consejo que le dió, de evitar la batalla ese día; y en prueba de ello, soy testigo ocular, que habiendo querido, poco después del combate, mudar de caballo y montarlo (el general Quiroga no cabalgó el moro en esa batalla), no permitió que lo enfrenasen por más esfuerzos que hicieron, siendo yo mismo uno de los que procuré hacerlo, y todo esto era para manifestar su irritación por el desprecio que el General hizo de sus avisos. Traté de aumentar algunas palabras para desengañar a aquel buen hombre, pero estaba tan preocupado, que me persuadí que era por entonces imposible.



120.

La Perla.

(FRAGMENTO DE « STELLA ».)

EMMA DE LA BARRA.
Argentina.

La joven viajera, sentada al lado de la cama de su hermana, — la que a pesar de estar rendida no podía dormir porque se lo impedía la sobreexcitación nerviosa, que se manifestaba en ella cada vez que sufría alguna fatiga o alguna impresión, — mirábala fijamente, apretaba su pequeña mano entre las suyas, hablábale muy bajo, para llevarla al sueño reparador.

Al rato percibió que los ojos iban a cerrarse, que la mano cedía, que al fin iba a reposar. En el silencio de la noche esperaba sin respirar... De repente, los ojos se abren muy rápidos asomando en ellos el asombro, crispase la pequeña mano, todo el cuerpo se incorpora, y la niña señala la puerta interior.

Por una abertura de la cortina asomaban dos foquitos de luz dirigidos sobre ellas, que se prendían y se apagaban, que se apagaban y se prendían, y por debajo, entre el fleco y la alfombra, dos piecitos rosados, movibles, vivaces, expresivos, impacientes, con uñas de ágata transparente, que aparecían y desaparecían.....

Después ven que los piecitos empiezan a multiplicarse; ¡ya eran cuatro, ya eran seis, ya eran ocho, ya eran diez!... y que desaparecen de nuevo, furtiva-

mente, los diez... Cuchicheos, carreras, risas sofocadas, chist, chist... y todos los piecitos que vuelven a aparecer...

Un silencio, un aleteo, otros murmullos, como el gorjeo de una pajarera... y ya desde la puerta las contempla un diablito en camisa de dormir. Por detrás asoman muchos otros, de todos los colores y de todos los tamaños, mirando también ellos, con gran interés, mientras el primero permanece allí, clavando siempre los foquitos de luz, sus grandes ojos de turquesa, un poco redondos, muy abiertos, y muy curiosos, en las dos hermanas...

Atrevido y tímido, decidido e indeciso, quiere entrar y vacila, hasta que uno de los otros lo empuja para resolverlo. Él se vuelve y dándole muy serio un coscorrón feroz, se planta en medio de la habitación.

¡Qué hermosura! fué lo primero que pensó y dijo Alejandra deslumbrada.

Grande, fuerte, con un cabello rubio que más tarde debía ser castaño, una frente angosta, un color blanco y rosado y una boca carnosa que era un primor, con los ojazos que conocemos, piernas admirables, aire arrogante y una exuberancia en su cabellera, en sus movimientos, en su vida toda, ¡era realmente una hermosura!

— ¿Quién eres, mi linda? — le preguntó después de admirarla.

— ¿Yo?... ¡Soy la Perla!... — contestó, levantando la cabeza como sorprendida de que alguien pudiera ignorarlo.

121.

La tarde en la Pampa.

RAFAEL OBLIGADO.

Argentino.

.
La tarde en la Pampa misteriosa
No es la tarde del bosque ni del prado :
Es más triste, más bella, más grandiosa,
Su tinte más ideal, más delicado.

Ni un rumor escucháis, ningún ruido
En la vasta planicie solitaria,
Sólo un vago y dulcísimo gemido
Que parece la voz de una plegaria.

Como el perfume de la flor, abierta
A los besos del céfiro que gira,
El alma se desprende y flota incierta
Entre las ondas de la luz que expira.

El cuerpo desfallece, la mirada,
Como el ave en la mar, sin rumbo vuela,
Sigue la nube errante... fatigada,
La paz del sueño y de la sombra anhela.

Aspiráis de ese cuadro misterioso
Una dulce, ideal melancolía;
El corazón, latiendo silencioso
Parece que desmaya con el día.

Sentís volar a la memoria errantes
Recuerdos de un dolor que no se nombra,
Escenas que se alejan vacilantes,
Que trémulas se ocultan en la sombra.

Veis surgir con el alma estremecida
Los seres que en el mundo habéis amado,
Su sonrisa, su llanto, su partida
Tras la bruma dudosa del pasado.

Llega la hora sublime... aquel instante
En que la luz entre la sombra oscila,
En que el mundo desmaya suspirante
Y el alma vuela a su Creador tranquila...

¡A ese instante de unción no hay quien resista!
Eleva al ignorante, eleva al sabio;
Extático quedáis, fija la vista,
¡Con el nombre de Dios trémulo el labio!...



122

Los vascos.

FRANCISCO A. SICARDI.

Argentino.

El aire libre es de ellos. No se encierran para trabajar. Son peones de estancia como pocos. Sus majadas están siempre bien cuidadas y raro es que al costado del rancho no haya arboleda plantada por ellos y huerta para la legumbre fresca. Estos ásperos caminadores de la montaña se hacen en seguida jinetes. Usan botas y chiripá; pero no dejan la boina. Ésta es la gloria y el emblema de *Euskalduna*. Hay que conservarla. Con ella puesta en pleno sol alambran los campos. Todo a mano limpia. Así tienen los brazos, hinchados por el relieve de los músculos, capaces del máximo de fuerza dentro de lo humano. Son los titanes bravíos de las herrerías. Todavía suena en el oído el clangor de las pesadas mazas al dar en el yunque para doblar la llanta. Cantan y trabajan, mientras brama la fragua y vuelan las chispas del hierro despedazado y rojo. Toda obra ciclópea, que deba hacer en este país el brazo humano, es de los vascos. Tienen un similar : el criollo de la antigua estancia, que doma el potro con muslos y talones de acero y echa a pechadas al rodeo al toro más bravo y levantisco. La grandeza de éstos está en el desprecio del peligro, y en el reto temerario a la muerte cada cuarto de hora. Los vascos

son gigantes tranquilos. Acomodan sus anchas espaldas bajo las bolsas de diez arrobas y las suben sobre la pila; hacen resbalar por la planchada una pipa de vino, le ponen hombro y brazo y rueda la pipa, rueda como un juguete, se desvía, gira y recibe al fin el empujón que la para. Se ríen los vascos. Son alegres. Toman vino carlón y sudan. Usan alpargata, un ancho calzoncillo blanco y sobre él un lienzo del mismo color que les envuelve nalgas y piernas y que sujetan a la cintura con una faja. Tienen camiseta a cuadros, el pecho abierto y la boina clásica, y en los intervalos de la descarga que podrían dedicar al reposo, ellos corren, juegan y luchan, como cachorros, ágiles y fuertes, necesitados de la eterna juventud del músculo que se contrae y oxida. ¡ Hermosa raza!



123.

El culto del abuelo.

JUAN DE DIOS PEZA.

Mejicano.

Señorona pequeña,
mi hechicera Margarita,
ven aquí.
Mírame : ¿ no estás oyendo
que en la sala están diciendo
que te pareces a mí ?

Y ¿ en qué será ? Son tus ojos
dos luceros, y tus rojos
labios son
frescos, lucientes y puros
como los guindos maduros
del otoño en la estación.

¿ Será en la color ? Tú tienes
de armiño y seda las sienes ;
rubia es
tu abundosa cabellera,
tus manos como de cera
y diminutos tus pies.

¿ Será en el carácter ? Serio,
triste y lleno de misterio
siempre estoy :

y tú, amable y halagüena
y cariñosa y risueña
en tu inocencia, eres hoy.

¿ En qué, pues, nos parecemos ?
En los rostros no tenemos
nada igual;
y en las almas..... ¡qué ironía!
junto a la tuya es la mía
el carbón junto al cristal.

Pero hay algo que guardamos
los dos, y que alimentamos
al vivir;
es un amor, es un culto
en nuestras almas oculto,
que no puedo describir.

Mi padre, digo, tu abuelo,
a quien Dios tenga en el cielo,
en ti vió
un reflejo de aquel niño
que, al ser padre, con cariño
a su lado te llevó.

Se gozaba en contemplarte
y recordaba, al mirarte
cada vez,
las dichas encantadoras
que tuvo en todas las horas
fugaces de mi niñez.

Y exclamaba — ¡Pobrecita!
¡Tan buena, mi Margarita!
¡Qué placer! —
Y mirándote perplejo,
murmuraba : — ¡Estoy tan viejo
que no la veré crecer! —

Y se murió. Si te viera
tan crecida ¿qué dijera?
De ti en pos
andar ágil le vería.
¿No recuerdas, hija mía,
cuando íbais juntos los dos?

¡Juntos Oriente y Ocaso!
El marchaba paso a paso
tras de ti.....
Y tú lanzabas un grito :
— ¡Corre! ¡alcánzame, abuelito!
¡Más aprisa... más... así!

Me parece que le escucho.....
¿Te acuerdas? ¿Le quieres mucho?
¿Es fiel
tu memoria y no le olvida?
Cada noche, hija querida
¿le pides a Dios por él?

Mucho los dos le queremos
y en esto nos parecemos

¿no es verdad?
Iguales somos en eso,
muy iguales..... ¡Dame un beso
que suene en la eternidad!

Santo beso que no acaba
como aquéllos que te daba.
Llegue a Dios
nuestro llanto y nuestro duelo,
Para llorar por tu abuelo
somos iguales los dos.

Repite tú a tus hermanos
los nobles consejos sanos
que le oí,
y llóralo en todas veces;
que, al llorarlo, te pareces,
te pareces mucho a mí.



124.

La copa de cristal.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.
Uruguayo.

Jugaba el niño, en el jardín de la casa, con una copa de cristal que, en el límpido ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma. Manteniéndola, no muy firme, en una mano, traía en la otra un junco con el que golpeaba acompasadamente en la copa. Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, se desprendían del herido cristal y agonizaban suavemente en los aires. Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió el motivo de su juego : se inclinó a tierra, recogió en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero, y la fué vertiendo en la copa hasta llenarla. Terminada esta obra, alisó, por primor, la arena desigual de los bordes. No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver a arrancar al cristal su fresca resonancia; pero el cristal, enmudecido, como si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondía más que con un ruido de seca percusión al golpe del junco. El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso. Miró, como indeciso, a su alrededor; sus ojos

húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa, que a la orilla de un cantero cercano, meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuir la compañía de las hojas, en espera de una mano atrevida. El niño se dirigió, sonriendo, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella; y aprisionándola, con la complicidad del viento que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya la colocó graciosamente en la copa de cristal, vuelta en ufano búcaro, asegurando el tallo endeble merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa. Orgullosa de su desquite, levantó, cuan alto pudo, la flor entronizada, y la paseó, como un triunfo, por entre la muchedumbre de las flores.



125.

El fraile.

RICARDO GUTIÉRREZ.
Argentino.

.
Hombre mortal que brillas
En la aureola de Dios como una estrella,
Yo soy el *Fraile*, que en tu burla humillas,
Yo levanto la Cruz... yo muero en ella...

Yo soy su misionero;
Yo soy su combatiente solitario.
Todas las sendas sobre el mundo entero
Son para mí la senda del calvario.

.

En la cuna inocente
Donde tú ensayas tu primer respiro,
Pongo el sello de Dios sobre tu frente;
Y en el lecho doliente
Donde exhalas el último suspiro
De la vida precaria,
Yo aliento tu partida,
Te enseño el rumbo de la eterna vida
Y te levanto al cielo en mi plegaria.

Cuando tu pecho late
Bajo la noble cota del soldado,
Yo te sigo a la brecha del combate

Con la sandalia de mi pie llagado;
Y entre el humo y la sangre y la metralla
Que ocultan a los cielos tus despojos,
Te hago besar la cruz en la batalla
Y te cierro los ojos.

¡Y yo también en la existencia triste
Soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste
Llevo el arma divina,
Llevo la Cruz sagrada
Que las tribus caribes ilumina :
La Cruz, más poderosa que la espada.



126.

El Ágora.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

Chileno.

El Ágora era el corazón de Atenas. Allí palpitaba la vida de la gran ciudad.

Las calles principales daban sobre esa inmensa plaza cuadrada que servía de mercado y adonde el pueblo afluía, frívolo y curioso, en busca de noticias. Las asambleas populares habían sido transferidas a la colina del Pnix, en donde se efectuaban tres veces al mes, sin contar las sesiones extraordinarias que el Arcontado podía convocar cuando el bienestar y la salud de la República así lo exigieran. Desde temprano los vendedores ocupaban sus sitios, al aire libre o bajo tiendas móviles de anchos toldos claros y alegres, formando grupos separados; de un lado, las legumbres, las frutas y los cereales, el pan, la sal; del otro, los pescados recién traídos del Egeo, todavía húmedos y salobres, o de los lagos de Beocia, de carnes suaves y rosadas; más allá las aves, las liebres de piel luciente y largas orejas, los cerdos blancos y obesos, de hocicos rojizos e inquietos.

El mercado de los vinos y los aceites estaba hacia el centro, cerca del Hermes agorero que presidía silenciosamente las especulaciones de los trapacistas, hábiles conocedores de compras y cambios; de ese lado se hallaba la venta de esclavos, y el alquiler de los jor-

naleros. No venían solamente a la plaza pública compradores y vendedores, sino también los ciudadanos que debían ejercer como jueces en los diversos tribunales que allí se encontraban, prerrogativa grata al pueblo por ser remunerada con tres óbolos diarios y por constituir además un derecho inestimable de la democracia. El palacio del Senado y las estatuas de los héroes epónimos estaban al frente de estos tribunales populares, cerca al severo pórtico del Poecilio, entre plátanos de hojas verdes y suaves. Era a las tiendas de los barberos, al contorno de la plaza, donde la gente ociosa se dirigía en solicitud de las últimas noticias, y de preferencia a las casas contiguas de armeros y perfumistas. Con uno u otro motivo, todas las clases de Atenas pasaban por el Ágora. El pueblo, voluble e irónico, encontraba siempre pretextos para emplear su espíritu de crítica, ya contra los que holgaban todo el día en la indolencia de la plaza pública, ya contra los magistrados y aristócratas opulentos cuya ausencia habitual era observada y tachada de orgullosa; y como todo poder venía del pueblo, los hombres más conspicuos no desdeñaban ir de tiempo en tiempo a mezclarse en los mercados con aquella turba perspicaz y burlona.

Lentamente iba llenándose la plaza, aunque la hora era aún temprana, y los vendedores en retardo llegaban con cestos repletos de los campos vecinos a horcajadas sobre sus asnos. Y era a esa hora cuando los verdaderos gastrónomos venían a escoger ellos mismos, en compañía de algún esclavo, lo mejor que había para

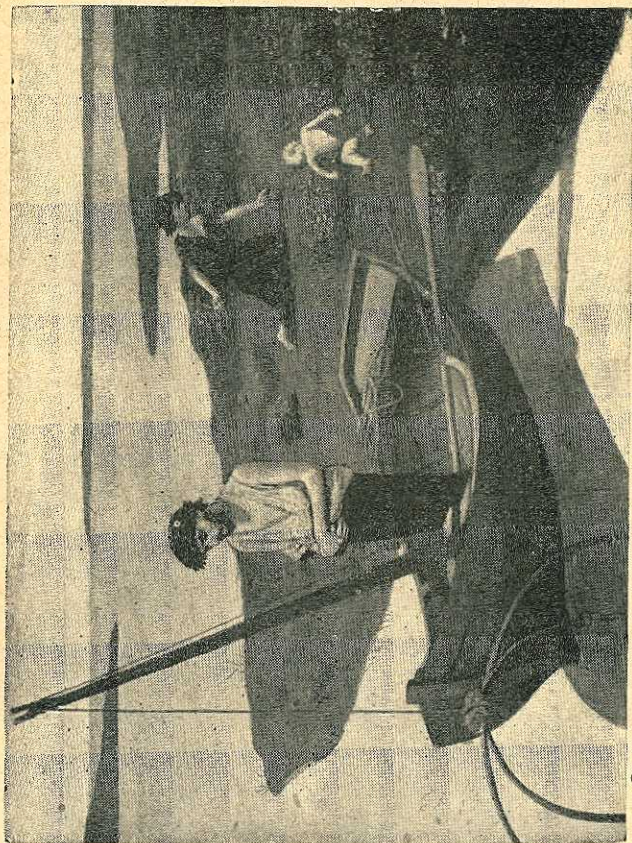
sus mesas. Las mujeres no frecuentaban aquel sitio, a excepción de las extranjeras... Mil voces anunciaban los productos que la tierra generosa y pródiga crea para sus hijos, y esas voces se unían en el aire formando un clamor ensordecedor e inarmonioso. Cada traficante ofrecía su mercancía con discretas alabanzas, los compradores se detenían a examinar lo ofrecido, o continuaban en busca de ciertos vendedores reputados por la baratura o buena calidad de sus víveres. Y las hábiles estratagemas y dichos amables de que se valían para atraer a los clientes revelaban la jovialidad y el carácter altivo de la raza jónica.

El Ática era pobre y estéril, sus campiñas poco producían, sus montañas eran áridas y yermas; apenas si algunos bosques poblados de olivares hacían olvidar la ingratitud de aquel terreno, o si la miel perfumada del Himeto hacía creer a sus habitantes en un privilegio divino. Los mármoles del Pentélico y las minas del Laurio no bastaban a constituir una fuente de riquezas; y sin embargo, Atenas era la nación más poderosa de la Grecia. Esa misma carencia de productos naturales había contribuido a desarrollar en el pueblo una actividad bienhechora, y el comercio y las industrias reemplazaron con creces las cosechas que la agricultura había negado a aquella tierra poseedora de un cielo azul sin igual y de una atmósfera pura y transparente. Su marina era la más numerosa que recorría los mares, y sus aliados y súbditos, como sus vecinos y rivales, le enviaban en abundancia lo que en su suelo ingrato no era dado nacer, felices en trocar

sus productos por las bellas dracmas atenienses, las únicas que tenían curso como moneda de pago en todas partes. En cambio, las armas que salían de sus talleres, sus alfarerías, muebles y tejidos gozaban de una fama envidiable, y sus objetos artísticos se solicitaban como joyeles primorosos.

El Ágora era, en esas horas de la mañana, un gran centro cosmopolita, en donde se hablaban dialectos exóticos, armoniosos como un canto, de ritmos graves o alegres, en cuyas cadencias se revelaba el alma adusta y temeraria de los habitantes de la costa, el alma frívola y riente de los que en los valles habitaban.





(Fot. Bulloz).

PUVION DE CHAVANNES (Pierre) : El pobre pescador.

127.

Campanas de la aldea.

CORNELIO HISPANO.
Colombiano

Campanas religiosas de la aldea
Que despertáis sonoras con el día,
Y, desde la espadaña que blanquea
A lo lejos, alzáis la algarabía;

Campanas que gemís como las aves
En la tarde, al buscar sus enramadas,
Y desgranáis, sobre los campos graves,
Lentas y clamorosas campanadas;

Campanas de las fiestas parroquiales,
De claro timbre en las alegres bodas
Y sordas en dolientes funerales :
¡Cantad ahora, alborozadas, todas!

Campanas melancólicas, como antes,
Suaves, dejad oír vuestros acentos,
Más deleitosos hoy y más fragantes,
¡Dad vuestras armonías a los vientos!

Y, como en esas épocas lejanas,
Desde la vieja torre que blanquea
En mis sueños, ¡sonad, sonad campanas,
Campanas musicales de mi aldea!



128.

El español.

RICARDO ROJAS.
Argentino.

Se ha repetido, en desdoro de España, que el África empieza en los Pirineos; y ya a Sarmiento lo inquietaba, como si tal circunstancia geográfica acusara una concomitancia espiritual, que España estuviese separada de Europa por una gran cordillera y unida al África por un pequeño estrecho. Todas las invasiones venidas por el sur prosperaron mientras fracasaron las del norte.

Fueron los Pirineos la valla que no pudo franquear Carlomagno y que Napoleón se arrepentía de haber osado franquear. En cambio, por el sur entraron los cartagineses, que sólo con el auxilio romano pudieron los españoles vencer, y por el sur entraron los árabes de Muza a fundar el poderío que sólo siete siglos más tarde renunciaría Boabdil, rey de Granada. Aun hoy, en la ciudad española de Tarifa, las mujeres cristianas llevan el rostro cubierto como las vecinas marroquíes, y los árabes de la costa africana, desde donde miran con nostalgia la costa andaluza, llaman « hermanos » a sus habitantes; y cuando expresan su odio al europeo, que se personaliza violentamente en el francés, hacen una excepción fraternal con los españoles. ¡A veces vienen ansias de creer en aquella leyenda que hace del Hércules fenicio el primer morador de la Pe-

nínsula, el mismo que rompiera, como primor de sus hazañas, el istmo gaditano que unía el África y la Europa, juntando así las aguas del mar Mediterráneo y del Atlántico! Y definido su territorio, ¿cómo fijar el tipo de su raza, si sobre él se fundieron el íbero belicoso, el celta soñador, el primitivo fenicio, hombre industrial; el griego de las islas, comerciante astuto; el sórdido cartaginés rival de Roma; el romano legista, el visigodo autoritario y el árabe sensual? De tales elementos surgió ese tipo extraño del español moderno, que no tiene como el italiano los caracteres definidos de la latinidad; acaso así como es el francés un tipo mental intermediario entre los romanos y los pueblos bárbaros del septentrión, es el español un tipo mental intermediario entre el latino y los pueblos semitas que con él se mezclaron en largos siglos de convivencia.

Y como esta fusión no fué uniforme en toda la Península, resultaron diferenciaciones espirituales dentro de ella que, acentuándose por influencias telúricas y cambios sociales, dieron al nombre de « españoles » el valor de una simple denominación política que encubre no sólo diferencias regionales sino también profundos antagonismos de espíritu.



129.

Yo vi en el campo, en un amanecer gris y obscuro...

WALT WITMAN.

Norteamericano.

Yo vi en el campo, en un amanecer gris y obscuro,
al salir de mi tienda, despierto muy temprano,
cuando lento caminaba en la frescura del aire junto a
la tienda del hospital,
yo vi tres formas yacentes en camillas, yacentes sin
amparo de tienda;
cubríanlas colchas tendidas, amplias colchas oscuras
de lana,
colchas grises, pesadas, plegadas cubríanlas todas.
Curioso me detuve y en silencio;
luego con mano ligera de la faz del más próximo alcé
primero la colcha :
« ¿Quién eres viejo flaco y horrendo, de canos cabellos
y carne hundida en derredor de los ojos?
¿Quién eres tú, querido compañero? »
Me dirigí al segundo : « ¿Y tú quién eres, hijo mío,
mi amado?
¿Quién eres, guapo mozo, todavía de rostro florido? »
Luego al último — faz ni de niño ni de anciano, muy
tranquila, como de hermoso marfil blanco amari-
lento :
« Joven, yo creo conocerte; yo creo que tu faz es la
misma faz de Cristo,
muerto y divino y hermano de todos, yacente aquí de
nuevo. »

130.

Biarritz. — Mediodía estival.

EMILIO BOBADILLA. (Fray Candil.)

Cubano.

Son las doce del día. Me asomo al balcón de mi cuarto. Todo reverbera, todo yace como aletargado. Un hálito caliginoso brota de la tierra. En mi calle — una calleja apacible de provincia — reina un silencio cálido. Las casas están cerradas. Enfrente de la mía, en el jardín, bajo el ramaje de unos tilos, una mujer hace calcetas y otra escribe. En la sala, una joven gargariza al son del piano. Arriba, en un cuarto, entornada la puerta, una vieja cose a máquina; otra peina a una niña que a ratos ayea:

Los gorriones saltan sobre las sillas, huyendo al más leve ruido; se posan en la calle y picotean en el estiércol, siempre inquietos y escurridizos. Un océano de luz rubia se desborda por los ámbitos de la ciudad, espejeando en los cristales y en las hojas de los árboles. Se oyen lejanos martilleos, chirriar de sierras, el ladrido de un perro, el canto de un gallo, el ruido de una puerta que se abre. El pueblo duerme la siesta bajo un cielo llameante y somnífero.

Dos viejas pescadoras se encuentran en la esquina; se paran, chismorrean un momento; luego cada una tira por su lado, la cabeza encorvada, arrastrando los pies, las manos temblonas, como si padeciesen de pará-

lisis agitante. No lejos ronca el mar que, tendido de costa a costa, duerme también la siesta. En la paz aldeana de la calle suena un grito de alarma. Es una vendedora de sardinas.

Borracho el sol, como un trival en Agosto, cierro las maderas del balcón y me echo a dormir también la siesta.



Paisaje Argentino.

131.

Las Cuchillas.

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA.
Uruguayo.

En Primavera y en Otoño, el trébol
Y la gramilla que retoñan hacen
Las lomas verdear. En el Verano,
La flechilla reseca, y agitada
Por la brisa parece que blanquea
Y recuerda a la escarcha; en el Invierno
Tiene tintes violáceos y negruzcos
El pastizal quemado por la helada.
Y siempre, en todo tiempo, se alza altivo,
Señor de las cuchillas, el cardal
Con sus coronas rústicas de flores.
En las cañadas y en los bajos crecen
Las ásperas cardillas, las masiegas,
Paja brava, espadañas y totoras.
Bajan de las cuchillas murmurando
Arroyos de aguas claras y serenas
Y se agachan los árboles del monte
Para verlos pasar en las barrancas.
Cual solterón, aislado y solitario
El ombú se levanta en las mesetas,
Y en el blancuzco pedregal arraigan
Los talas, canelones y espinillos.

132.

La prisión a la orilla del mar.

AMADO NERVO.

Mejicano.

En muchos puertos he visto grandes prisiones a la orilla del mar.

Parece como que una prisión a la orilla del mar debiera ser la mejor de las prisiones. Pero, bien considerado, es la más cruel.

Imaginaos una torre sobre una roca, a la orilla del mar. En esa torre hay un prisionero, como los que vemos en ciertas decoraciones de ópera romántica. Sólo que aquí no es tenor ni canta con acompañamiento de orquesta...

A menos que forme la orquesta el perenne rumorar de las olas, que al romper en la roca fingen el ruido de un gran manto de seda que se desgarrar.

En el calabozo de este hombre hay una ventana, sólidamente enrejada, desde la cual se ve el océano.

El prisionero, ¿qué otra cosa ha de hacer sino mirar?

Mira, pues; mira siempre, mira sin hartarse, aquella cambiante movilidad de las olas, a quienes las varias luces del día visten mejor que están vestidas las emperatrices.

Mira sin cesar, el prisionero, y a fuerza de mirar y remirar, en sus ojos hay algo del océano. El color de sus pupilas es el color mismo del mar.

En esas pupilas siempre abiertas se copia el eterno paisaje.

Si un alma piadosa se asomase a esas pupilas, vería en ellas vuelos de gaviotas y desfiles de naves, espuma de olas, abajo, espuma de nubes, arriba...

¿Concebís vosotros ahora la angustia de este prisionero?

Nada hay que evoque más imperiosamente la idea de la libertad que el mar.

¡El mar es libre! ¡El mar es de todos! ¡he aquí la conclusión a que el mismo derecho internacional público llegó después de aquella ruda lucha entre los juristas holandeses y los ingleses, que en su orgullo querían enseñorearse de las olas!

¡El mar es libre! ¡El mar es nuestro! ¡Es de todos nosotros!

El prisionero que desde la ventana de su celda contempla un paisaje terrestre no puede sentir estas angustias de libertad que muerden las entrañas del otro.

Lo que mira : los muros de las casas vecinas, los predios limitados, las tierras de labranza divididas; las montañas que cierran el horizonte, todo ello le circunscribe el pensamiento, le sugiere ideas de frontera, de confín, de restricción, de derechos ajenos.

Mas el preso que desde la ventanilla de la torre ve el mar, y encima al espacio, tiene que sentir el vértigo de la libertad y del infinito.

A sus pies se extiende ese gran camino que lleva a todas partes...

En el pedazo de cielo que abarcan sus ojos, lanzando gritos salvajes revuelan las gaviotas : ¡las gaviotas, cuyas poderosas alas nunca se fatigan de seguir

a los barcos; las gaviotas, amigas de las tormentas; las gaviotas, otro símbolo de la libertad!

¡Más arriba, pasan, como fantasmas blancos o grises, las nubes libres, las nubes que nunca se detienen, las incurables errantes; y abajo, sobre el moaré de las olas, se hinchán al viento las velas de lona!

¡También ellas se van!

Por la noche, los ojos insomnes distinguen, entre las tinieblas, una viva sucesión de puntos luminosos, intervalados de sombra : parecen un gran gusano de luz que camina...

Es un trasatlántico que se marcha.

Cada uno de esos puntos luminosos es un camarote, en el que leen, piensan, conversan o sueñan seres que parten muy lejos, a grandes ciudades cuyos palacios se reflejan sobre el cristal de lejanas riberas, donde hay músicas y fiestas.

Y cuando en la soledad del ponto no aparecen ni vapores, ni velas, ni gaviotas, ni nubes, los dilatados ojos del prisionero verán la onda, la onda incansable que, impulsada por la distante influencia del sol y de la luna, va y viene de playa en playa, de roca en roca, siempre ágil, siempre sonora, siempre errante y siempre libre...

Y pienso en estas cosas al ver la cárcel sombría y pesada, a la orilla del mar... ¡Y pienso también que mi alma es como ese prisionero que está encerrado en una torre, a la orilla del mar!

133.

La vuelta de los héroes.

MANUEL LOPEZ WEIGEL.
Argentino.

Un himno jubiloso de gloria el viento lleva,
una gigante música que del mundo se eleva
atronando el espacio con su extraño clamor.
Es el himno que cantan los bravos paladines
al volver del combate, sonando los clarines,
batiendo con guerreros redobles el tambor.

Vienen al pasc lento de briosos bridones,
erguidas las espadas, al aire los pendones
que en el horror flamearon del rudo combatir.
Y alza el jefe, que marcha del ejército al flanco,
gallardamente puesto sobre un corcel muy blanco,
una noble bandera conquistada en la lid.

El pueblo les circunda. Llena de regocijo,
una mujer lanzándose a un héroe, que es su hijo,
ansía entre sus brazos ceñir su corazón.
Y entre la muchedumbre hay un guerrero anciano
que, al verlos, y ya lejos la espada de su mano,
llora al par de entusiasmo y desesperación.

Arriba de las casas, millares de banderas
se agitan saludándote ¡oh sol que reverberas,
símbolo de victoria, sobre el espacio azul!
¡Qué hermoso ese pausado desfile de guerreros!
Brilla como un relámpago tu oro entre sus aceros
y les besas la frente con tu dorada luz.

Cuando de las trompetas las notas soberanas
callan por un instante, se escucha a las campanas
repicando en cien torres con rápido voltear.
La ciudad resplandece bañada por la aurora.
¡Dios canta é ilumina a aquella triunfadora
falange de inmortales que traen la libertad!

Delante del ejército ondula en leve vuelo
una enseña muy grande de colores de cielo.
Aunque está hecha jirones no cesa de batir.
Llevan en ella fijos los ojos los campeones,
laten por ella absortos sus fieros corazones,
y ni miran al pueblo que les viva al seguir.

De los arcos triunfales pasan bajo la curva.
En torno de ellos grita frenética la turba;
que de la gloria siente la sublime embriaguez.
Angelicales vírgenes, palpitando de amores
derraman desde lo alto sobre los vencedores
una lluvia de rosas y gajos de laurel.

Y en tanto un himno hermoso de gloria el viento lleva,
una gigante música que del mundo se eleva,
atronando el espacio con su extraño clamor.
El gran himno que cantan los bravos paladines
al volver del combate, sonando los clarines,
batiendo con guerreros redobles el tambor.

134

Felipe II.

ENRIQUE LARRETA.
Argentino.

El Rey se hallaba en la antecámara de su celda, y llenos estaban los vecinos corredores de gente togada, de frailes, de clérigos, de cortesanos. Todo un mundo vestido de ropas negras o pardas que se movía con actividad silenciosa y solemne.

El sol de otoño inundaba el cuartujo monástico donde eran recibidos los embajadores. Don Alonso respiró al entrar un tufo de ungüentos medicinales. Dos anchos bufetes cargados de papeles ocupaban el fondo. En uno de ellos trabajaba Rodrigo Vázquez, en el otro un hombrecillo hirsuto y barbinegro que don Alonso no conocía. Fray Diego de Chaves, acercándose a una de las ventanas, púsose a mirar hacia el campo.

El monarca más poderoso de la tierra, el rey taciturno y papelero, estaba sentado en una silla frailuna, con una pierna extendida sobre un taburete y el codo apoyado en una tosca mesa de roble, anotando sin cesar, con su propia mano, pilas enormes de documentos. En pie, a su izquierda, Santoyo, su ayuda de cámara, tomaba las fojas y espolvoreaba de arenilla la reciente escritura.

Felipe Segundo debía de estar harto enfermo. Su

tez había cobrado opaco blancor de yeso humedecido.

No se oía en la estancia otro murmullo que el rasguear incesante de las péñolas sobre el papel.

Afuera el aire resplandecía y el cielo azul brillaba como un límpido esmalte sobre la austera y rocosa campiña. Por momentos el Rey levantaba la cabeza para meditar, y la luz que entraba por los vidrios destañía del todo sus pupilas quietas y aceradas de serpiente.

Don Alonso esperaba junto a la puerta, y, para distraer su emoción, desviaba por momentos los ojos hacia una extraña pintura suspendida del muro : una loca apariencia de zodiaco infernal, lleno de condenados y demonios.

Aquel monarca no precisaba del aparato de los tronos. Cuando llegó el momento de entregarle la esquila del Conde y doblar ante él la rodilla, don Alonso sintióse temblar de la cabeza a los pies. El Rey leyó brevemente. Luego, su boca fría, violácea y duramente crispada hacia dentro, como si mordiese ya la acre ceniza de todas las glorias del mundo, dejó escapar, moviendo levemente los labios, una voz apenas perceptible :

— Si fueseis tan leal vasallo como el Conde asegura — dijo — bien pudisteis prevenirnos de la aleva traición que se tramaba a vuestra vista.

Don Alonso quiso entonces decir lo que llevaba ordenado en su memoria; pero sus ojos se encontraron con los del Rey, y su razón, inhibida de pronto, no

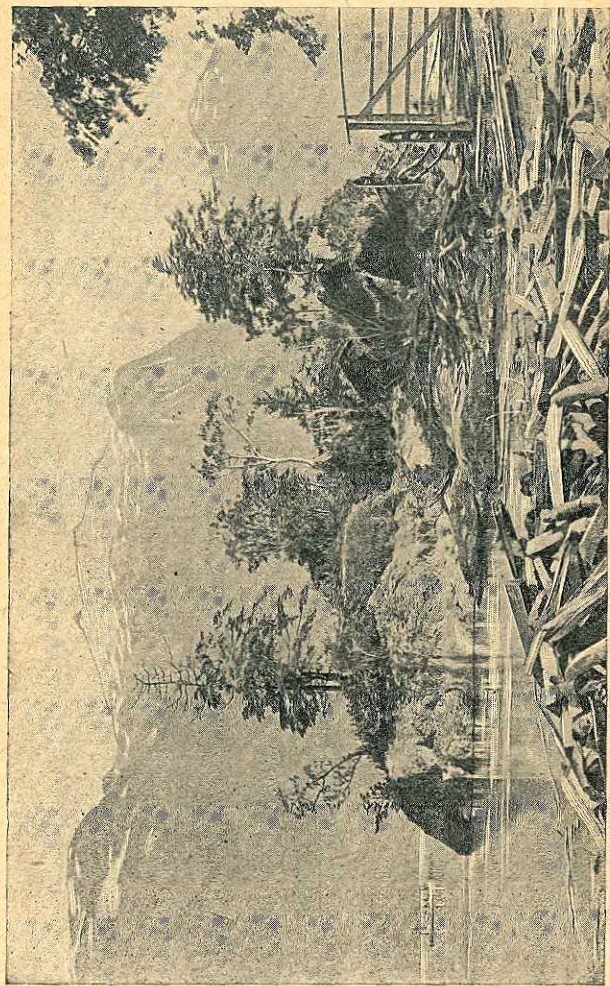
halló sino vocablos importunos, deshilados, inocuos :

— Vuesa Majestad no debe dudar... yo nunca imaginé... ¡soy todo inocente!

El Rey le detuvo con un ceño y sus labios volvieron a moverse. Pero esta vez nadie, ni acercando el oído a su rostro, hubiera podido distinguir una sola palabra. Era como el monótono zumbido de un insecto, el mismo lenguaje incomprensible y sordo que exasperaba a los emisarios de otros soberanos.

Por último, la mano que descansaba asida a la cadena de oro del toisón, una mano de cadavérica blancura, levantóse en el aire señalando la puerta; y como don Alfonso vacilara, el regío ademán acentuóse con un estremecimiento perentorio del índice. Toda réplica hubiera sido fatal. El caballero obedeció.





Paisaje Argentino.

AUTORES

	Pág.		Pág.
ACOSTA (C.).....	156	ESTRADA (J. M.).....	138
ALAMÁN (L.).....	192	FERNÁNDEZ ESPIRO (D.)	23
ALBERDI (J. B.).....	79	FERNÁNDEZ Y MEDINA (B)	331
AMEGHINO (F.).....	233	FERREIRA Y ARTIGAS (F.)	261
ANDRADE (O. V.).....	69	FRAY CANDIL.....	329
ARBOLEDA (J.).....	227	FREGEIRO (C. L.).....	294
AVELLANEDA (N.).....	209	GÁLVEZ (M.).....	267
BOBADILLA (E.).....	329	GALLARDO (C. R.).....	60
BONAFOUX (L.).....	149	GARCÍA (J. A.) [hijo]...	174
BARRA (E. DE LA).....	306	GARCÍA MEROU (M.)....	188
BAUZÁ (F.).....	147	GHIRALDO (A.).....	204
BELGRANO (M.).....	96	GÓMEZ (E.).....	119
BELLO (A.).....	94	GÓMEZ CARRILLO (E.)...	66
BIEDMA (J. J.).....	243	GONZÁLEZ (J. V.).....	8
BUNGE (C. O.).....	51	—	270
CALCAÑO (E.).....	140	GOYENA (P.).....	63
CAMBACERES (E.).....	198	—	197
CANÉ (M.).....	35	GUIDO (J. F.).....	117
CANTILLO (J. L.).....	15	GUIDO SPANO (J.).....	21
CARBO (P.).....	211	GUIMARAES (L.) Junior.	238
CASTELLANO (U.).....	227	GUTIÉRREZ (J. M.).....	207
CIONE (O. M.).....	271	GUTIÉRREZ (R.).....	318
CORDERO (L.).....	85	GUTIÉRREZ PONCE (I.)..	228
CORONADO (M.).....	13	HEREDIA (J. M. DE)....	78
DARÍO (R.).....	1	—	125
DÍOS PEZA (J. DE).....	312	HERNÁNDEZ (J.).....	27
DOMINICI (P. C.).....	320	HERRERO DUCLOUX (E.)	127
DUBLÉ URRUTIA (D.)...	33	HISPANO (C.).....	325
ECHAGÜE (J. P.).....	102	IGLESIAS PAZ (C.).....	291
ECHEVERRÍA (E.)	190	INGEGNIEROS (J.).....	185
—	280	ISAACS (J.).....	30
ENCINA (C.).....	136	LARRETA (E.).....	337
ESQUIÚ (FRAY M.).....	98	LEGUIZAMÓN (M.).....	261
ESTRADA (A.) [hijo]....	277	LIRA (M. J.).....	163

	Pág.		Pág.
LÓPEZ (E.).....	239	RODÓ (J. E.).....	316
LÓPEZ (L. V.).....	153	RODRÍGUEZ Y COS (J. M.)	47
LÓPEZ (V. F.).....	158	ROJAS (A.).....	170
LÓPER WEIGEL (M.)....	335	ROJAS (R.).....	326
LUCA (E.).....	178	ROLDÁN (B.).....	71
MAGARIÑOS C. (A.).....	300	SÁENZ (M.).....	287
MARÍA (I. DE).....	87	SÁNCHEZ (F.).....	39
MÁRMOL (J.).....	24	SANTIVÁÑEZ (J. M.)....	169
MARTEL (J.).....	217	SANTOS CHOCANO (J.)...	65
MARTINTO (D. D.).....	111	SARMIENTO (D. F.).....	45
MELO (C. F.).....	290	—.....	123
—.....	296	SASTRE (M.).....	6
MERCANTE (V.).....	113	SENET (R.).....	9
MITRE (B.).....	4	SICARDI (F. A.).....	310
—.....	76	SILVANO GODOY (J.)....	148
MONTORO (R.).....	221	SOLAR (A. DEL).....	226
MORENO (M.).....	164	SOTO Y CALVO (F.).....	251
NERVO (A.).....	332	SOTOMAYOR VALDES (R.)	176
NÚÑEZ (I.).....	265	SUÁREZ Y ROMERO (A.)..	91
OBLIGADO (R.).....	308	TEJERA (D. V.).....	59
OCANTOS (C. M.).....	101	TOBAR (C. R.).....	202
ORTIZ (C.).....	258	UGARTE (M.).....	11
OYUELA (C.).....	236	URDANETA (A.).....	144
—.....	283	VACA GUZMÁN (S.).....	162
PAGANO (J. L.).....	297	VALLE (A. DEL).....	109
PALMA (L. N.).....	147	VALLEJO (J. J.).....	255
PALMA (R.).....	89	VERGARA (J. M.).....	134
PAYRÓ (R. J.).....	48	VICUÑA MACKENNA (B.)..	132
PAZ (J. M.).....	304	WALT WITMAN.....	328
PAZ SOLDÁN (M.).....	37	WASHINGTON IRVING....	212
PEÑA (D.).....	194	WILDE (J. A.).....	83
PÉREZ (M. T.).....	166	WILLIAMS (A.).....	57
QUESADA (E.).....	180	ZORRILLA DE SAN MAR-	
QUESADA (V. G.).....	231	TÍN.....	215

CABAUT y C^{ia}



Editores

Instrucción Cívica.

Por
AGUSTÍN DE VEDIA

Un tomo encuadernado en tela.

Esta última producción de don Agustín de Vedia es obra cuyo propósito educativo se nota desde la primera página, y podemos asegurar que el autor ha vencido las dificultades de la didáctica, ha simplificado su vasto saber, y lo ha vertido en su obra con naturalidad y sencillez.

El señor de Vedia rompe el molde de los textos dogmáticos, y con criterio profundo y sintético comienza el estudio de la sociedad por el de las leyes generales de la materia orgánica, por las grandes concepciones cósmicas, físicas, químicas y matemáticas. Es un ejemplo elocuente que nos demuestra la necesidad de reconstruir todas las ciencias sociales e históricas; despojarlas de su carácter narrativo, dogmático, unilateral y presentarlas con el nuevo criterio, desprovistos en absoluto de tendencias.

Elementos de historia con- temporánea de América.

Por ENRIQUE
VERA y
GONZÁLEZ.

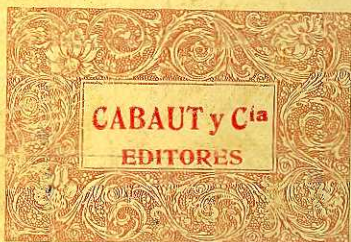
Un tomo tela, de nítida impresión.

Es el señor Vera y González, como escritor de estudios históricos, el digno sucesor de don Diego Barros Arana, y como tal, quiso y consiguió que la presente obra fuera una fiel continuación de la de su ilustre antecesor.

El *Compendio Elemental de Historia de América*, por Barros Arana, termina en el período de la independencia, y era necesario traer ese trabajo hasta la época actual; ésa fué la tarea que con rara habilidad llevó a cabo el señor Vera y González, en la que hay que reconocer un trabajo de vastísimas proyecciones, que necesariamente requiere largo tiempo, mucha constancia y gran inteligencia para haber podido condensar en un volumen de las proporciones usuales, determinadas por el tiempo que pueden consagrar los alumnos al estudio de esa asignatura, entre las varias a que necesitan dedicar su atención en cada curso académico.

36 25

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION
DISTRIBUCION GRATUITA
DIVISION SUMINISTROS



LECTURA LIBRE

LECTURA LIBRE

LL
1926
GODO

Biblioteca Nacional